

Rodrigo Campuzano Cuartas
Daniel José Acevedo Arango

Tres episodios de la cotidianidad y el sufrimiento en la época de la Independencia



Academia Antioqueña de Historia
Fundada en 1903



Los autores

Rodrigo Campuzano es magister en historia de la Universidad Nacional de Colombia, docente de historia en diversas universidades, integrante de la Academia Antioqueña de Historia, la Asociación Colombiana de Historiadores y el Centro de Historia del municipio de El Retiro, autor del libro *El nacimiento de Sonsón: un ejemplo de la colonización antioqueña* y coautor en los libros *Política, guerra y cultura en la Independencia de Antioquia* y *Procesos políticos antioqueños durante la revolución granadina*.

Daniel Acevedo (Medellín, 1986), historiador de la Universidad Nacional, actualmente trabaja en el área de historia y patrimonio del municipio de El Retiro. Ha intervenido en la escritura de algunos libros colectivos: *El Retiro: el edén del Oriente* y *La historia de la Parroquia de Nuestra Señora del Rosario en El Retiro*. Además, publicó, como fruto de su labor propia investigativa con la Alcaldía municipal, la historia de la caficultura en El Retiro.

Tres episodios de la cotidianidad y el sufrimiento en la época de la Independencia es su primer libro, escrito en colaboración con el profesor Rodrigo Campuzano y ganador de los estímulos otorgados por el Instituto Colombiano de Antropología e Historia.

Rodrigo Campuzano Cuartas
Daniel José Acevedo Arango

Tres episodios de la cotidianidad y el sufrimiento en la época de la Independencia



ACADEMIA ANTIOQUEÑA DE HISTORIA
Medellín, 2021

Tres episodios de la cotidianidad y el sufrimiento en la época de la Independencia

© Academia Antioqueña de Historia

© Rodrigo Campuzano Cuartas y Daniel José Acevedo Arango

1ª edición

Agosto 2021

ISBN: 978-958-53505-0-2

Academia Antioqueña de Historia

Fundada el 3 de diciembre de 1903

Carrera 43 N° 53-37

Tel. (4) 407 8182

Cel: 301 200 3182

acadehistoria1903@gmail.com

www.academiaantioquenadehistoria.org

Corrector de estilo: Ricardo Alonso Vera Pabón

Diagramación y diseño: Matías Toro

toro.matias@gmail.com

Imagen de la tapa: Henry Price. *Provincia de Córdoba: Vista de Rionegro*, 1852. Biblioteca Nacional de Colombia. Fondos Gráficos. Comisión Corográfica.

Imagen de la contratapa: Anónimo. *Fotografía de El Retiro*, 1925.

Impreso por Editorial Buena Semilla

Bogotá

Hechos todos los depósitos legales.

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio,
sin autorización escrita de los titulares de los derechos patrimoniales.



Academia Antioqueña de Historia

Fundada en 1903

Contenido

Presentación	7
Prólogo	9
Primera Parte	
Dramaturgia: Tres ejemplos de la vida infantil, eclesiástica y militar en la guerra de la Independencia	17
Acto I: Florentino González, un niño en medio de la guerra	17
Acto II: Fray Cancio Botero, un fraile defensor de la libertad republicana	29
Acto III: José María Córdova, entre el amor a la patria y el amor terrenal	38
Segunda Parte	
Detrás del telón: El análisis histórico	53
Capítulo 1: La fragilidad de un niño en las guerras de Independencia.	53
Capítulo 2: Fray Juan Cancio Botero, educador, capellán de la Campaña del Sur y párroco de El Retiro	74
Capítulo 3: Otras lecturas del héroe de independencia	87
Bibliografía	107

Presentación

Con motivo de la celebración de los 200 años de la Batalla de Boyacá, el Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH) convocó a las academias de historia del país a concursar sobre temas que tuvieran que ver con los acontecimientos ocurridos en ese momento; fue así como la Academia Antioqueña de Historia presentó varios trabajos, de los cuales fue premiado el que elaboraron los historiadores don Rodrigo Campuzano Cuartas y don Daniel José Acevedo Arango, el primero, miembro de número de nuestra centenaria institución, y el segundo, miembro del Centro de Historia de El Retiro (Antioquia).

Tres episodios de la cotidianidad y el sufrimiento en la época de la independencia fue el título que le dieron los autores al novedoso trabajo, muy distinto al que, podría pensarse, le debieron haber puesto por el suceso histórico que se rememora, más acorde con la guerra y sus protagonistas. Pero no fue así y escogieron una temática muy diferente.

Para hacer más comprensible su trabajo, escribieron una obra de teatro en la que recrean acontecimientos poco tratados por los historiadores colombianos, de la vida común de tres personajes, dos muy conocidos por la opinión pública: el héroe de Ayacucho José María Córdova y el influyente político colombiano Florentino González. El tercero, Juan Cancio Botero, fue un sacerdote, olvidado por las actuales generaciones, que influyó en el estamento clerical en la región y en la juventud de la época para que abrazaran la causa de la independencia.

La lectura de la obra es interesante porque nos da una perspectiva diferente sobre la existencia de dichos personajes en algún momento de su discurrir por el mundo de la época, pues cuando se evocan hechos importantes en la historia de la patria, por lo regular no se estudian situaciones distintas a la guerra y a las figuras que la protagonizan.

Son temas de la obra: las vicisitudes que vivió el niño Florentino González durante la guerra de Independencia, cuando contempló el panorama degradante de la misma y padeció el sacrificio

de su padre como consecuencia de las hostilidades, que lo pusieron en dificultades a él y a su familia. La posición, del fraile Juan Cancio Botero, de fomentar las ideas revolucionarias en contra del dominio español, frente las del rector del colegio franciscano de Medellín Fray Rafael de la Serna, un realista convencido. A Botero, que hacía parte del contingente de la Provincia de Antioquia, las circunstancias lo llevaron a ser capellán de las tropas de don Antonio Nariño, derrotadas en la campaña del sur en Pasto. Se vio así obligado a refugiarse en el convento de su comunidad en Santafé de Bogotá, para pasar desapercibido durante el Régimen del Terror y, después de salvarse, se puede decir que de milagro, regresó a Antioquia para terminar sus días como cura párroco de la naciente comunidad de El Retiro.

Y por último, se refiere la obra a dos episodios de la vida amorosa del fogoso militar José María Córdova, el más joven y valiente de los generales que nuestra provincia dio a la guerra de Independencia, sobre quien se comentan muchos episodios relacionados con ese tema, entre los historiadores y de lo que poco se ha escrito.

La primera parte está dedicada al aspecto teatral propiamente dicho; la segunda, la más importante para los interesados en la historia, al análisis del hecho histórico que conmemoramos, realizado con profundidad, como solo lo pueden hacer dos personas dedicadas a la materia. El prólogo que los autores han presentado es muy completo y me releva de agregar otros comentarios a lo que en forma clara y precisa han documentado.

Para la Academia Antioqueña de Historia es motivo de orgullo la publicación de esta obra, que hace parte de la serie de libros que la entidad se comprometió a sacar para el servicio de la comunidad, con motivo de los 200 años de la Batalla de Boyacá y de la campaña libertadora.

Felicitaciones a los autores por lo bien que han hecho quedar a nuestra entidad al ser su trabajo, merecedor del premio *Programa de fomento a la divulgación histórica de las academias de historia de Colombia 1819-2019, en el marco de la conmemoración del bicentenario*, adjudicado mediante el convenio que celebró la Academia Antioqueña de Historia con el Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICAHN).

ORESTES ZULUAGA SALAZAR

Presidente de la Academia Antioqueña de Historia

Medellín, abril de 2021

Prólogo

En esencia, el Bicentenario de la Independencia en Colombia es la conmemoración del rompimiento definitivo con el orden monárquico y el despuntar a través de un hecho militar del nuevo sistema político. Todos los ámbitos se afectaron con este cambio, pero a su vez muchos elementos del pasado continuaron. Esta dualidad de aspectos es difícil establecerla y el balance, debido a la complejidad del tema y su dimensión, es un vacío de nuestra historia. De todas formas y como un aporte a la celebración de rememorar esos tiempos complejos se ha escrito este trabajo, al considerar que existe una oportunidad de exponer otras miradas sobre una época tan trascendente. Como particularidad de él, se aparta de considerar la habitual secuencia del acontecer militar y sus afamados protagonistas.¹ La razón de ello consiste en que sus autores consideran necesaria la ampliación en la perspectiva de la indagación para observar las implicaciones de la guerra en la cotidianidad de los habitantes y observar sus respuestas. La forma en que reaccionaron y se adaptaron es una temática histórica igualmente significativa, porque muestra rasgos de otra realidad: la del hombre común ante la adversidad y la captación de las transformaciones que se dieron en el conjunto social, la política, la cultura y las condiciones materiales de la vida.

Fue evidente que la guerra y la inestabilidad interfirieron la existencia individual y colectiva contundentemente e indujeron reacciones a favor o en contra de la transformación en curso. La situación implicó carencias, temores, experiencias difíciles, emergencias y emociones encontradas, componentes de esa complejidad llamada ser humano. En ese sentido el transcurrir del día a día al interior de un conflicto

1 La implicación que en nuestra historiografía del proceso bélico ha puesto el acento en una perspectiva tan enfáticamente patriota bien se la puede apreciar desde el siguiente punto de vista: "en todas las épocas, la exaltación del heroísmo es engañosa: como discurso apologético que es, deja en la sombra un amplio campo de la realidad. (Jean Dulumeau, 1978: 16-17).

bélico conllevó a que asumieran manifestaciones más intensas. Hubo sufrimiento, emoción, ansiedad, temor, muchas sensaciones que desafortunadamente en el común de la historiografía pocas veces ha asumido como tema de indagación. De un lado por dificultades en la consecución de información de fuentes documentales, del otro por el complejo manejo y análisis de sus aspectos y, en el fondo, porque muchos historiadores lo han ignorado.

Dice Roger Chartier que los individuos fluyen en su existencia entre sus prácticas, discursos y maneras de concebir, y la institucionalidad, que los condiciona, presiona, de manera diversa (Chartier, 2001, p. 192). En efecto, en parte así ha transcurrido la historia humana pues en su mundo no solo se encuentra presente la relación institucionalidad-individuo. De todas formas, al concretarse esto en el marco del proceso independentista, ese actor histórico móvil se encontró estrictamente constreñido y desafiado para producir o alterar su comportamiento ante la inestabilidad de quien rige el poder militar o político.

Al ser una época de características violentas, en los habitantes se desató la producción de nuevos comportamientos ofensivos y defensivos, imprevistos y pensados. Se propiciaron agrupamientos y rompimientos, se destruyó y creó, murió la calma y la defensa de sí se puso al orden del día en un proceso voluble durante una década. Forzosamente se aprendieron comportamientos como, por ejemplo, responder a una agresión bélica, al reclutamiento, a una exigencia económica, al accionar militar, cómo actuar con un sentimiento contrario a quien rige, cómo difundir las novedades del conflicto, cómo crear falsas expectativas para generar inconformidad cuando no se está de acuerdo con quien manda, cómo se protege la familia, cómo se explica a los infantes las circunstancias, cómo vivir la festividad política-militar y hasta cómo poner en práctica la religiosidad.

Ya queda claro el motivo por el cual elegimos los temas tratados aquí: el poco conocimiento que existe en nuestro medio sobre el eco que tuvo el largo proceso en algunas individualidades. Elegimos el niño y el Cura Párroco y hemos adicionado la de un prócer, envuelto en un aspecto diciente de su vida personal, sus sentimientos amorosos y la atracción del bello sexo.

La primera subjetividad elegida es, quizás, una de las más marginadas. Se refiere a la infancia, esa fase de la vida donde el ser humano al nacer avanza en su formación, sorprendido por las experiencias propias del acontecer diario en una etapa muy corta, comparada con la juventud y la adultez. El niño es un sujeto adaptativo, creativo,

ingenuo, imitativo y superficial en el alcance de su conocimiento. Al estar situado en medio de la fragilidad de un conflicto aumentó su vinculación hacia el adulto para protegerse y se constriñó su creatividad, perdió parte de su libertad espontánea.

Su escasa documentación testimonial se debe, en gran parte, a que han sido actores históricos con poca capacidad de dejar registros de su experiencia. Es casi imposible saber cómo, por sí mismos, apreciaron la época que les tocó vivir, a no ser por excepcionales indicios fugaces de referencias dejadas por los mayores. No es extraño por tanto que los historiadores Pablo Rodríguez y María Emma Mannarelli sostengan que los niños han sido estudiados muy tardíamente en la historiografía tradicional, ya que han alcanzado apenas recientemente el reconocimiento de su condición de sujetos de la historia (2007, p.15). La infancia no tenía voz.

Como referente de la infancia nos hemos valido de un personaje muy representativo en el mundo político e intelectual de la primera mitad del siglo XIX. Su nombre es Florentino González (1805-1874), quien se abordará en la primera etapa de su vida, asumida desde su memoria autobiográfica (1971). Es una fuente excepcional respecto a esa etapa de la vida por su explícita narrativa de primera mano, rememorada hacia la década de 1840. Está ubicada al interior del contexto de la memoria humana como fuente de la historia con su fuerte carga subjetiva. Florentino es un niño especial, por su formación y su pertenencia a una familia prestante y rica, que padece la adversidad, la ruina y la migración por las condiciones bélicas de su pueblo. Su lectura de los acontecimientos es la de un liberal radical de mediados del siglo, invadido de un profundo antagonismo contra el sistema político que significaba la corona española.

El siguiente personaje representa un sector esencial al interior de la sociedad de entonces: El Clero, un actor fundamental por su educación, su incidencia en la sociedad, su riqueza y su cercanía al poder político. No es casual encontrarlo presente en el momento coyuntural que inició el proceso independentista cuando, junto con los abogados y miembros de las élites locales, participaron en la construcción de juntas de gobierno. Su presencia en el mundo de la educación colonial era indiscutible, como maestros formadores de la juventud neogranadina de mayor alcurnia. En su función moralista de guía espiritual es indiscutible que alcanzaron gran incidencia. Igual se puede hablar de ellos en momentos posteriores cuando se vinculan a la lucha armada. La coyuntura política y militar obligó a este grupo a definirse alrededor de alguna de las dos causas en choque, “una misma religión en dos bandos en guerra” (Revuelta González, 2008, p. 173). En efecto, se trató de una institución

dúctil donde unos se radicalizaron y otros permanecieron pasivos, unos tomaron las armas, otros trataron de mediar en el conflicto.

El personaje en consideración, como prototipo de varios comportamientos usuales, fue el franciscano Juan Cancio Botero (1777-1848), quien se desempeñó en la docencia, la capellanía militar y el desempeño parroquial. La primera intervención como educador fue su participación en el Colegio Franciscano de la Villa de Medellín, junto al fraile español y director de la institución Fray Rafael de la Serna. A ambos les correspondió iniciar el colegio, en concordancia con el cabildo local de la Villa, casualmente, cuando tuvo comienzo el estallido de la crisis de la monarquía española y la reacción de la sociedad antioqueña. El segundo acto fue su militancia como capellán en la fallida campaña del Sur, en el batallón de Antioquia, que colaboró a los ejércitos del entonces presidente dictador de la República de Cundinamarca Antonio Nariño. Y, por último, su labor como gestor de la fundación de la Vice-parroquia de El Retiro en 1814, un lugar inscrito dentro de la dinámica del comienzo de la colonización antioqueña.

El último personaje en consideración es un oficial del ejército patriota, considerado un prócer. En este caso no ha interesado esta condición tan repetitivamente señalada, sino asumirlo desde un rasgo de su experiencia emocional, vinculado a su cotidianidad no militar y sus relaciones personales con la mujer, que incluye una apreciación de la sexualidad y el amor. Se trata de apreciar su manera de ser, inserto en el peligroso fluir de la guerra y ella relativa a momentos concretos: la figuración de personaje central de la fiesta pueblerina y su imprevisto accidente con sus efectos, la convalecencia, su papel en el Combate de Chorros Blancos y una aventura mujeril en medio de una campaña militar para conquistar la Costa Atlántica.

Ante la sociedad, el uniforme militar traía una carga simbólica, vinculada al valor, la fuerza y la institucionalidad. A quien lo portó como en el caso de Córdova, le permitió obtener ventajas o reconocimientos en su relación con el mundo civil. También implicó reacciones de temor y, en algunos casos, una admiración o atracción por la figura de más renombre. Se representará, por tanto, una parte de su vida sentimental y militar de alguien que poco hay más que decir de la importancia de su personalidad, provista de un indudable liderazgo regional.

Hemos concebido que esta obra tenga dos partes: una dramaturgia que permita escenificar, por grupos teatrales y escolares, cotidianidades del proceso de la Independencia, y una referente a un estudio interpretativo, que construye un horizonte de

comprensión analítica más amplio. Las dos formas de narrativas se articulan, para que la segunda permita la profundización en el conocimiento del acontecer de la primera. En este sentido, un doble público está en consideración: el especialista de la Historia, que en su personalidad investigativa analiza y explora con intención de avanzar en la clarificación del pasado y el otro sector del público más amplio; se refiere al individuo corriente que poco sabe de historia, pero tiene curiosidad cuando se le habla que hay que conmemorar un Bicentenario como un hecho trascendente en su país. Para acercarnos a ambos lectores hemos usado el análisis histórico que permite profundizar en los comportamientos, situaciones y maneras de pensar de los personajes considerados y una dramaturgia para representar el sufrimiento, la cotidianidad y los sentimientos hacia la mujer y la infancia.

No sobra recordar que el teatro, desde la antigua Grecia, ha sido un instrumento propicio para representar la tragedia y acercarla a un público. Dice Jean Pierre Vernant (1987) que en la Época Clásica fue un vehículo de crítica al presentar la realidad desgarrada, divida contra sí misma (p. 26-27), característica que hoy en día aún tiene vigencia. En esta dirección, el teatro permite educar y sensibilizar a las sociedades para que sean conscientes de sus virtudes y sus defectos en la trama de su existencia, enfrentadas a la toma de decisiones y a su transcurrir ordinario. Al ser escenificada la acción del hombre ante el juego de las miradas, los diálogos y el movimiento de los cuerpos despiertan en el espectador empatía o rechazo. Esta es una de las cualidades esenciales del teatro y con esa intención se ha escrito el texto que el lector tiene entre sus manos, provisto de un contenido histórico sensible y cotidiano.

La obra teatral ha sido dividida en tres partes que, a su vez, se fraccionan en cuatro actos. Dicha estructura facilita el trabajo escénico y actoral en cuanto ofrece libertad para las representaciones escénicas de hechos históricos concretos, que no necesariamente manejan una relación de interdependencia condicional. De esta forma la flexibilidad facilita su adaptación a las condiciones de cada grupo teatral, al tiempo que internamente la obra conserva su orden narrativo.

Por supuesto no pretendemos ser pioneros en nuestro medio con representar la historia del proceso a través de la dramaturgia, pero si aspiramos a rescatar eventos y subjetividades que se han pasado en la producción teatral histórica colombiana.² En efecto, el tema no ha sido tan acentuado y el interés ha sido puesto sobre el 20 de

2 Esta última, cuando ha abordado el pasado, se ha dirigido a otros momentos de gran agitación como la "Masacre de las Bananeras", "Los comuneros de finales del siglo XVIII" y "la época de La Violencia" (Reyes, 1996, p. 348).

julio de 1810, la Batalla de Boyacá y los líderes militares, sobre todo Bolívar y Santander. En otros términos, se ha acudido a la versión más recurrida del proceso en la historiografía colombiana, en parte por no estar destinada a descifrar la globalidad de las transformaciones, la sociedad de esa época, sus desempeños físicos y mentales y porque estos temas han sido desplazados por la eventualidad más llamativa.

¿Por qué hoy en día es más que pertinente dejar de lado tan limitados enfoques al conmemorarse en el año 19 del presente siglo el significativo triunfo de la Batalla de Boyacá?

La justificación quizás principal es que ni siquiera la conmemoración acontecida en el año pasado deja un balance que indique intentos, aunque fuesen tímidos de renovar el esfuerzo investigativo sobre el proceso de la Independencia. Un silencio grande rodea a los profesionales del hacer de la Historia responsables de ampliar la mirada sobre ese pasado tan trascendente por ser la ruptura parcial de una continuidad de varios siglos y la emergencia de dos más no sólo respecto al despunte de un nuevo orden político. Otra razón es que en el país la conciencia histórica es inmediatista y al ignorarse la larga duración, la percepción del presente y futuro carece de ingredientes formativos y evolutivos importantes. Es por caso citar la existencia de precedentes que vienen de muy atrás respecto a la compleja estructuración regional y local que se posee, nuestras costumbres políticas y las instituciones que nos rigen.

Por último, estamos en una época en que se añora por muchos la enseñanza de la historia como materia segregada en los planteles educativos y no se tiene aún la orientación cómo debe impartirse y sus contenidos. Cada vez hay más alumnos que terminan su formación educativa y aún tienen vacíos respecto a la historia de su comunidad y sus pueblos. No se puede caer, erradamente, en el lugar común de justificar esta ausencia con el argumento de que a los jóvenes de hoy no les interesa la historia, pues esta es consumida a través de otros formatos de índole audiovisual como películas, videojuegos, videos narrados, redes sociales, entre otros.

Pero no sólo allí: no es una casualidad que se destaque entre los géneros literarios hoy en boga la novela histórica. Un género que tiene un fuerte apogeo hoy en España, con autores como Pérez-Reverte y Javier Negrete, y que usa el discurso propio de la narrativa literaria para construir acercamientos más íntimos a nuestro pasado. La novela histórica está dirigida a recrear hechos cargados de expresiones humanas como el aspecto sentimental y el sufrimiento y las adversidades de la cotidianidad del conflicto. Se trata en efecto, de una apropiación del pasado del comportamiento

humano, acorde a una contemporaneidad a la vez necesitada de distracciones y conocimientos aproximativos escritos por alguien de su tiempo al que no pocas veces deja de considerar como expresión real de verdades históricas. Por supuesto no deja de estar presente la curiosidad por saber qué le sucedió al hombre en una determinada época, una paradoja para un presente que endiosa el conocimiento práctico.

Hay un parentesco entre la novela histórica y la dramaturgia histórica, que aprovecha las posibilidades propias del lenguaje literario, como las figuras literarias y los diálogos, para generar una mayor captación del público joven. Por ello es pertinente reafirmar que dentro del público lector al que está dirigido nuestra realización se encuentra en primer lugar la juventud colombiana con la intención clara de acercarla a la historia y en particular a la época del nacimiento de la república en la cual ella ha surgido. Nuestro ideal es que las instituciones educativas y los docentes de humanidades a quienes llegue el libro tengan como instrumento pedagógico la Dramaturgia. Dos recursos pueden utilizar: llevar sus alumnos a la lectura de los tres dramas, recuperar sus impresiones e indagar y promover la reflexión histórica; el otro recurso es hacerlos actores de ella para presentar escénicamente la historia en clase o en el colectivo de la institución, en un evento especial como una experiencia diferente de vivenciarla.

Otro sector que puede beneficiarse directamente de este trabajo son los grupos teatrales del país, que ya anotamos bien, se pueden apropiarse de ella y llevarla al público general. Ojalá suceda, pues el teatro está urgido de nuevas experiencias y sería un aporte importante para la conmemoración del Bicentenario.

El teatro de contenido histórico tiene un telón de fondo: la realidad pretérita representada y la forma como ha sido asumida por los especialistas. Esta es la otra dirección del libro, que ha sido elaborada con un propósito contextual y analítico. Su lector es aquel que quiera profundizar el conocimiento de los acontecimientos y personalidades de la obra. La dirección seguida ha sido la de una interpretación fundamentada en elementos indagatorios más profundos. Como el drama aquí expresado apunta a rescatar tres individualidades: la infancia, el clero y el Comandante General de una provincia, cada una de ellas es observada desde una dimensión cercana a las coyunturas que les tocó afrontar.

No nos limitamos a la observación de los hechos y la individualidad en esa especificidad, porque consideramos que ser un eclesiástico o un oficial militar de rango fueron personalidades de un espectro histórico más amplio, que al ejercer sus

potencialidades vivieron y generaron otras dinámicas en varios ámbitos que integran su identidad y su relación con el otro. Al vivir experiencias muy concretas, se les ha dado una dimensión más amplia bajo la consideración de que la historia misma es una articulación de relaciones que superan lo específico y lo abren a un alcance global.

Hoy en día los colombianos requieren saber su historia de manera renovada, no únicamente porque desde hace décadas desapareció como materia de enseñanza en sus currículos educativos. Es evidente que han perdido consciencia de los orígenes y tradiciones como pueblo diverso y complejo que en su largo transcurrir la Independencia del dominio español, fue un corte en su continuidad de gran trascendencia que al profundizarse en su alcance, debería formar sujetos pensantes, conscientes de su pasado y de su identidad política conjunta. Además, su prolongado transcurso, la diversidad de situaciones y lugares, la condición de su inestabilidad, su desenlace difícil y muchos otros ingredientes, la convierten en un gran espectro, un gran escenario con múltiples actores, quizás una rica fuente de inspiración de un género especial de la novela que no es una casualidad que se destaque hoy: la novela histórica dirigida a recrear hechos cargados de expresiones humanas. Se trata en efecto una apropiación del pasado acorde a una contemporaneidad necesitada de distracciones y conocimientos aproximativos que hablan sobre lo que le sucedió al hombre.

No siendo pertinente agregar más elementos, abrimos el telón.

Primera Parte

Dramaturgia: Tres ejemplos de la vida infantil, eclesiástica y militar en la guerra de la Independencia

Acto I:

Florentino González, un niño en medio de la guerra

Personajes:

FLORENTINO: Niño curioso e inquieto, de buen corazón y que no entiende a cabalidad el contexto de la guerra.

PADRE: Progenitor de Florentino, un apasionado patriota, valiente, preocupado por la familia.

MADRE: La madre de Florentino una mujer débil, muy sensible y algo hipocondríaca.

MANUELITO: Niño amigo de Florentino, insensible a la muerte y propenso a la burla.

NEPOMUCENO: Eclesiástico y pedagogo que educa a Florentino. Inteligente, de carácter fuerte en su método formativo.

Escena 1:

Escenario: Plaza Mayor de la Parroquia de Sogamoso, hay una horca en el centro. Hay árboles. Hay un telón con la imagen de la Iglesia. Hay algunos ventorrillos y personas alrededor.

FLORENTINO GONZÁLEZ (NARRADOR-ADULTO): Yo me llamo José Nazario Florentino González Vargas, soy oriundo de Cincelada, cerca de la Villa del Socorro. Aunque los recuerdos a veces se ocultan tras el velo de la niebla, hay algunas imágenes que han quedado grabadas en mi mente, y hoy quisiera retomarlas, registrarlas en el papel que, aunque frágil, es más resistente que la memoria. Sí, lo recuerdo muy bien. Habíamos tenido que huir, mi familia y yo, de nuestra tierra natal ante el avance de los españoles en toda la Nueva Granada. Yo tenía once años y Sogamoso era uno de los pocos distritos parroquiales que aún resistían después del desastre de Cachirí. Allí estaban para protegernos los generales Rafael Urdaneta y Manuel Serviez; también estaba el valiente joven José María Córdova, todos en espera de lo que resolviese el gobierno de las Provincias unidas en Santafé. Por las noches de vez en cuando se podía escuchar el eco de los fusiles y la pólvora, y los gritos de furor ciego. La guerra estaba cerca, mi madre me dejaba salir poco pues tenía miedo. Todos lo teníamos.

Ocurrió en ese ambiente de tensión, que un paisano ingenuo había servido de espía a los españoles reportándole información sobre el estado de las tropas acantonadas y al aprehenderse, estaba dispuesta su ejecución.

Mientras tanto, mis padres comentaban el desastre y hablaban de cosas que no comprendía a mis cortos años: ¿Qué es la patria? ¿Qué es libertad? ¿Qué es despotismo? ¿Qué es república? ¿Por qué hablan así los mayores? ¿Valen tanto las palabras para morir por ellas? ¿de dónde vinieron? ¿y sí son mentiras? No había tiempo de saberlo. Yo no entendía qué representaban y el primer alumbramiento vendría de forma fatídica. Fue aquel trágico día que empecé a entender lo que significaban aquellos conceptos escritos con sangre.

(Sale el pregonero al escenario, lleva en sus manos el bando para difundir una noticia al pueblo y convocarlo a un acto público. Lo pega en un cartel, en un lado, y luego en el centro de la plaza, con voz entonada y fuerte se dirige al público)

PREGONERO: Tal como nuestra Junta de Seguridad y los generales Urdaneta y Serviez han dispuesto, repito su solemne bando dado a conocer en días anteriores.

“El día de hoy 30 de marzo de 1816 de Nuestro Señor por mandato de la Junta de Seguridad y los señores generales Rafael Urdaneta y Manuel Serviez, y considerando:

- Que en el camino que va de la Parroquia a la ciudad de Tunja fue capturado por las fuerzas patriotas de nuestro ejército el individuo Antonio Rodríguez.
- Que se comprobó que dicho individuo ejercía actividades de espionaje en nuestro territorio a favor del déspota Fernando VII, que ocultaba sus negras intenciones con mentiras y evasivas, que este desgraciado sujeto ya había sido denunciado por personas honorables como un nefasto enemigo de la patria.
- Que le fueron incautadas comunicaciones con instrucciones militares para conducir a diversas tropas realistas por el territorio de la provincia.
- Que es un traidor indigno e infame a nuestra Patria.

Se decide:

- Exponer su escarmiento público ante el pueblo en la plaza principal de Sogamoso a las 11:30 de la mañana.
- Que por su comportamiento vil merece la horca.
- Disponer la asistencia de las autoridades competentes.
- Presentar públicamente la suerte nefasta que sufren los enemigos acérrimos de nuestra Independencia.
- Disponer que su cuerpo sea exhibido públicamente durante una semana en el camino donde fue capturado.

Atentamente,

Parroquia de Sogamoso
Gobierno de la provincia de Tunja”

(Los vecinos se acercan lentamente a curiosear el acto y cuchichean entre sí. Hay soldados en la plaza controlando la escena. En la mitad hay una horca en una tarima. El niño Florentino, con su amigo Manuelito Flores, se esconde detrás de unas cajas o barriles que están amontonadas y observa la escena. Llegan los soldados con el acusado amarrado y la gente le grita y le escupe)

FLORENTINO: Manuelito, mira al reo, como lo empujan los soldados al conducirlo, no tiene camisa, va descalzo. Mírale esa cara de terror y tristeza. ¿En qué pensará?

La gente le grita traidor. Yo, si estuviera en su lugar, quisiera que me dieran un poco de mazamorra con dulce de guayaba, los extrañaría.

MANUELITO: Yo, si estuviera en su posición, les mentaría a todos la madre y escupiría sobre sus caras. ¡Mira!

(El prisionero se tropieza y casi se cae, pero logra tomar el control. Mira hacia todos lados con rabia. El sacerdote, quien está con él, le da la bendición intentando convencerlo de que se arrepienta de sus pecados. El hombre no le responde)

FLORENTINO: Siento lástima por ese pobre hombre. ¿Le habrán pedido que cambie su comportamiento antes de ordenar su muerte?

MANUELITO: Qué bobada pensar en eso. Mira qué espectáculo, nunca lo había visto.

FLORENTINO: A mí me da mucho miedo, no quiero mirar. *(Florentino se tapa los ojos)*

MANUELITO: ¡Gallina! Sé fuerte, sé un hombre.

FLORENTINO: ¡No soy ninguna gallina!, ya verás que voy a mirar.

(El prisionero es conducido a la tarima. Y cuando lo van a ahorcar grita)

PRISIONERO: “¡Todos van a morir! Somos pecadores, Dios y la Virgen están conmigo. ¡Todos ustedes son unas ratas asquerosas!, y pronto llegará el castigo bajo la forma de la bayoneta y el patíbulo, bajo la bandera de nuestra amada Patria España. Son todos unos hijue...

(Un soldado le pega un culatazo y, permanece un rato entre estertores, hasta morir ahorcado)

FLORENTINO: “¡Lo mataron!” *(Florentino se cubre la cara. Manuelito ríe.)*

MANUELITO: Tiene la cara de una babosa que se revuelca entre sales.

FLORENTINO: ¿Y su familia? ¿tendrá hijos? ¿tendrá hermanos? ¿y su madre?

MANUELITO: No debe tener. Es un desgraciado. Los malos no tienen familia.

FLORENTINO: ¡Qué horror! Como puedes disfrutar una escena así. (*Florentino sale corriendo.*)

Escena 2:

Escenario: Páramo de Toquilla a 3600 metros en la Cordillera Oriental. Sopla un fuerte viento. Hay neblina. Hay algunos frailejones. Hay un telón de fondo que casi no se ve. Se escuchan sonidos del viento y alguna ave.

NARRADOR: El ejército se encuentra a cinco leguas de Sogamoso donde están refugiados los derrotados de la batalla de Cachirí. Ante la amenaza los adeptos a la causa patriota se ven obligados a huir hacia los Llanos por el Páramo de Toquilla, ascendiendo con dificultad y riesgo hasta los 3600 metros de altura. Antes de partir de Sogamoso hay una trifulca con personas que quieren entregar a algunos patriotas a los pacificadores. El grupo logra partir y deja muchos de los víveres que originalmente tenían. El niño Florentino va con sus padres, y marcha a pie, porque le han robado su caballo la noche anterior. Se avanza lento por la dificultad del terreno, la composición de la migración formada por niños, jóvenes y adultos. El viento sopla con fuerza, hay una llovizna leve y el hambre es un compañero inevitable.

(*Florentino marcha con esfuerzo, a su lado van su padre y su madre. Ambos están tristes al igual que las demás familias que han partido. El viento y una bruma densa los rodea*)

FLORENTINO: ¿Quiénes son estas personas que nos acompañan padre?

PADRE: Somos los olvidados de Dios, hijo. Parece que la divinidad está de parte del infame Fernando VII y sus esbirros peninsulares.

MADRE: ¡No blasfemes! ¡Caes en pecado!

FLORENTINO: ¡Esbirros! ¿Como diablos con tentáculos? Padre, ¿y si nos alcanzan? ¿Si llegan aquellos soldados malos con sus bayonetas?

PADRE: No te preocupes hijo, si llegan aquí. Yo estaré para protegerte. *(Continúan un momento caminando en silencio. El padre va cabizbajo y pensativo. Florentino intenta distraerse buscando animales en el paisaje y, con timidez, palpa un frailejón. De repente se escucha el llanto de una niña)*

FLORENTINO: ¡Pobre niña! ¡Debe tener hambre y frío! Siento que se me están congelando los pies. ¿Cuándo vamos a descansar y a comer un poco? No lo soporto papá.

PADRE: Paciencia. Ten paciencia. Y a la niña la protege su madre, no te preocupes. Tú debes aguantar, debemos ser fuertes, saldremos de esta.

(La madre de Florentino empieza a llorar y su esposo la consuela)

FLORENTINO: ¿Por qué estás triste? ¡Mamita no llores!

MADRE *(dirigiéndose al esposo en susurros)*: Te lo dije, este sufrimiento es demasiado para un niño. Estamos condenados.

PADRE: Ahora te respondo hijo, dame un momento...

(Transcurre un rato en silencio. El padre consuela a la madre. Al fin se acerca al niño y le explica)

PADRE: Florentino, no te mentiré. Todos tenemos una gran pena en el corazón. La patria está en grave peligro. Sé que eres sensible, has visto a esos niños y esas mujeres descalzas tiritando. También sientes este frío que entumece no sólo el cuerpo, sino también los sueños. Huyen de la terrible amenaza de caer en manos del infame Pablo Murillo, que ha destrozado, con sus generales, nuestro ejército. Hemos perdido todos los bienes que poseíamos. Nuestro pueblo el Socorro y la villa de Sogamoso van a caer en sus manos. No sabemos la suerte de los amigos y la de nuestros seres queridos que dejamos. Tenemos que acelerar el paso y soportar este horrible clima y esta llovizna incesante. La marcha es larga. Debes ser fuerte mi querido Florentino. Cuida de tu madre que no sufra una caída fatal. Ayuda en lo que puedas a esas mujeres desvalidas. Eres todo un hombrecito, no lo olvides.

FLORENTINO: Padre, está bien, haré lo que pueda. Pero, ¿a dónde exactamente nos dirigimos?

PADRE: Al Casanare, una tierra muy distinta a la que has conocido, pero es un buen lugar para desaparecer, allí resistiremos. Nos protege su extensión infinita. Serán días difíciles, pero sé que podremos aguantar.

(En ese momento una de las mujeres, que carga un bebé, tropieza y cae aparatosamente. No pudiendo proteger a su niña está a unos metros de Florentino, en una pendiente, salvándose de seguir rodando cuesta abajo, atajada por un tronco leñoso. Florentino oye el grito de la madre al pedir auxilio y el llanto de la niña. Se apresura y baja con cuidado la ladera y recoge a la niña, ayudado por su padre. Mientras, su madre acude a socorrer a la mujer con otros paisanos. El padre le lleva el bebé a la mujer, la cual le agradece con un “Dios lo bendiga. Nos ha salvado”).

(Unas horas después, próximas a la cumbre del páramo, deben acampar. La temperatura está bajo cero. Los fugitivos arman improvisados toldos para guarecerse. Como alimento solo pueden comer carne salada. Es imposible prender un fuego.)

FLORENTINO: Padre, no quiero comer esto. Sabe horrible.

PADRE: Hijo mío, come porque te hará falta para resistir en esta peregrinación forzada ocho días.

FLORENTINO: Pero, papá...

PADRE: No hay peros.

(Florentino estalla en lágrimas. Los padres callan y lo miran tristes. Come su trozo de carne con desgano, vigilado por sus progenitores. Cuando termina, se dirige a la carpa sin decir una palabra, y se acuesta, entre lágrimas, tiritando de frío. Su madre se acerca y lo cubre con algunas cobijas)

NARRADOR: Al iniciar el grupo de fugitivos el descenso de la cordillera hacia la gran planicie, deben hacerlo con lentitud para no rodar en la escarpada pendiente. El suelo está húmedo y temen resbalar. El niño Florentino no se preocupa por el paisaje, sino por las dificultades que debe sortear. En el horizonte se extiende el Llano como un reino vegetal desconocido y misterioso. La lluvia y la bruma los acompañan, pero a medida que descienden pueden percibir a distancia una línea infinita donde las nubes se encuentran con la selva. Presienten la presencia curvilínea de ignotos ríos, que parecen serpientes en la llanura y se pierden en el infinito.

Escena 3:

Escenario: Cabaña pobre en el pequeño poblado de Zapatoca. Las viviendas son ranchos de paja en tierra. Sus enseres son pocos y están desparramados; hay ollas de barro, asientos desvencijados, unas mesas sucias y deterioradas. Los actores visten con ropas muy desgastadas. El niño está descalzo. El hombre y la mujer calzan alpargatas.

NARRADOR: Zapatoca es una aldea pequeña llanera de entre 50 y 60 ranchos de techos de palma y paredes de bahareque. Allí los refugiados del interior habían recibido una buena acogida. La distancia los protegía y hay parte de las tropas patriotas que emigraron con Serviez. Su incierto futuro era objeto de comentarios, junto con las novedades sobre los rebeldes en el Apure y las eventuales noticias de Santafé. Por este medio se informaron del indulto firmado por el mando realista del comandante Latorre al arribar a esa ciudad. Muchos se ilusionaron con el perdón y varios paisanos decidieron retornar a presentarse al ejército realista. El padre de Florentino estaba incluido en el indulto, pero dudaba si acudir o vincularse a las guerrillas llaneras y abandonar a su esposa y sus hijos en aquella triste aldea.

(Madre y padre discuten. Florentino escucha en un rincón)

MADRE: Amado mío, ¿qué has pensado en definitiva? ¿Aceptarás los consejos de aquellos que te recomiendan entregarte al enemigo?

PADRE: No lo sé. No lo sé... A veces creo que es lo mejor y otras no. No sé qué hacer. Mi primo Lineros ha retornado a Sogamoso. Esperemos sus noticias.

Madre (*llorando*): No, no debes entregarte. Debes huir, por favor, te lo pido, por Dios. Escúchame.

PADRE: Sé que el indulto es una humillación, una falsedad, un sufrimiento, una amenaza constante, una mirada despectiva sobre los auténticos amantes de la libertad, pero es sobrevivir discretamente, es volver a nuestro hogar, con nuestros amigos y parientes. Ciertamente sería la opción más razonable, sin embargo, ¿cómo sería mi vida en los Llanos? ¿Cómo sería ser guerrillero en este inmenso desierto verde de clima insoportable, alimañas e insectos, y peligros incesantes? ¿Resistiría caer en manos de las tribus indómitas o de las feroces bestias? ¿Cómo cruzar estos ríos inmensos llenos de caimanes? Terrible todo pero... (*Hace una pausa*) No huiré. Siempre he luchado de frente. No dejaré a mi familia.

MADRE: No debemos permanecer en Zapatoca, aquí las fiebres nos mataran. Nos podríamos ocultar mejor en Iza como sitio intermedio discreto entre Tunja y los Llanos. A Sogamoso, quizás podrías ir a escondidas a enterarte de la suerte de los que abandonamos, parientes y amigos. Es importante saber qué sucede y la certeza de las determinaciones implacables del monstruo Morillo.

(En ese momento entra en escena alguien llegado de Sogamoso con una carta para el señor González. El padre abre la carta precipitadamente y empieza a leerla. Su semblante cambia, mostrando ira y desesperación. Aprieta los puños)

MADRE: ¿Qué dice por Dios? ¿De quién es? ¿De dónde viene?

PADRE: Un conocido nuestro de Sogamoso que me advierte que la patraña del indulto ha sido una completa falsedad. Mi primo Linares ha sido fusilado. Muchos han caído por su ingenuidad y muchos caerán. Lo sabía, no se puede confiar en esos miserables españoles. Me temo que no hay otra solución. Mañana partimos para Iza, allí procuraremos ocultarnos y decidir si tomaré las armas. Creo que mi camino terminará siendo ese. Por ti, por mí, por mis hijos, por esta tierra maravillosa.

MADRE: Oh esposo mío, ¿nos abandonarás entonces?

PADRE: Quizás, no hay otra opción. Pero al menos os llevaré a un lugar mejor que este refugio miserable.

(El padre tiene una expresión grave, observa los semblantes de su hijo y esposa y empaca sus pocos enseres en silencio. La madre mira ensimismada. Florentino llora compungido. El padre se le acerca y le soba la cabeza)

FLORENTINO: Entonces, ¿Cuándo lleguemos a Iza te irás?

PADRE: Debo hacerlo.

FLORENTINO: ¿Quién protegerá a nuestra madre? ¿Quién cuidará el hogar?

PADRE: Tú lo harás Florentino, ya estás muy grandecito. *(Le guiña el ojo)* dejo a tu madre en las mejores manos.

FLORENTINO: Sí, pero...;No te vayas Padre! *(Florentino abraza al padre)*

PADRE: La vida da, ciertamente, giros inesperados. No sé qué me depare la guerra. Pero algo estoy seguro: Has crecido Florentino y serás sin duda un gran hombre. No olvides nunca por qué luchamos, por qué seguimos inmersos en este torbellino de desafortunados acontecimientos. Los valores máximos son la libertad y la vida, no dejes que nada, ni nadie te los quite.

FLORENTINO: No te defraudaré... lo juro.

PADRE: amada mía (*mirando a la madre*), no sabes cuánto me duele dejarte. Pero algún día volveré y seremos otros. Seremos de nuevo felices. Eres el sol de mis días, no lo olvides.

MADRE (*Con lágrimas*): Ooohhh... querido...

(*El Padre abraza profundamente a su hijo y esposa.*)

Escena 4:

Escenario: Sala de una casa en el pueblo de Iza, Provincia de Tunja. Hay cuadros religiosos y un florero en un costado. Hay una mesa y unos muebles. Los actores están sentados cerca a la mesa: el niño en taburete, con una pluma de escribir en su mano refleja en su semblante el desagrado. El profesor observa el desarrollo de la escritura.

NARRADOR: La familia González se traslada a Iza buscando un mejor futuro. Es un poblado de ancestros indígenas fuertemente afectado por el mestizaje cuyo Cura Párroco es viejo amigo de ella y la protege. Su nombre es el sacerdote Juan Nepomuceno Parra. Este sacerdote decide encargarse como tutor de la educación del pequeño. Su estadía allí será transitoria, su destino es Santafé. El padre ha partido a la guerra dejando un vacío terrible, sin saber que el destino infausto que le espera en batalla.

JUAN NEPOMUCENO: ¡Florentino! ¡Por Dios! Debes prestar atención.

FLORENTINO: Lo siento profesor... yo pensaba...

NEPOMUCENO: Atento, la escritura será esencial para tu preparación y tu futuro.

FLORENTINO: Lo sé...

NEPOMUCENO: Escribe la palabra mesa.

FLORENTINO: M-E-S-A.

NEPOMUCENO: Escribe arroz.

FLORENTINO: A-R-O-S.

NEPOMUCENO: Casi, arroz, me parece que ya eras capaz de escribir esta palabra. Algunas fallas más y me temo que tendré que castigarte.

FLORENTINO: Ya no vuelvo a cometer errores.

NEPOMUCENO: Humm... (*sujetándose la barbilla*)

FLORENTINO: ¡Lo juro!

NEPOMUCENO: Las palabras son más que palabras, querido Florentino, si sabes manejarlas con prudencia y rectitud conquistarás el mundo. Eres un alumno muy inteligente y me siento orgulloso. Pero sé que hay algo que te atormenta, precisamente hoy.

(El profesor se dirige a la ventana y se queda un momento mirando por ella)

NARRADOR: Florentino sabe que el profesor tiene razón. Su mente aún evoca el momento de la despedida. Su madre, incapaz de hablar, abrazó a su padre y lo besó con todas sus fuerzas. Florentino ve salir a su padre y, con su madre, ven cómo se va a lo lejos, perdiéndose en la oscuridad.

Un grito irrumpe en medio del silencio y es un lamento que resuena en las estancias indómitas del tiempo: ¡Padre! En menos de lo que dura el estallido de una bayoneta salió corriendo, intentó alcanzarlo, pero el padre se había ido. Florentino cayó en el barro y lloró. La sombra se había esfumado para no volver.

NEPOMUCENO: ¿Sabes Florentino?, yo creo que, en el fondo, tu padre sigue viéndote desde los Llanos, estará comunicado mentalmente con tu madre, o donde sea que esté.

FLORENTINO: ¿En verdad lo cree?

NEPOMUCENO: Claro que sí (*dice poniéndole la mano en el hombro*). La Virgen y tu padre iluminan tu camino.

FLORENTINO: ¿Y si no soy digno? ¿y si le fallo a mi padre? No sé cuál es ese camino que debo recorrer. Llevo años yendo de un lado a otro, perdido, como una hormiga que deambula por la selva, sin encontrar ese hormiguero que llaman “hogar”

NEPOMUCENO: Hummm.... Dime, Florentino, ¿no te gustaría poder llegar lejos, tener un buen trabajo y poder ayudar a tu madre?

FLORENTINO: Es mi sueño padre. Algún día quiero ser alguien importante, como mi padre, servir a la República.

NEPOMUCENO (*riendo*): ¿Por qué no? Quizás algún día, si termina esta infausta guerra, llegues a ser ministro de esta naciente República, al servicio de alguno de los grandes generales libertadores.

FLORENTINO: Tonterías, solo con poder darle algo de comer, un pedazo de pan o una rica torta, a mi madre y mis hermanos soy feliz.

NEPOMUCENO: Eso dices, pero en tus ojos veo otra ambición.

(*Florentino calla un momento*)

FLORENTINO: ¿Ya puedo salir al descanso?

Profesor: ¿Así que quieres salir a jugar eh? Después de que me escribas diez palabras que empiecen por M.

FLORENTINO: Pero...

Profesor: Ah ah, sin peros. ¡No quieres una visita de mi amiga la regla! ¿verdad?

FLORENTINO: Sí señor. (*Florentino se queda llenando la planilla*)

Acto II:

Fray Cancio Botero, un fraile defensor de la libertad republicana

Personajes:

FRAY CANCIO BOTERO: Monje franciscano, devoto, pedagogo, altruista, seguidor de la causa republicana.

FRAY RAFAEL DE LA SERNA: Monje franciscano, conservador, devoto, seguidor de la causa realista.

ANTONIO NARIÑO: Comandante de las fuerzas patriotas de la Campaña del Sur. Líder, impulsivo, soñador, enérgico.

ESTUDIANTE: Alumno inquieto del Colegio Franciscano de la Villa de Medellín.

ANCIANA Y NIÑO: Feligreses adeptos del Cura Párroco de la parroquia de El Retiro.

SACRISTÁN: Mano derecha del Cura en sus oficios parroquiales. Un poco torpe, pero servicial.

Escena 1:

Escenario: Aula de clases, Colegio Franciscano. Hay un tablero, unos cuantos pupitres y un escritorio para el docente. Sobre él hay algunos libros. Hay unos cinco estudiantes escuchando al profesor la lección. Hay un cuadro de San Francisco de Asís colgado en la pared.

NARRADOR: A veces, uno mira el cielo e intenta comprender el porqué de sus pasos, cómo ha llegado aquí, a este territorio donde hoy poso mis pies, donde la vista se extiende infinita. Debo decir que estas tierras de El Guarzo son hermosas, mis ojos cansados encuentran aquí: imágenes de riachuelos, bosques y pájaros que me conectan con la creación, con los designios de nuestro señor. Ahora que estoy en esta cabaña, pobre, flacuchento, inmerso en mis últimos días, quisiera recordar, dejar un registro de mi vida, que permita a los demás entender por qué tomé algunas decisiones, por qué, ¡Ay de mí! Me vi arrastrado por la corriente de la revolución, de aquellos juveniles deseos de cambiar el mundo. Por qué decidí retirarme a estas

tierras e intentar fundar una parroquia con habitantes que, fieles a los mandatos de las sagradas escrituras, lucharán por la vida y el amor, al interior de las montañas, como preceptos universales.

Todo empezó aquel día de 1808, en aquel entonces daba clases en el colegio franciscano, que ayudé a fundar con fray Rafael de la Serna, con la creencia de que la educación era el camino. Estábamos en clase de teología y derecho canónico.

CANCIO: Y en verdad os digo, cuando se piensa en la diferencia en la ley humana y la ley de Dios, debemos rogar para que Dios nos de sabiduría, para acercarnos cada vez más a sus mandatos. La ley humana es imperfecta, pero intenta acercarse a la divinidad, somos como hormigas intentando llegar al pico de una montaña que se erige, sublime, ante el cielo.

ESTUDIANTE: Pero profesor, ¿hay alguna forma de acercarse a ese conocimiento?

CANCIO: Desde luego, no se trata de solo orar. Se trata de leer y reflexionar, tener empatía por el hombre, de conectarse con lo auténticamente humano. Sólo así podremos percibir algo de lo que el creador ha grabado en nuestros corazones.

ESTUDIANTE: ¿cuál es el mayor de esos dones que el creador nos ha grabado?

CANCIO: Uno, el más importante de todos: la libertad.

(Un canónico entra al salón preocupado)

FRAY RAFAEL DE LA SERNA: Cancio, necesitamos hablar.

CANCIO: Disculpenme alumnos, ya volveré con ustedes. *(Fray de la Serna y Cancio se retiran a un rincón)*

FRAY: Hay noticias preocupantes, nuestra amada madre patria ha sido invadida por el infame Napoleón. Su majestad Fernando VII es prisionero en su palacio. Siento un viento oscuro, Cancio. Los ánimos se mueven. Las consignas empiezan a agitarse y viejos enemigos de España salen de sus escondites. Tenemos que estar preparados.

CANCIO: No sé qué podríamos hacer nosotros Rafael. Solo somos profesores y educadores.

FRAY RAFAEL: Viejo amigo, ¿no lo veis? Precisamente debemos advertir a la juventud, prepararlos para defender los ideales de la Santa Madre Iglesia y nuestra querida Patria.

CANCIO: Estoy de acuerdo, pero pienso que la juventud debe opinar sobre elegir qué rumbo tomar. Es impulsiva e inexperta y sin que nosotros intervengamos en sus decisiones, pero oyéndonos debemos respetar su libertad. Nuestro señor iluminará su camino y su discernimiento.

FRAY RAFAEL: ¡¿Estás loco?! No es momento de tales patrañas, debemos unirnos para defender a su majestad. ¿No percibes el peligro que se avecina? Caos, anarquía, miseria, herejía. No podemos dejar que destruyan el orden que hemos establecido.

CANCIO: Dime, buen amigo, ¿no hizo lo mismo Nuestro Señor? Cuando se encarnó, caminó los senderos del hombre, para morir por nuestros pecados y generar una revolución de pensamiento. Aquel orden romano se vio obligado a ceder ante la irrupción del amor.

FRAY RAFAEL: No es lo mismo. La juventud es una veleta y puede caer en el abismo. Hay ideas muy horribles en el ambiente y un propagandista atrevido la puede conducir a los más graves errores. Nosotros somos su faro de luz para iluminar el sendero que debe seguir.

CANCIO: Te refieres a la perspectiva de un gobierno autónomo de granadinos para granadinos. Una república con instituciones propias que administren sus recursos. Esta es una tierra maravillosa. Quizás el cambio sea para bien.

FRAY RAFAEL: ¡Con vos no se puede hablar Cancio!, si no fueras mi amigo, ya te hubiera sacado de aquí. Allá con tu consciencia. Yo te dejo. *(Cancio hace una venia de despedida y Fray de la Serna sale del salón. El franciscano se acerca a la ventana y posa la mano sobre la ventana)*

CANCIO *(meditando para sí)*: Y, aun así. Ni yo mismo sé qué va a pasar. A veces quisiera simplemente huir, lejos, a las montañas. A algún valle donde se crucen las quebradas y los pájaros.

Escena 2:

Escenario: Campamento de guerra durante la Campaña del Sur de la República de Cundinamarca, Antonio Nariño al mando del ejército se encuentra Tacines. Hay una carpa al fondo, unas armas tiradas en el suelo y Cancio está sentado en un peñasco. Se oyen movimientos de personas y de caballos: la agitación propia de la preparación para la batalla.

(Cancio tiene un libro de oraciones y se concentra en la lectura. Allí es abordado por un soldado)

SOLDADO: ¡Saludos Padre! el Comandante Nariño necesita hablar con usted de inmediato.

CANCIO: Dígame que estoy disponible. *(Cancio se acerca a un Nariño que tiene un semblante triste y preocupado)*

CANCIO: ¿Me siento mi General? ¿En qué puedo ayudarle?

NARIÑO: Cancio, necesito confesarme. Sospecho que tal vez mi muerte está cerca...

CANCIO: No lo creo mi querido General, está usted de muy buen talante.

NARIÑO: Mi muerte probablemente llegue por los fusiles, estos pastusos son feroces guerreros y cada vez se tornan más complicados. No entiendo ese amor enfermo que tienen por el rey, como si fuera una deidad que, desde un cielo ajeno velara por el destino de las colonias. Pareciera que no hubieran sufrido las secuelas de su despotismo.

CANCIO: Comprendo. Desde luego que lo confesaré.

NARIÑO: Bien, comenzaré entonces. Confieso que he sido arrogante, pues he pensado, muchas veces que sólo mis ideas eran las correctas. Confieso que he amado y me han decepcionado, que he entregado mi corazón por la bella caricia de una mujer de ojos azules. Confieso que he defendido la libertad como el único valor inalienable, confieso que he mentido para poder participar en los juegos del poder de esta república dividida. Confieso que violé las leyes virreinales cuando traduje y difundí los Derechos del Hombre y el Ciudadano y que extraño mi biblioteca y la imprenta, único refugio seguro de difusión de ideales subversivos pero defensores del ser humano.

Confieso que tal vez he sido un torpe comandante. Un soñador más que un guerrero, como aquel ingenioso hidalgo Don Quijote de la mancha, que batalla contra molinos.

CANCIO: Me deja sin palabras mi general. Es usted un hombre piadoso y, sobre todo, alguien que ha sido fiel a sus convicciones hasta el final. Sepa usted que Dios le perdonará sus pecados, pero debe seguir fiel a sus ideas. Dios está con nosotros. Debe proponerse ser un mejor hombre, pues quizás algún día gobernará de nuevo y el pueblo merece un gobernante justo.

NARIÑO: Ya no me queda tiempo, está próxima la batalla decisiva.

CANCIO: ¿Se arrepiente de sus pecados?

NARIÑO: Sí.

CANCIO: Entonces yo lo perdono en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

NARIÑO: Dígame padre, ¿qué espera usted de esta infausta campaña?

CANCIO: Cuando me enlisté, más que pensar en la libertad, que en verdad anhelo para nuestros hermanos granadinos, pensaba en cómo ayudar. La guerra es un animal terrible, una serpiente de muchas garras y cabezas. Por eso me propuse aportar desde mi oficio a amilanar las cargas, tener una palabra y un oído amigo para nuestros soldados, que no se perdiera el mensaje esperanzador de Dios en medio de las balas.

NARIÑO: Es usted un buen hombre Cancio. Quizás en otra vida fui alguien como usted.

CANCIO (*se ríe*): No soy más que un torpe monje con una túnica desgastada y roída. ¿En verdad sacrificaría todos los lujos de su vida en la Sabana por ser como yo?

NARIÑO: ¿Quién sabe? (*Nariño se para y se prepara para retirarse. Cuando se para en la puerta de la carpa, Cancio le pregunta*)

CANCIO: Dígame, por favor, ¿promete realmente restablecer el orden, traer la paz a la república y defender a los más necesitados? He visto el sufrimiento de aquellos que han dado su vida por esta causa: los heridos, los muertos, las madres que lloran

a sus hijos. Es devastador. Yo realmente anhelo que merezca la pena, que todos esos instantes donde las lágrimas cubrieron los rostros de los granadinos, sirvan para instaurar la república soñada.

NARIÑO: ¿Sabe monje? La política es compleja, los juegos de poder lo son. No puedo prometerle esa república ideal. Pero si, al menos, que lucharé porque ella se haga realidad, con todas las fuerzas que me quedan, a pesar de que, ya me siento agotado. Después de todo, eso somos, torpes soñadores, ¿no? (*Nariño sale de la tienda y termina la escena*)

Escena 3:

Escenario: Capilla pajiza de El Retiro, un telón de fondo representa un modesto altar con muy pocas imágenes. El Cura Párroco está en un atril dirigiéndose a la feligresía. A su lado hay un crucifijo y un jarrón con flores. Hay aromas de incienso.

NARRADOR: Luego de fracasar la Campaña del Sur, Cancio se ve obligado a regresar a la provincia de Antioquia, donde se le encarga la instalación de una parroquia en los parajes del Guarzo. La Vice-parroquia toma el nombre de El Retiro y queda a la espera de un reconocimiento oficial. Mientras tanto Cancio celebra su primera misa en aquel territorio perdido entre las montañas.

PADRE: En verdad os digo queridos guarceños que, aunque llevo poco tiempo de conocerlos, me siento orgulloso de poder compartir hoy aquí con ustedes. Son tiempos oscuros los que nos ha tocado vivir, en medio de una república en guerra, pero a pesar de ello veo en vosotros el mismo miedo a perder la libertad, los mismos abismos que he tanteado en mis pesadillas nocturnas, viendo los galeones que se acercan desde España. Nuestro señor, cuando pasó cuarenta días en el desierto, rechazó las tentaciones que le imponía el diablo, de poder y riqueza, porque en el fondo sabía que allí estaban los pilares de la usurpación y el sometimiento del hombre por el hombre. Quizá, en este mismo valle, por donde corren quebradas cristalinas y los pájaros de colores se posan sobre las ramas de los árboles, se esconde el enigma, la última respuesta, que ante la vista del paisaje anuncia el advenimiento de la libertad. Amamos la libertad. La libertad acompañada de la fe son valores absolutos que, sin duda, solo pueden demarcar un sendero que lleva hacia la comprensión y la conexión con Dios y la belleza de su creación.

¡Soy tan sólo un monje torpe me temo! He llegado hasta aquí, hasta este lugar, buscando un poco de tranquilidad, de esa paz del espíritu. He escuchado la música y sé que ustedes la escuchan cuando prestos recorren los caminos de tierra y piedra de este valle encantado. Hoy, Dios se para frente a ustedes en cada rincón para que toquen, al menos, el más pequeño de sus dedos. Y esta tierra del Guarzo está así bendecida, los silbidos de un ángel se escuchan en las profundidades del bosque. Somos tan sólo unos pocos, pero estoy seguro, este Distrito Parroquial será en un futuro un punto de encuentro único, un territorio para escapar un poco, de esa cotidianidad tan agobiante de las grandes capitales como Santa Fe o Popayán. Estoy seguro de que nuestra Madre de los Dolores nos acompaña en esta santa misión, pues la Madre de Dios, que sufrió su martirio, sabe muy bien lo necesarios que son estos espacios de paz.

Es responsabilidad de todos ustedes, ¡Queridos amigos míos! Hacer posible este sueño. No basta solo la fe. Levanten sus azadones, sus bastones, sus palas, sus hachas, y que, detrás de estas casas de bahareque y tapia que se despliegan poco a poco, sobre este vasto territorio, habiten la esperanza, el asombro, la caridad y el temple en los corazones de los guarceños. No será fácil, habrá épocas difíciles, quizás la peste y la guerra nos toquen, pero seremos fuertes y las lágrimas de María fortalecerán nuestros pasos. El Rosario será nuestra defensa contra la oscuridad de la noche y su misterio de cocuyos y luces traviesas. ¡No desistáis guarceños! Pues ahora somos libres y este será el principio de un gran sueño. Nuestros descendientes recordarán que, algún día, nos paramos aquí para homenajear el espíritu de un pueblo y que esa fuerza se transmitirá de generación en generación. ¡Que Dios y la Virgen nos bendigan hoy! Que El Retiro sea un nombre que evoque un pequeño refugio libre y soberano, que sea una palabra melodiosa que quede grabada en el mármol de los tiempos.

Escena 4:

Escenario: Capilla pajiza de El Retiro. El telón de fondo que representa el altar está sucio. Hay un crucifijo al fondo y un jarrón con flores marchitas.

(El sacerdote, nervioso, camina cerca del altar. Tiene en sus manos un rosario y en un costado hay una vieja maleta que guarda algunos libros y utensilios religiosos. Una anciana con un niño cogido de su mano entran al templo)

CANCIO: Santa María Madre de Dios, ruega por nosotros los pecadores...

ANCIANA: ¿Padrecito está ocupado?

CANCIO: Ahora y en la hora en nuestra muerte, amén...

ANCIANA: ¡Padre!

CANCIO: ¡Aah! Hola Doña Marta.

ANCIANA: Padrecito, he venido a comprobarlo. No lo entiendo. ¿Por qué nos abandona?

CANCIO: Debo irme. Las circunstancias me obligan.

NIÑO: ¡Pero cómo así! Padre, ¿qué será de nosotros los guarceños sin usted? No tenemos Párroco. No nos abandone cuando más lo necesitamos.

CANCIO: Vendrá otro como yo. Ya se ha designado. Tal vez mucho mejor querido José Antonio. *(El párroco acaricia la cabeza del niño y esboza una sonrisa)*

ANCIANA: No será lo mismo fray Cancio. Usted es muy querido acá en el pueblo. ¿Quién nos aconsejará igual en la confesión? ¿Quién nos dará la comunión con ese amor que nos profesa? ¿Quién más que su señoría tiene ese halo de santidad y sabiduría? Nosotros sentimos que realmente por su boca nos habla la voz de Dios. Usted recorre nuestras casas cuidando a los enfermos, enseñándonos el camino de la fe, casando a parejas que necesitaban bendecir su unión. Usted educó a nuestros niños en santos valores, bautizó a los recién nacidos, fue un ejemplo de modestia y espiritualidad.

CANCIO: Creo que exagera. Sólo soy un pobre emisario de la palabra divina, mi querida amiga. Un hombre desgraciado, cuyas convicciones tal vez lo han llevado muy cerca del abismo.

NIÑO: ¿Y a dónde irá Padrecito? No puedo imaginármelo en otro lugar.

CANCIO: Volveré a mi convento, en Santafé. Es un buen refugio en esta aciaga época. Estoy cansado. Necesito pensar y escapar de mis enemigos.

ANCIANA: Pero, usted es un alma bendita. ¿Cómo puede ser que tenga enemigos?

NIÑO: Es verdad, no se vaya por favor, ¿Quién me contará historias emocionantes de santos y aventuras de la guerra? (*El niño llora*)

CANCIO: Yo siempre llevaré estas tierras y sus gentes escritas en mi corazón. Extrañaré esta tranquilidad, los paisajes que desbordan verde, el Pantanillo que nos da esta agua cristalina, este pueblo casi alejado de los acontecimientos turbulentos.

ANCIANA: Padre y que dirá Don Juan José Mejía, le ha tomado aprecio.

CANCIO: El buen Juan José, mientras no le falte el aguardiente y los buenos amigos, no me necesitará. Además, me han dicho que es muy cercano al nuevo párroco designado, el padre Abad.

(*Irrumpe un hombre en la sacristía*)

SACRISTÁN: ¡Padre! ¡Dicen que han visto algunas tropas españolas movilizándose desde la Villa de la Candelaria!

CANCIO: ¿Cómo es eso?

SACRISTÁN: Sí. Vienen armados con fusiles y cara de muy pocos amigos. Dicen que buscan antiguos colaboradores del régimen patriota. Entran en las casas, sacuden muebles y golpean puertas, se han llevado algunos hijos de las familias de Rionegro.

CANCIO: Los esbirros de Warleta (*suspira*). Son unos... En fin, he de irme.

(*El padre se dirige hacia la puerta*)

NIÑO: ¡Padre, su bolso!

CANCIO: Ah sí. ¡Qué torpe soy! Bueno... ¡Que la virgen del Rosario me los proteja! (*El padre les da la bendición y sale de escena rápidamente*)

NIÑO: Y ahí va. ¿Qué loco no?

ANCIANA: Trágicos son los tiempos que nos tocó vivir. Aquel hombre lleva tras su túnica los restos de una espada que se ha roto.

NIÑO: ¿De qué habla abuela?

ANCIANA: ¡Cuando crezcas lo entenderás!

NARRADOR: El Padre Fray Cancio se dirige a Santafé donde se recluye en el Convento Máximo Franciscano y padece la persecución inclemente de su superior, que lo humilla y el presentimiento de caer en manos del implacable gobierno español. El vecindario de la capital vive en constante clima de tensión por las ejecuciones de los rebeldes más representativos, y la prisión y el destierro de otros tantos.

La estadía del fraile coincide con la llegada triunfal del ejército bolivariano luego de la Batalla de Boyacá. Allí se une a las celebraciones y en reconocimiento de sus servicios regresa a la Provincia de Antioquia con la recomendación respectiva para ser compensado con un buen cargo. Pasaría los últimos años ejerciendo como docente en el Colegio de Antioquia, cuya fisonomía intelectual había cambiado fundamentalmente de aquella época ya lejana del antiguo Colegio franciscano y su tinte marcadamente religioso y monarquista. Finalmente, Fray Juan Cancio Botero llegaría a ser Cura Párroco de San Vicente Ferrer y San Pedro de los Milagros.

Acto III:

José María Córdova, entre el amor a la patria y el amor terrenal

Personajes

JOSÉ MARÍA CÓRDOVA: Comandante militar impulsivo y pasional, violento, autoritario, apuesto y joven.

MANUELA MORALES: Joven de la alta sociedad rionegrera, soñadora, amorosa y elegante.

JOSÉ MANUEL RESTREPO: Gobernador Político, prudente, calculador y temeroso patriota.

FRANCISCO WARLETA: Comandante español realista, invasor de la provincia de Antioquia.

ANTONIA: Amiga íntima de Manuela. Coqueta y alegre.

JUAN DE CARRASQUILLA: Médico que atiende a Córdova en su recuperación luego del accidente.

OFICIALES PELÁEZ Y JARAMILLO: Militares de confianza bajo las órdenes de Córdova.

MULATA: Vendedora de dulces en la plaza de Turbaco. Mujer sensual, musical y atractiva.

Escena 1:

Escenario: Plaza colonial de Rionegro, en el transcurso de la fiesta tradicional de fin de año. Hay toros, música, jinetes, pólvora y alegría. La plaza se encuentra abarrotada.

NARRADOR: El joven teniente coronel José María Córdova es encargado por el Libertador Simón Bolívar de liberar Antioquia de la presencia española. Al entrar a la provincia, ante el avance de sus tropas, el gobernador español Tolrá se ve obligado a huir. Córdova se erige el gobernador militar de la provincia y José Manuel Restrepo, un abogado y patriota, es nombrado gobernador civil. A pesar de su estruendosa derrota en la Batalla de Boyacá, el Virrey Juan Sámano refugiado en Cartagena intenta recuperar el terreno perdido en el interior de la Nueva Granada. Envía a la provincia de Antioquia las tropas del comandante español Francisco Warleta, quien ya antes en el año 1816 la había conquistado. Mientras llega la expedición enemiga, Córdova establece la sede de su gobierno en la ciudad de Santiago de Arma de Rionegro y goza de las mieles de su reciente victoria, participa en las festividades de la ciudad y disfruta de su estadía en el lugar donde antes de ingresar a las fuerzas patriotas, había acontecido la transición de la niñez a la temprana juventud. En la fiesta tradicional de fin de año es la figura principal y montando en un caballo alazán de nombre El Inca rejonea un toro.

(Manuela y su amiga están en uno de los balcones, agitando sus pañuelos):

MANUELA: ¡Qué bello espectáculo! Nunca se habían visto unas fiestas como estas. Ahora somos libres. ¡No más opresión! ¡No más cadenas!

ANTONIA: Yo sólo espero que, entre aquellos hombres valientes, venga uno que sepa bailar bien.

MANUELA: Sí, yo también, anhele un poco de baile y alegría. ¡Nos lo merecemos! Ya era tiempo...

(Ambas se comen un par de dulces)

ANTONIA: Arréglate el cabello, se te ha despeinado y ya vienen los oficiales patriotas.

MANUELA: ¡Ay qué pena! Gracias, ¿me prestas tu espejo?

ANTONIA: ¡Claro! *(le pasa el espejo)* ¿Y has visto al comandante? Es muy hermoso. Es imponente en ese caballo, ¡qué dominio! Ojalá nos dirigiera tan sólo una mirada para dedicarle una sonrisa.

MANUELA: Pero qué cosas dices *(dice ruborizándose)*. Es José María, el hijo de Don Crisanto, ha cambiado mucho desde que le vi marchar cuando tenía 12 años. Defendió nuestra primera república y ahora es todo un comandante. Él nos ha salvado.

ANTONIA: Sabes mucho. Espera un momento, *(observa a su amiga con detenimiento)* hummm... noto algo en tu mirada.

MANUELA: ¿Qué cosa? ¿De qué me hablas? No hay nada raro. Todos conocen el nombre de nuestro héroe.

ANTONIA: ¿Ya te has visto con él?

MANUELA: Pues...

ANTONIA: ¡Dime la verdad!

MANUELA: Se supone que nadie debe saberlo.

ANTONIA: ¡Hace cuánto nos conocemos Manuela! Sabes que puedes confiar en mí. Vamos, vamos, cuéntame.

MANUELA: Nos hemos visto un par de veces.

ANTONIA: ¿Un “par”?

MANUELA: Bueno, más de un par... si lo vieras. Es un hombre gallardo, respetuoso, fuerte, con muy buen humor. Sabe bailar como un conde francés ¡Y si vieras las cartas que me escribe! Es como aquellos hombres que describen las grandes historias de amor.

ANTONIA: ¿Crees que pida tu mano?

MANUELA: Pues... es complejo.

ANTONIA: ¡Mira! ¡Mira! Viene para acá.

MANUELA: No te creo.

ANTONIA: ¡Sí! ¡Y nos saluda con su mano! ¡Qué coqueto!

(Córdova se acerca al balcón y agita la mano. Se quita el sombrero y le intenta hacer una venia a Manuela. Manuela responde al saludo agitando su pañuelo. Suena un estallido de pólvora, el caballo se encabrita y el coronel es lanzado contra un muro. Pierde el sentido. Se escucha un gran lamento general y reina la confusión).

MANUELA: ¡Oh qué horror! ¡Un médico! ¡Rápido!

(Manuela intenta llegar al ruedo de la plaza pero antes, más rápidos, los hombres de Córdova se dirigen a auxiliarlo, lo levantan y se lo llevan).

ANTONIA: ¡Qué horrible escena! Espero que recobre el conocimiento, sino se aguarán las fiestas...

MANUELA (*enojada*): ¿Cómo así? Ante esta tragedia sólo piensas en divertirte... ¡Qué desconsiderada! (*Manuela se dispone a alejarse de su amiga y ella la sujeta*)

ANTONIA: Pero, ¿A dónde vas? Mira, dejás tu bolso.

MANUELA: Déjame tranquila, quiero ayudar a mi adorado.

Escena 2:

Escenario: Habitación típica de la época en penumbra, Córdova se encuentra postrado en una cama, con una venda en la frente, completamente inmóvil. Hay una ponchera con un pañito y agua, además de un nochera con unos frasquitos medicinales. Una imagen religiosa bien visible. Lo rodean Restrepo y Manuela.

(Córdova delira en la cama, dice incoherencias, habla de combates, traiciones y lanzas ensangrentadas. Da órdenes a soldados imaginarios. Los dos personajes que lo rodean lo miran con preocupación)

CÓRDOVA: ¡Excelentísimo señor Bolívar salve a la Nueva Granada! ¡Viene un ángel por mí! Manuela... qué hermosa eres... no te vayas... el ángel se pierde en el bosque...

RESTREPO: Mi señor, tiene que recuperar el juicio. La situación es apremiante. Estamos amenazados por el Atrato y el Magdalena. Se anuncia desde Nare que suben buques de Guerra. Han ocupado a San Pablo. Warleta ha entrado a Antioquia y ha desalojado nuestras autoridades en Zaragoza. Es una puerta abierta a la provincia. Hay que informar al vicepresidente Santander del gran peligro en que estamos.

CÓRDOVA: Madrecita tengo hambre... dame de comer... ¡Qué rico un chicharrón!

RESTREPO: Estoy abrumado por la responsabilidad, yo no soy un militar, no sé de armas ¡Tampoco quiero saber de ellas! Sólo sé administrar y escribir. Es a lo que me dedico. No soy un líder para estos tiempos violentos.

CÓRDOVA: El rey burro ordena que combatamos desnudos y muertos de hambre contra los ejércitos del gallo. ¡Lo odio!

RESTREPO: ¿Qué dices?

CÓRDOVA:

*Buvons un coup, buvons en deux,
A la santé des amoureux
A la santé du Roi de France,
Et merd' pour le Roi d'Angleterre
Qui nous a déclaré la guerre!*

Traducción:

*Bebamos un trago, bebamos dos,
A la salud de los enamorados*

*A la salud del Rey de Francia,
Y mierda para el Rey de Inglaterra
¡Que nos declaró la guerra!*

RESTREPO: ¡Carrasquilla! Cada vez está peor... *(Entra el galeno, un hombre de edad avanzada)*

CARRASQUILLA: ¡Necesita una sangría urgente! Traedme los emplastos para ponerle en la frente y denle de beber mucho líquido. *(José Manuel Restrepo aprieta el puño, su rostro indica una gran preocupación).*

RESTREPO: Mi coronel, viajaré a Medellín y a Marinilla e intentaré animar a los antioqueños para que se levanten en armas contra el odiado Warleta. Casi no es posible encontrar quien sea interinamente su remplazo para asumir la dirección de defendernos, se trata del Capitán Carlos Robledo. Por favor, recuperaos querido comandante. *(Restrepo sale de la habitación. Se apagan las luces y se escucha la voz del narrador).*

NARRADOR: Han pasado varios días. Warleta desde Zaragoza envía parte de sus tropas a tomar Remedios. Restrepo se entera de la invasión. Hay un gran temor y ansiedad y presienten que Yolombó puede caer. El gobernador civil prepara las defensas, junto con él, Robledo. Mientras tanto Córdova sigue delirando en su cama. A su lado en un taburete permanece Manuela pendiente de alguna manifestación en el rostro de su amado.

CÓRDOVA: *(Hay silencio y repentinamente el enfermo hace un sonido gutural).*

(Manuela se preocupa y llega con una vasija con agua caliente, pañitos y un pocillo con caldo de gallina. Se los coloca en el pecho y le acaricia el cabello.)

MANUELA: Cariño mío, ¿cómo puedo ayudarte? ¿Qué sientes?

CÓRDOVA: *(Hace otro sonido gutural)*

MANUELA: Por favor amado mío, debes recuperarte, quiero abrazarte y me da miedo, puedo lastimarte. Mira, abre tu boquita y tómate este caldito para que te recuperes. *(Con mucha dificultad, Manuela le da el caldo a Córdova, quien lo toma en silencio. Luego de un momento largo, el comandante mueve un poco su cabeza y con lentitud parpadea y mueve su cuerpo.).*

CÓRDOVA: ¿Dónde estoy? ¿En Santafé? ¿Rionegro? ¿Qué me sucedió? Así, algo recuerdo, un estruendo, ¡Ay, mi cabeza! Me llaman José María Córdova y José María Córdova soy yo. Presiento que Antioquia corre grave peligro. Lo sé. Mi instinto me lo anuncia ¿Qué clase de prisión es esta que no puedo levantarme?

MANUELA: ¡Amado mío! ¿Estás bien?

CÓRDOVA: ¿Manuelita? ¿Eres tú, mi sol? Sí, solo denme un poco de chocolate caliente...

MANUELA (*grita*): ¡Ha sanado! ¡Ha sanado! ¡Revivió! ¡Revivió! ¡Doctor Restrepo! ¡Señor Médico! ¡Vengan rápido! (*Restrepo y Carrasquilla entran apresuradamente a la habitación*)

RESTREPO: Comandante, ¡qué alegría verlo de nuevo consciente y con tanta energía! (*Córdova levanta medio cuerpo con dificultad y hace un gesto de dolor*).

CÓRDOVA: ¡Ay mi cabeza!

CARRASQUILLA: No se mueva mucho comandante, todavía está muy débil. Con calma, con calma.

CÓRDOVA: ¿Qué pasa con la provincia?

RESTREPO: Señor comandante, tenemos una emergencia, nos han atacado. Los españoles se han tomado Zaragoza y Remedios. Nuestras tropas han afrontado al enemigo, han logrado contenerlo y ha retornado a Zaragoza. La amenaza continúa latente, ¿sabe quién los dirige?

CÓRDOVA: ¿Quién?

RESTREPO: El odiado, pero astuto Warleta. Ese militar pillo que en 1816 nos avasalló. Está reclutando hombres y se prepara para un ataque más ambicioso. Pero no se preocupe mi general, Robledo y yo hemos logrado movilizar la población. Hay un gran ambiente, soy optimista, creo que los superamos en fuerzas.

CÓRDOVA: ¡Tengo que ponerme al frente de mis tropas y enfrentar a esos caballos al estilo de Boyacá! ¡Que caigan los cañones y las balas sobre sus cabezas! (*Se sienta en el borde de la cama, intenta caminar, pero no puede*).

CARRASQUILLA: ¡Está loco comandante! ¿Quiere agravar su convalecencia? La única batalla que puede librar ahora es con su recuperación. Debe tener calma.

MANUELA: No, cariño mío, no te levantes por favor, quédate conmigo. Te cuidaré. (*Manuela abraza a Córdoba*).

CÓRDOVA: No sabes lo que quisiera quedarme yo contigo. Pero tengo otro amor, no menos importante, que también ocupa mi corazón y mis pensamientos: El amor a la patria y a la libertad.

MANUELA (*con lágrimas en los ojos*): No te vayas... por favor...

(*Córdoba la besa y por un momento guardan silencio*)

CÓRDOVA: ¡Jaramillo! ¿Dónde está Jaramillo?

OFICIAL JARAMILLO: A sus órdenes mi comandante. ¿Qué necesita?

CÓRDOVA: Infórmeme del estado de las tropas, de nuestro armamento y las condiciones del Cuartel General.

OFICIAL JARAMILLO: Nuestras tropas están en el mejor ánimo para combatir, tenemos algunas limitantes en nuestros pertrechos, se han fabricado suficientes lanzas, pero esperamos más fusiles del vicepresidente Santander. Las tropas anhelan a su líder. El Cuartel se ha trasladado a Barbosa, es una barrera a la llegada del enemigo a Medellín, Rionegro y Marinilla.

CÓRDOVA: Ya veo, felicitaciones, Restrepo, comuníquese a Robledo...; Por todos los diablos, Jaramillo, sáqueme de aquí!

(*Traen una precaria silla y entre varios sacan a Córdoba de la cama y lo sientan en ella*).

CARRASQUILLA: ¡Se lo he advertido mi comandante! No respondo por las consecuencias si pretende ir a combatir en ese estado tan precario.

CÓRDOVA: No se preocupe Carrasquilla. Asumo toda la responsabilidad.

(Manuela, ansiosa, no sabe qué hacer).

MANUELA: Perdona mi amor, creo que el doctor tiene razón, estás muy débil, debes ganar fuerzas, y reposar tu mente antes de asumir tus delicados deberes.

CÓRDOVA: Amor mío, te prometo que regresaré y tomaré de nuevo tu mano y besaré tu bello rostro. Pero mientras la patria esté en peligro yo acudiré a su salvación.

CARRASQUILLA: Comandante mi criterio es que durante varios días debe permanecer en Rionegro con muy poca actividad. Puede recaer si se expone y su situación será peor.

MANUELA *(apoya al médico)*: El doctor Carrasquilla tiene toda la razón, no puedes casi moverte. Solo el reposo te conviene. Ese tal Warleta aún está lejano.

CÓRDOVA *(sujetando su mano y guiñándole el ojo)*: Te doy mi palabra, amorcito, por ahora manejaré las cosas desde aquí y no desde Barbosa.

Escena 3:

Escenario: Cerro de Chorros Blancos, cerca de Yarumal. La montaña es escarpada y boscosa, se puede escenificar en un telón. El cielo es nublado. En el piso húmedo del escenario hay ramas y los actores están entre ellas. Córdova se encuentra en un pequeño claro de la vegetación sentado en una silla de manos y mira hacia el cerro con su catalejo tratando de descubrir movimiento de tropas; está protegido en sus reacciones por dos oficiales, sus hombres de confianza Jaramillo y Peláez. Se escucha en audio, al fondo, rumores de movimientos en la maleza y roces de machetes.

OFICIAL JARAMILLO: ¡Mi comandante! Warleta ha tomado la posición del Alto Boquerón, pasará poco tiempo antes de que caiga sobre nuestra avanzada como un buitre, debemos atacar con todas nuestras fuerzas para defenderla.

CÓRDOVA (*medio enfermo*): Yo confío en mi avanzada. Es conducida por Aguilar. Parece que quien se dio un golpe en la cabeza fue usted y no yo, Jaramillo, ¿no ve que está Warleta en una posición ventajosa desde la altura? nuestros hombres, a punta de machete se abrirán paso, rodearán el cerro y los tomaremos por la retaguardia.

OFICIAL PELÁEZ: ¡Exacto mi comandante! ¡Qué gran estrategia!

OFICIAL JARAMILLO: Pero mi señor tal vez no lleguemos a tiempo...

Córdova: ¡Hable más despacio soldado! (*Córdova se toma la cabeza*) Tengo un terrible dolor de cabeza. Confíe en mí, hombre de poca fe. El baquiano Misas es un buen guía. No creo que nos lleve por el camino equivocado.

OFICIAL JARAMILLO: En usted confío mi comandante, no en este cerro lleno de matorrales, arbustos espinosos y bestias feroces.

OFICIAL PELÁEZ: Esperemos a ver qué pasa.

(Dos minutos de silencio, todos permanecen a la expectativa, Córdova está muy inquieto, Peláez manipula su fusil para que esté listo. Jaramillo procura que Córdova no se caiga de su asiento. Se escuchan ruidos de disparos y de machetes cortando matorrales al fondo. Al terminar los dos minutos se escucha la voz de un soldado)

SOLDADO (*voz en off*): Mi señor, he venido a traer un informe sobre la situación del combate.

CÓRDOVA (*debilitado*): Hable claro, soldado.

SOLDADO (*voz en off*): Según Misas, hemos recorrido el 20 % del cerro, dice que es optimista y que pronto la selva cederá a nuestro férreo paso.

OFICIAL JARAMILLO: ¡Pero si llevamos cinco horas aquí! ¡Es una locura! Misas prometió que para esta hora ya le estábamos pateando el culo a los españoletes.

OFICIAL PELÁEZ: Calma, calma, la paciencia es una capacidad apreciada entre los sabios, además no hay que atormentar innecesariamente al comandante, su enfermedad lo agobia. Lo necesitamos recuperado cuando llegue el momento del combate.

OFICIAL JARAMILLO: Estás loco Peláez, vos le apoyaste en esta idea loca. A este paso Chorros Blancos será nuestra tumba. ¡Ay mi Giselita!, quería tanto verte una última vez...

OFICIAL PELÁEZ: Deje la ridiculez, hombre. Confíe, confíe. Y, por supuesto, ¡Espere!

(Pasan otros dos minutos de silencio, Los oficiales están ansiosos. Jaramillo camina de un lado al otro. Peláez se rasca la cabeza y mira constantemente hacia el lado izquierdo. Córdova vigila con el catalejo las acciones de la vanguardia, la avanzada está perdiendo su intento).

CÓRDOVA *(para sí mismo)*: ¡Maldito Aguilar! ¡La avanzada se encuentra a la defensiva! ¡Ese no sirve ni para dirigir una escuadra! *(Córdova intenta salir de su silla y se cae)*.

SOLDADO *(voz en off)*: ¡Mi comandante! ¿Qué hacemos? ¡Solo hemos recorrido un cuarto de la montaña!

CÓRDOVA *(cuando lo levantan)*: ¡A la mierda! ¡Se acabó! Vamos a atacar de frente. Peláez, Jaramillo, dirijan la división para respaldar a Aguilar. ¡Contrataquemos con todo nuestro poder!

OFICIAL PELÁEZ: Pero, mi comandante, usted mismo dijo...

CÓRDOVA: No quiero peros. No ahora. Míreme, hundido en esta maldita silla, pero aun así combatiré. No toleraré más burlas, ni más esperas.

OFICIAL JARAMILLO: ¡Así se habla!

CÓRDOVA *(alzando la espada)*: ¡Vamos mis guerreros! ¡Mis hombres! ¡La victoria está cerca! ¡Por la patria! ¡Por todos los que aman! ¡Por estas montañas que se hunden en el horizonte!

(Se escuchan vivas, tambores y proclamas. Córdova, Jaramillo y Peláez avanzan. Córdova levanta la miniatura con la imagen de su amada y la presiona contra su corazón).

CÓRDOVA (*voz en off*): Cuánto desearía estar contigo Manuelita, pero sé que en esta batalla estás conmigo y el ansia de volver a tus brazos hará que mi espada y mi fusil se conviertan en un fuego que parta en dos esta maldita montaña.

CÓRDOVA (*a los que le cargan y alzando la espada*): ¡Vamos! ¡Apresuren paso! ¿Quién dijo que soy indigno de perderme esta fiesta de la libertad?

(Los actores salen del escenario. Se escuchan por tres minutos ruidos de combate, gritos de dolor, balas, caballos, y arengas)

NARRADOR: El 12 de febrero de 1820 en Chorros Blancos, se enfrentan las tropas de Córdoba y Warleta. La acción se resuelve por la superioridad numérica de las tropas patriotas frente a las enemigas y salen victoriosas luego de una sorprendente arremetida.

La intervención causa la retirada forzada del enemigo, pero no se le persigue de inmediato. En la mañana siguiente a la acción al intentar el bando patriota continuarla para acabar con el contrario, éste ha tomado el camino de regreso que iba de Yarumal a Cáceres. La persecución es tardía y tampoco va más allá de la mitad del camino. Finalmente Warleta se salva con parte de sus hombres.

El combate es considerado el último episodio bélico de la guerra de la independencia en Antioquia. No obstante, después de Chorros Blancos, continuó el peligro porque los realistas continuaban temporalmente expectantes en Cáceres y Zaragoza, puestos apropiados para huir y recibir refuerzos que nunca llegaron. Mientras tanto, Sebastián de la Calzada, ha dominado Popayán y el Valle del Cauca con un ejército agresivo que constituye un inminente peligro. Córdoba desplaza algunas de sus tropas hacia el paso de Bufú en el río Cauca y la Vega de Supía. Finalmente, ambos peligros desaparecen por las dinámicas de la guerra en el sur y la Costa Atlántica.

Escena 4:

Escenario: Carpa en Barranca, cerca de la costa. Es de noche. Córdoba está en un escritorio improvisado, con unas pocas velas, escribiendo una carta. Su rostro está sudoroso por el bochorno y hay algunos insectos merodeando.

NARRADOR: Por orden del Vicepresidente Francisco de Paula Santander, y aspiración del mismo Córdova de ir a combatir, ha abandonado Antioquia. Se vincula con un nuevo batallón de antioqueños a la campaña del Bajo Magdalena y la Costa Atlántica. En medio de ella permanece en su recuerdo el rostro de su amada Manuela, al tiempo que tiene bien presente mantener su correspondencia con el Vicepresidente, su superior y amigo personal. En ella le expone sus impresiones sobre la situación militar y las aspiraciones propias de un oficial de la Independencia.

CÓRDOVA (*voz en off*): “Hice saber a los oficiales las órdenes de no pedir licencia para casarse y de no comprometerse; creo que les ha gustado bastante, y a mí también, porque dice que en los jefes concurren otras circunstancias, y como yo amo a una muchacha muy bonita, solo aguardo ser coronel para casarme.

Aún todavía tengo restos de mi enfermedad o de mi caída, no puedo hablar con fuerza por la falta de soltura en la lengua; no puedo bailar como ya había aprendido aquí, por qué sé yo, si un entumecimiento o alguna otra cosa en una pierna; estoy muy débil; un sueño que me devora; me cuesta gran trabajo levantarme.

(...)

Mi querido general Santander: ¡En qué comprometimiento me veo con las órdenes del general Bolívar y las disposiciones de usted! Por Dios, mi general, busque un motivo capaz de llamarme de esta provincia, y llámeme, que estoy desesperado. Yo iré con mucho gusto al sur; esta provincia es el infierno mismo. Tal vez será (permítame usted, mi general) esa niñita antioqueña la que me tiene loco; por fin ya me atrevo... Algunas veces he estado movido a hacerlo; permítame usted muy silenciosamente que yo disfrute de ella. ¡Me admiro de haber hecho semejante petición a usted!, pero, en fin.

Adiós, mi general. Adiós, su más íntimo, aunque menor de sus amigos,

José M. Córdova.”³

3 Carta tomada textualmente. Cortázar, 1970, pp. 43-51

Escena 5:

Escenario: Plaza principal del pueblo de Turbaco. Hay un telón con la Iglesia de techo pajizo. Hay algunas palmeras. Se escucha el ruido de la vida cotidiana de una población costeña en su lugar central. Hay algunas sillas y mesas.

(Está Córdova tomando aguardiente con sus oficiales de confianza Jaramillo y Peláez)

OFICIAL JARAMILLO: Mi comandante, el desgraciado de Mantilla se le olvidó darle las raciones a la tropa ayer.

CÓRDOVA: ¡Cómo así! ¡Voy a hablar con él!

OFICIAL PELÁEZ: Ya se fue de Turbaco y las tropas están inquietas. Algunos soldados acuden al saqueo y a mendigar comida...

CÓRDOVA: No pueden estar así, las necesitamos animadas para finalizar el cerco sobre Cartagena ¡Turbaco es un infierno! ¡Qué caos!... sólo hay algo que hace llevar esta desesperación...

(Entran un par de mulatas con los hombros destapados, descalzas y ofreciendo venta de frutas, arepas de huevo y panelitas. Les ofrecen sus productos a unos clientes cercanos)

CÓRDOVA: ¡Mire Jaramillo!, ¡Qué mujeres! ¡Qué sensualidad!, el movimiento de esas caderas enturbia mis pensamientos. Llevan la música en su cuerpo.

JARAMILLO: Es cierto, mi comandante. ¡Qué belleza de mulatas! Hasta me hacen olvidar a mi Giselita.

CÓRDOVA: Ahhhh... *(suspira)*. Llámelas por favor, Peláez.

(Peláez llama a las mulatas y éstas se acercan).

MULATA: Buena, mis seños, ¿desean una panelita o una arepita de huevo?, están deliciosas. Las hizo nuestra madre.

CÓRDOVA: Seguramente tan deliciosas como tu voz y tu aroma. Sí es así, deseo comprarlas todas, junto contigo.

MULATA (*coqueta*): ¿Es verdá mi comandante?

CÓRDOVA: Una verdad tan cierta como el valor de mi espada, y mi admiración por tu figura. ¿Cuál es tu nombre?

MULATA: Me llamo Salomé, mi seño.

CÓRDOVA: ¿Y dónde viven tu madre y tú? Quisiera conocer a quien fabrica tan deliciosos manjares.

MULATA: Con mucho gusto se la presento, comandante. Si quiere puede acompañarme a tomá un refresco en mi casa.

CÓRDOVA: ¡Por supuesto!... Oficiales, más tarde planeamos la estrategia para mañana, ahora tengo un importante asunto que atender.

OFICIAL PELÁEZ: Pero señor, ¿y las tropas? ¿y Cartagena?

CÓRDOVA: Todo a su tiempo, oficial. Hay que disfrutar las maravillas de la naturaleza, además de pelear. Dime, pequeña, ¿te gusta bailar?

(Córdova toma de la cintura a la mulata y se le cae la miniatura de Manuela del bolsillo al levantarse apresurado. Salen del escenario. El oficial Peláez la recoge, la observa detenidamente y lee el texto del reverso)

OFICIAL PELÁEZ: “Para mi fiel amado, este pequeño recuerdo, ante el dolor de tu ausencia, de esta mujer que te espera por siempre, no importa el tiempo, ni las distancias. Mil besos y abrazos, Manuela”

Segunda Parte

Detrás del telón: El análisis histórico

Capítulo 1:

La fragilidad de un niño en las guerras de Independencia

Preámbulo

La primera subjetividad elegida para dar cuenta de su expresión vital ante el sufrimiento y las circunstancias adversas es, quizás, una de las más difíciles de abordar: la infancia. Corresponde a un momento cognoscitivo hogareño en que el ser humano abre sus ojos a un mundo desconocido, predispuesto por las ansias de captarlo y comprenderlo. Pronto hay un proceso madurativo y experimental, ahora el sujeto es un producto modelado por la cultura histórica de las sociedades.

Para quienes desean estudiar la infancia en distintas épocas y lugares, su estudio tiene pocas posibilidades de documentación. Los niños y no sólo por su condición física, han tenido capacidad muy restringida de dejar registros de su experiencia. Los mayores incluso poco la han descrito en los textos. Por lo tanto, es casi imposible saber cómo un infante apreció la época que le tocó vivir. No es casual que hayan sido estudiados muy tardíamente en la historiografía tradicional. Lo dicen Rodríguez y Mannarelli al anotar: “Los niños y, sin duda, más aún las niñas se

encuentran entre los que más tarde han alcanzado el reconocimiento de su condición de sujetos en la historia (...). Fueron ellos los menos escuchados” (2007, p.15).⁴ Las referencias historiográficas del tema, en efecto, indican que en América Latina solo en la década de 1990 empiezan los estudios (Herrera y Cárdenas Palermo, 2013). La situación es aún peor sobre la presencia de los niños en historia de las guerras. En ellas los jóvenes y mayores son los combatientes principales observados, pero los afectados con la situación son toda la comunidad en general. Hacen parte de este conjunto los infantes con su general abundancia y sus experiencias: comportamientos, actividades, miedos, ansiedades, tristezas, accidentes, muertes, pérdidas, riesgos, orfandades, abandonos, fugas, enojos, satisfacciones, alegrías, emociones, etc. Las condiciones de los adultos de los que dependen los determinan de manera que son distintas las secuelas de las situaciones bélicas. He aquí una afirmación pertinente para pensarla si se comparte o no, pero que viene al caso por indicar que cuando se use la palabra infancia mejor es entenderla en plural: “Sin duda, un niño que ha crecido en un ambiente que ha podido darle los cuidados afectivos necesarios tendrá más posibilidades de elaborar situaciones penosas ocurridas durante una guerra, que uno que ha crecido en el desamparo y la carencia” (Sosenski y Osorio Guma, 2013).

Es decir, los niños vivieron en las guerras un conjunto de experiencias ilimitado y en el mejor de los casos sólo se tiene acceso a uno que otro caso. Aparecen eventualmente si son reclutados y es casi excepcional saber cuáles fueron sus desempeños.

No es casual que los censos de población tendían a no registrar la infancia como un actor social al no especificar sus nombres, sexo y edades. Los niños si acaso figuran en algún registro a finales del siglo XVIII y comienzos del siguiente, se conocen genéricamente con la denominación de “párvulos” y figuran en el grueso agregado de la población soltera (Tovar Pinzón, 1994: 106). En estas condiciones se desconoce su distribución en los diversos lugares y las características demográficas previas a las guerras de independencia. No eran tiempo de pensar en su registro cuantificado.

Aun así, en ciudades como Popayán, Santafé y Rionegro de finales del siglo XVI-II y primera década del XIX, existieron las condiciones para que la convivencia infantil-juvenil ocasionara el despertar político de exponentes de la alta sociedad

⁴ En la inmensa diversidad de la historia de las sociedades humanas la forma como la infancia ha sido considerada como un apéndice de los adultos y a estos como los constructores de sus historias.

por fuera del núcleo familiar. No es una casualidad que en esas ciudades tuviesen arraigo ideas ilustradas referidas a la visión humanista de la naturaleza humana y las posibilidades formativas del infante, en medio de un mundo cultural neogranadino no madurado para incluir a toda la niñez en su espectro de valoración como estaba sucediendo en la Francia revolucionaria. Allí fue asumida como parte del proyecto republicano, un actor político y social relevante, acorde a considerarlo una personalidad dotada de su propia individualización.

“El niño adquiere rostro y voz a través de las diversas observaciones de que es objeto, así como gracias a la forma tan minuciosa de los cuadernos escolares. Su lenguaje, sus afectos, su sexualidad, sus juegos constituyen la materia de una serie de anotaciones que disipan los estereotipos en favor de los casos concretos y desviados de la norma. La niñez va a considerarse en adelante como un momento privilegiado de la existencia. Cualquier autobiografía comienza por esta etapa y se detiene en ella. Y al mismo tiempo, la novela denominada “de aprendizaje” relata la infancia y la juventud del héroe.

Contra viento y marea, la niñez se convierte en la edad fundamentalmente de la vida, y el niño se convierte en una persona.” (Perrot, 1985, p. 164)

Sí, mientras Francia humanizaba al niño en la Nueva Granada, el grueso de su población infantil se la apreció bajo un sentido marcadamente religioso y, apenas, merecedora de una precaria formación escolar. Se exceptuó el hijo de la familia solvente, si en ella el progenitor valoró el papel formativo de la educación. La consecuencia no fue sólo tener acceso a ella, también implicó un escenario de libertad de pensamiento en el cual se introdujo el ideario político con una consecuencia complementaria y acorde al transcurrir de un gran acontecimiento: la crisis de la monarquía española reflejada en una crisis interna del virreinato neogranadino. Ambas circunstancias precipitaron a ese hijo de buena familia a ser un soldado y pronto un oficial de la patria.⁵

5 No quiere decir lo anterior que el mundo social hubiese radicalmente cambiado con relación a la infancia, pues conservó un marco implícito de reglas que pesó sobre las relaciones sociales. Las raciales y económicas implicaron que se evitara el trato cotidiano de hijos blancos y de buena posición con los de sectores de bajos. El efecto sobre el niño blanco fue heredar una encrucijada provista de prejuicios y estereotipos que en una condición endeble fue fácil aceptar. En contravía el mestizaje desbordó fronteras y adicional a ello, la modernidad introdujo una nueva percepción del esclavo y la raza, con la posibilidad de las relaciones interraciales bajo otra perspectiva.

El niño soldado

Es probable que en la amplia diversidad de las circunstancias de las guerras de la Independencia los niños fueran un recurso complementario para los enfrentamientos. La afirmación es tentativa por la falta de registros históricos que la historiografía haya aportado hasta el presente. La probabilidad sin embargo se apoya también en entender que de por medio estuvo la autoridad de los adultos, civiles y militares, la emotividad de sus palabras y la necesidad de aumentar las tropas. Persuadir no debió ser difícil y tampoco que los niños se contagiasen de la política hacia uno u otro bando. Las palabras altisonantes, la pasión con que se les dio fuerza, el ejemplo, lo llamativo de ir a luchar, la imponencia de los desfiles y ceremonias, entre otros rasgos, ante los ojos infantiles causaron una variedad de impresiones que se extendieron desde el temor a la ansiedad por participar.

El ingreso a la vida militar fuese en la época que fuera, representó para el niño mucho más que para el joven, una transformación radical y violenta. No se encontró de frente con el trato de sus padres sino de un extraño despótico dispuesto a castigarlo si no obedecía o ejecutaba mal su aprendizaje. Limitado en su movilidad y actividades dejó atrás la diversión. Coexistió con desconocidos de diversa condición y cada uno velando por encontrarse en la mejor situación posible. Experimentó el rigor de los ejercicios, sus horarios, las privaciones de recursos y la nostalgia. Conoció historias tristes de otros, sintió lástima y rabia interior, quizás debió pelear sus derechos con algunos y apoyos de unos cuantos, advirtió que la gran mayoría no estaban allí por su propia voluntad y reconoció el trato discriminatorio favorable a determinadas individualidades según su condición y origen social. Bien entonces se puede deducir que estas guerras implicaron efectos desastrosos discriminados sobre este sector infantil y juvenil de la población.

Si un referente aunque lejano se toma, aparece la evidencia de la Guerra de los Mil Días respecto a la cual escribió Trujillo: “En el campo de batalla los infantes demostraron no tener reparo ante el derroche de vidas, hecho que nos recuerda que las emociones son vehículos por medio de los cuales los niños son integrados en las actividades y mundos comprensivos (‘understandings’) de los adultos” (Trujillo, 2018, 187). Es famosa la fotografía del *L’Illustration* que se tomó en 1902 de los niños soldados del ejército del gobierno, la cual recientemente motivó la inspiración literaria sobre la historia de la imagen y que es considerada una de las primeras representaciones visuales de este tipo en nuestro país. (Buitrago, 2014).

Clement Thibaud, el más reconocido historiador de los ejércitos bolivarianos, sin referirse a la niñez ha hecho una referencia muy general sobre la presencia infantil en ellos. Como bien lo anota, los ejércitos de la independencia eran nutridos a través de la población joven sin aclarar que tanto en ella estaba presente la infancia (Thibaud, 2003, p. 314). La norma de la edad del reclutamiento estableció que fuesen aptos los hombres a partir de los 14 años y hasta los 50, pero los jóvenes tenían la edad más apropiada para la dura profesión de hacer la guerra con su largo trasegar. Mas eran épocas de constantes necesidades de reclutas y los hombres con edades aproximadas, por lo que las urgencias de engrosar las tropas no debieron dejar por fuera niños de buenas contexturas y más próximos a la edad juvenil. Así, ellos nutrieron los ejércitos tanto por las bajas como por las deserciones y por la exigencia determinante de enfrentar un enemigo en mayores proporciones.

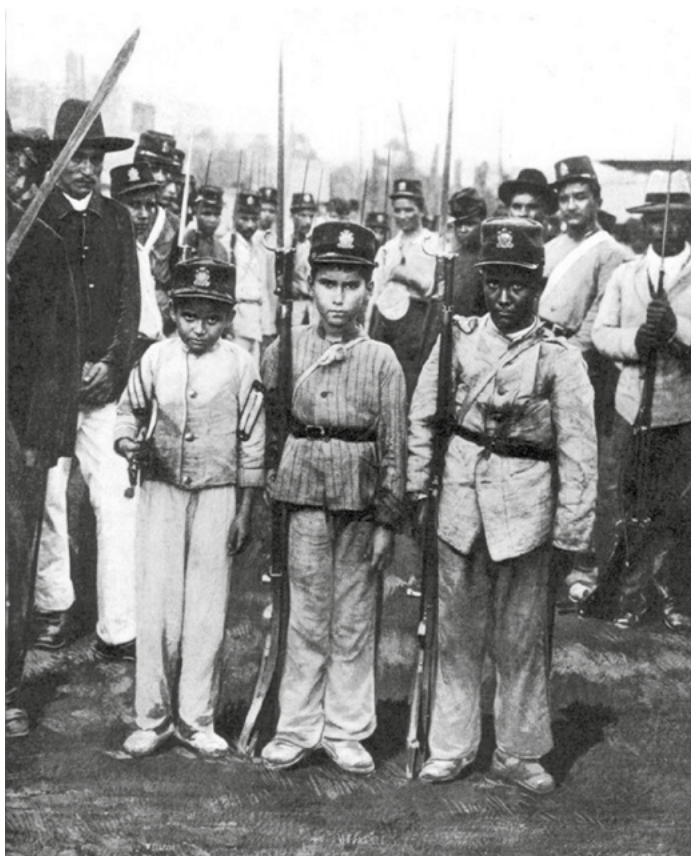
El historiador Pablo Rodríguez ha escrito que los ejércitos de ambos bandos reclutaron “a docenas de niños” con el ánimo de aprovechar su habilidad para moverse entre los enemigos y pasar desapercibidos o, también para servirse de sus cualidades de guerreros no plenamente conscientes de sus actos (Rodríguez, 2010, p. 55).⁶ No puede dejar de dársele la razón si se tiene en cuenta que en tantos años de conflicto, de situaciones y de lugares, ocurrieron gran cantidad de circunstancias en las que un infante fue útil.⁷

Es imposible disponer de imágenes de infantes soldados en las guerras de la Independencia e incluso se carece de ellas en el agitado siglo XIX. Para suplir el vacío he aquí la fotografía del *L'Illustration*, en el contexto de la guerra de Los Mil Días. Son tres con edades diferentes, exhibidos delante de una masa de soldados adultos. La escena prefabricada

6 Sin embargo, es una lástima que no tenga una fuente primaria que ratifique la información. El único respaldo que aparece es la acuarela de José María Espinosa del año 1869 titulado *La Quintada, reclutamiento de jóvenes a las tropas*. Lo que muestra la imagen son jóvenes y no niños. Esto es una muestra de la ambigüedad con que se asume el rol infantil.

7 El vacío historiográfico es mucho más grande en la larga trayectoria de guerras decimonónicas donde la atención de los historiadores se ha puesto sobre la vida adulta. Solo hasta la Guerra de los Mil Días la figura infantil llamó la atención a través de las imágenes que mostraron la presencia de los niños-soldados de los cuales es imposible deducir cuál fue su nivel de conciencia en esas circunstancias. Según Carlos Eduardo Jaramillo, el autor más reconocido del tema en esa guerra, se les reclutó masivamente, se les manipuló y aprovechó al estar provisto de viveza, docilidad, intrepidez, etc. Para entonces la fotografía se utilizó como una especie de instrumento que facilitó su descubrimiento y visualización testimonial. Jaramillo Castillo los encuentra partícipes en un batallón liberal conformado solo por ellos en el Cauca y agrega que se vincularon al conflicto ya sea procediendo de las escuelas, siguiendo a sus “héroes” militares o a causa del reclutamiento forzado (Jaramillo Castillo, 1991, p. 466).

quiso mostrar que hasta los niños combatían alineados en el bando que esa tropa defendió. Disponían de las armas de los adultos como si hubiesen recibido la misma formación preparatoria y compartían su mismo uniforme. En suma, puede conjeturarse que como en esta guerra, en las previas del XIX ocurría el mismo fenómeno vinculante.



Fotografía tomada de *L'Illustration*, 1902

La infancia del héroe

Un caso célebre de las guerras del emerger republicano fue el de Pedro Pascasio Martínez, quien con doce años, es considerado el gran protagonista de la captura del comandante español José María Barreiro durante la Batalla de Boyacá. Al quererse constatar este singular acontecimiento en una fuente documental originaria para esta obra, sólo se halló una escueta mención en el boletín 4º del ejército patriota del 8 de agosto de 1819. El fragmento dice así:

“Todo el ejército enemigo quedó en nuestro poder; fue prisionero el general Barreiro, comandante general del Ejército de la Nueva Granada, a quien tomó en el campo de batalla el soldado del Primero de Rifles, Pedro Martínez; fue prisionero su segundo el coronel Jiménez, casi todos los comandantes y mayores de los cuerpos, multitud de subalternos y más de 1.600 soldados (...) (Martínez Garnica, 2018: 51).”

El fragmento del boletín es breve respecto a la captura de Barreiro a pesar de ser un hecho militar importante. A pesar de ello, a él se le han agregado la imagen de un niño valeroso y honrado que no se dejó comprar cuando Barreiro le ofreció una bolsa con oro para que no lo delatara. Esta visión popular en la región boyacense, ha sido retomada por el Ejército colombiano. Para él es símbolo de valor militar y orgullo patrio. Como ratificación de ello persiste en la memoria, que el niño le replicó a Barreiro una famosa frase: “ni por todo el oro del mundo podrá comprar la libertad de una nación” (Centro de Estudios Históricos del Ejército de Colombia). Se ha construido un relato que coloca al niño como un referente significativo de valor y amor por la patria a pesar de su corta edad.



Pedro Pascasio Martínez, escultura de Arturo Palacio, 2012.
Tomada de: <https://www.rcnradio.com/especiales/belen-donde-bolivar-conocio-al-nino-convertido-en-heroe-de-la-libertad>

A Pedro Pascasio Martínez se le han hecho varias imágenes de índole pictórico y escultórico, con contenido afectivo regional; remiten a una construcción simbólica de un episodio, de un proceso militar y de una asimilación del patriotismo que

enarboló el ejército vencedor. Su valor se encuentra perpetuado en el tiempo al estar provista la representación de un respaldo social que le asegura su continuidad. También la imaginación es una forma de conocer el pasado y estará siempre viva al lado de la más rigurosa indagación de él.

Más allá de la referencia de Pedro Pascasio Martínez, el vacío sobre la presencia infantil es muy grande en las luchas independentistas, al no figurar nadie más en una época bélica tan amplia. Una manera de obviar la falencia es considerar cómo ha sido mostrada la infancia de los héroes previa a su ingreso al conflicto. Para ello hay que acudir a las caracterizaciones que ofrecen las biografías. La historiadora Pilar Moreno de Ángel aporta los casos de Santander y Córdova y es pertinente elegirla por su cuidadosa exploración documental.

Para ella la infancia de Santander antes de la crisis de la monarquía española fue la vivida por un niño de un gran hacendado comerciante de la alta sociedad local. La vida plácida del niño estuvo vinculada al juego y el disfrute del campo en las haciendas cacaoteras y ganaderas de su familia y parentela, en la provincia de San Faustino de los Ríos cercana al río Pamplonita por donde se exportaba y suministraba irrigación. El ambiente en ellas era ideal para satisfacer la curiosidad del niño sobre ese mundo agrario en medio de las labores de peones esclavos y libres. También hacía parte de ese mundo, su permanencia al lado de sus padres en la vida doméstica amplia propia de las casas de las haciendas, en las que coexistió con su amplia servidumbre, la enseñanza religiosa, el trato social según la persona, la religiosidad, el cuidado personal y demás modales según la edad. Simultáneamente inició su formación intelectual, previendo los padres que su hijo a través del estudio alcanzase luego una profesión académica. Para ellos esa perspectiva era valiosa y factible sin dejar de tener por fundamento económico el patrimonio agrario que le dejarían a Francisco de Paula. Ya no sólo pensaría en el mejor manejo productivo de peones y esclavos de las haciendas, en los libros, en la biblioteca estaban las ciencias y en ellas todo un mundo inagotable por conocer; definitivamente don Juan Agustín Santander, el padre, el círculo amplio de sus negocios hacia el exterior le permitió apreciar el destino de su hijo de una manera innovadora.

Aprende así el niño las primeras letras en una escuela regida por una maestra quien lo introdujo en la lectura por la cual pudo acceder a la biblioteca paterna, mientras que los sacerdotes educadores amigos de la familia Santander le enseñaron el latín (Moreno de Ángel, 1989, p. 33-34).

Al poco tiempo se hizo obvio para la familia que el espacio en que residían estaba agotado para la formación del niño y su destino no fue otro que el de ese puñado de hijos de las familias más prestantes de las provincias, la capital del Reino donde estaban los estudios que los harían dignos protagonistas de las preeminencias de sus apellidos. Contando 13 años llegó Francisco de Paula a Santafé, y con esa edad ingresaba al ciclo vital de la juventud, corría el año de 1805 y pronto se iniciaría la crisis política en la metrópoli y sus repercusiones en América; el futuro que los padres habían previsto para su hijo no lo podían controlar, la crisis política de la monarquía lo llevó a ser un fogoso participante de las luchas de independencia.

Por otro lado, el trazo que hizo Pilar Moreno de Ángel de la infancia de José María Córdova transcurrió en Concepción, donde nació en 1799 y estuvo hasta 1802, luego en San Vicente Ferrer entre 1802 y 1808 y Rionegro de 1808 hasta llegar a su juventud. Tanta fluidez se debió a ser su padre, don Crisanto Córdova, un comerciante que trasladó su familia a tres lugares donde progresivamente las condiciones económicas fuesen mejores.⁸ Apenas caminaba inestable el niño Córdova cuando llegó a vivir a San Vicente, un poblado en la práctica naciente, porque en principio fue trasladado y ahora recién retornado a su lugar de origen, al frente de lo cual estaba un joven eclesiástico reciente llegado, Cosme Echeverri, que era el padrino del niño Córdova y, a la vez, según el académico Ricardo Zuluaga Gil, hijo de “uno de los hombres más ricos de la provincia” (Zuluaga Gil, 2011: 66-77)⁹. El promisorio cambio de Córdova de residencia permitió a la familia estar en un ambiente mejor, y tener el apoyo de su padrino. Allí, en la infancia de Córdova predominó la relación con el medio natural, donde se incentivaba la caza de animales; además de la formación religiosa.

En 1808 llegaron los Córdova a Rionegro a iniciar una nueva vida en la población principal del Oriente Antioqueño; José María tenía nueve años. Para la familia fue cambio importante, tendría el padre más negocios, mayor círculo social, más acceso a la satisfacción de las necesidades domésticas y el futuro de su prole. La madre igual, más relaciones y sus hijos e hijas mayor educación. Definitivamente llegaron a una ciudad.

8 Según los cálculos económicos de la historiadora Ann Twinam, el padre de Córdova ocupó el noveno lugar entre los veinte grandes importadores de mercancías que tenía la provincia antioqueña. Es decir, el niño Córdova vivió su infancia sin afugias como la de Santander, pero de manera diferente. No fue lo mismo vivir en una hacienda de cacao como el hijo del amo, que hacerlo los tres lugares sucesivos donde residió su familia. Igual, la naturaleza del comercio de ambos padres difirió (Twinam, 1982: 150).

9 En efecto, el padre Cosme Echeverri tenía muy buena condición económica, tanta que al morir dejó una larga lista de sus deudores entre ellos con una muy alta suma, don Crisóstomo Córdova. Había permanecido 32 años de cura párroco en un San Vicente próspero, reinando entre su feligresía como pastor espiritual y económico.

Por una casualidad coincidió el estallido de la crisis del Imperio Español con el traslado de la familia a Rionegro y el futuro promisorio se complicó. En todas partes se difundió que el rey había abdicado la corona en su hijo, que Napoleón a ambos los había obligado a ir a Bayona, donde abdicaron a su favor el dominio de España y sus dominios americanos y en la península el pueblo había reaccionado. ¿Podría entender un niño de nueve años tanto enredo político? Probablemente se le explicó, pero lo que sí captó fue la emotividad colectiva desatada en la ciudad con sus muchos comentarios exaltados por parte de los importantes y menos importantes. Ese Napoleón que nadie conocía debía ser muy malo, había invadido a España y los reyes en sus manos, “¡Qué pesar!”

Pilar Moreno de Ángel y otros autores que la retoman incluyen en la infancia de Córdova un viaje realizado en 1811 con su padre a Cartagena. Su finalidad fue ser el conductor de una suma de dinero que el gobierno antioqueño aportó al de Cartagena.¹⁰ Existe la evidencia documental de que don Crisanto viajó pero no si efectivamente lo hizo el niño José María, si de todas formas así ocurrió debió causarle múltiples impresiones. Conocer nuevos territorios y sus gentes, los peligros y precauciones de tan largo viaje, el gran río Magdalena, transitarlo, sus puertos y rancherías en sus riberas, los bogas, Cartagena, su situación política, el riesgo político, las ideas rebeldes.¹¹

En medio de este ambiente inestable y complejo por voluntad de sus padres, José María ingresó a la escuela y adquirió los conocimientos básicos. Además, según Pilar Moreno de Ángel este ingreso a la educación fue el principio de su “amor por los libros y la cultura” inculcada por su maestro. Se desconoce el tiempo de duración de su escolaridad, pero en esencia el beneficio del niño con esa experiencia fue aprender a leer, escribir, contar y fundamentos religiosos. Con este nivel formativo incipiente José María adulto comprendió que debía superar una apreciable deficiencia para estar a tono con sus relaciones sociales y políticas. No haberse podido formarse adecuadamente en su juventud pudo suplirlo en parte con el estudio personal

10 Retomar este episodio le permitió a doña Pilar Moreno de Ángel narrar las peripecias que necesariamente debían afrontar quienes se dedicaban al negocio mercantil de ir hasta Cartagena, adquirir mercancías importadas e introducirlas a Antioquia. Al dramatismo de las dificultades agregó un asalto en que una banda de ladrones, despojaron de sus pertenencias a los dos viajeros Córdovas (Moreno de Ángel, 43-46).

11 El acto solidario significó una unidad de propósitos contra el dominio español entre dos provincias. Por parte de don Crisanto fue muestra de su disposición colaboradora y el haber sido escogido, de su experiencia mercantil hacia ese vital puerto. En lo personal la conveniencia por los rendimientos económicos que le podría brindar.

dedicado, por ese medio asimiló diversos conocimientos y llegó hasta a hacer traducciones de francés y a leer obras clásicas de la literatura.

Como una particularidad de la rememoración de la infancia del héroe existe un cuadro de José María Espinosa en el que se imaginó a Córdova niño en una diversión simbólica y usual de la infancia, el caballo de palo.



Infancia del general José María Córdova.
Acuarela de José María Espinosa, 1828.
Alegoría de la serie de héroes niños.
Palacio de la Cultura, Medellín.

La pintura muestra un cuerpo de niño bien vestido y una cabeza de un individuo de mayor edad. La fecha de elaboración fue marzo de 1828, un momento histórico en que este héroe de batallas famosas en Ecuador, Perú y Bolivia había retornado y gozaba de gran prestigio. También en ese año Espinosa pintó a Bolívar al estar centrado su interés en retratar a los grandes protagonistas de la Independencia. En Córdova la imaginación del pintor identificó una diversión usual masculina. Su figura es un jinete con su caballito de palo llevado entre sus piernas al caminar. Esa manera de jugar infantil quiso decir que uno de las grandes protagonistas de las guerras pasadas se comportaba como los demás infantes.

Pronto los juegos infantiles se verían interrumpidos por las dinámicas de la guerra y la madurez temprana. La coincidencia de la efervescencia de la época con el despuntar de la juventud de los futuros héroes fue inexorable. Santander de más edad que Córdova, recién había dejado el Colegio de San Bartolomé cuando ocurrió la revuelta de 1810, tenía 18 años. Córdova apenas a los 14 años vivió la reacción antioqueña al caer Popayán en manos realistas; por entonces, fueron sus inicios militares. En ellos y en otros desapareció abruptamente la niñez y hasta la juventud.

Una personalidad adicional e interesante, aunque no se le considere un héroe de la Independencia es la de José Hilario López. Sus Memorias escritas por largo tiempo y publicadas en 1857 en París, muestran a un hijo de una familia solvente del final de la época colonial de condición social destacada en la gobernación de Popayán. Fue inevitable que la influencia del ambiente político se superpusiera a la vida infantil a causa de las hondas divisiones internas: el gobernador Miguel Tacón con parte de la élite local, la causada por influencias rebeldes del alzamiento temprano de Quito en 1809, la presión virreinal desde Santafé para reprimirlo, la actitud caleña contra Tacón y Popayán, la movilización de indígenas, libertos y esclavos.

La infancia de José Hilario estuvo marcada por la incidencia de la abuela por parte de su padre dispuesta a consentir al nieto y alcahuetear sus travesuras, ella como la persona que suplió la ausencia de la madre desde el mismo nacimiento del niño, una educación escolar compartida con hijos de las más ricas familias, entre ellos Tomás, Manuel María y Manuel José Mosquera, la férula estricta de sus preceptores y la pasión distractora de sus obligaciones educativas a causa de la aventura de la caza en una hacienda de la familia. En suma otra privilegiada existencia tendiente a continuar el patrón de vida de sus progenitores. Más ya estando en el colegio donde se le impartía los cursos de “(...) gramática latina, filosofía y teología dogmática

y moral (...)", su formación se interrumpió y con ello la intención de la abuela de tener en la familia un nuevo sacerdote. La causa de ello fue transcurrir el año 1810 y el cautiverio de Fernando VII, el cual propició que en Popayán, clandestinamente, el tío de José Hilario realizase en la casa del sobrino reuniones de personas principales de la ciudad partidarias de la revolución. "Yo allí veía algunos diarios de Madrid, y por primera vez oí el nombre de Bonaparte (...)". La imaginación del niño se desbordó con "sus hazañas militares (López, 1975: 19)". No hubo alternativa para él, casi toda su familia pertenecía "al partido de los independientes" y él se hizo uno más.

No siempre el ingreso a la vida militar implicó un cambio forzado, al menos así lo insinúan algunos casos de los niños de alta sociedad de Popayán. Existen ejemplos como los de José Hilario López y José María Obando. El primero como casi toda su familia perteneció "al partido de los independientes" y con doce años de edad escuchó atento las discusiones en su casa sobre "la justicia de la revolución". Se impregnó el optimismo de los rebeldes, "el deseo de ser uno de los que debían luchar contra los españoles" y partió (López, 1975: 20). Obando, de otro lado, estudió con López y Tomás Cipriano de Mosquera en el Real Seminario de su ciudad, donde, escribió Francisco Zuluaga, "Muchos estudiantes durante estos años empezaban a hablar de independencia, influidos tanto por la revolución francesa como por las ideas que difundían algunas de las figuras más conocidas de Popayán como Camilo Torres y Francisco José de Caldas" (Zuluaga, 1985: 27-28).

En el caso de José María Córdova no se advierte mayor diferencia con el comienzo de las experiencias militares de José Hilario López y José María Obando. Trece años tenía Córdova en 1812 cuando Juan del Corral concibió la organización de su ejército para la recién fundada república y al año siguiente el recién llegado de Santafé Francisco José de Caldas, una Escuela de Ingenieros admitió a Córdova como "cadete". En ese entonces se construye un batallón en el que figura el novel Córdova y con él marcha al desafío: la guerra en Popayán; allí quedó marcado su largo transcurrir. Para los tres ir a la guerra fue el desafío de lo nuevo con su contenido de aventura incierta, ¿qué más excitante y desafiante pudo existir en sus tiempos que contribuir a cambiar el orden político?

En ciudades como Popayán, Santafé y Rionegro de finales del siglo XVIII y primera década del XIX, existieron las condiciones para que la convivencia infantil-juvenil ocasionara el despertar político de exponentes de la alta sociedad por fuera del núcleo familiar.

Presentación teatral de la infancia: El niño desplazado

Al tiempo que Santander, Córdova y López y otros tantos niños en tránsito a la juventud vivían las anteriores experiencias, Florentino González sin ser héroe, igual padeció las secuelas de la revolución. En 1810 sólo tenía cinco años, pero según escribió: “Mis facultades mentales, estaban ya algo desarrolladas (...) y como los acontecimientos eran de naturaleza para llamar la atención hasta de los niños, por estar acompañados del ruido del tambor y del aparato militar (...)” (González, 1971: 42). El escenario de su experiencia varió de la agitada provincia del Socorro, Tunja, Santafé y los Llanos, según el trasegar de sus progenitores. La aventura comenzó a través de un padre y un tronco familiar extenso e influyente comprometido en política local de la provincia del Socorro, antes de la crisis de la monarquía y a partir de ella. En ese transcurso vivió la cotidianidad lúdica de la infancia entre mezclada con la experiencia política y militar de sus mayores.

En su vida cotidiana el juego con los demás niños lo divertía, pero se le interpuso la guerra con su anormal contexto e hizo que se viera arrastrado a las circunstancias de los adultos. Fue un hecho: Las vidas familiares aparecieron convulsionadas y generaron efectos en sus relaciones de mayores con los niños en perjuicio de éstos. A todos los afectaron las carencias económicas, el abandono de los hogares por padres o hermanos, los desplazamientos imprevistos hacia territorios agrestes, la muerte de sus seres queridos. En una palabra, disgregación de la comunidad.

El padre de Florentino optó por la revolución y fue su funcionario en la nueva república. Persiguió a sus detractores y apoyó uno de los bandos de las confrontaciones internas entre republicanos. La familia se vio arrastrada por su comportamiento y Florentino se hizo un niño patriota arrastrando las consecuencias cuando arribó Pablo Morillo al territorio neogranadino.

Como una de las fuentes principales para escribir la obra de teatro se ha usado el texto “Los desplazados del Socorro”, tomado de las Memorias que en 1844 escribió Florentino González en su exilio parisino. Es una construcción que se inicia con el recuerdo de sus vivencias infantiles y las de su familia en cuatro lugares y cuatro duras experiencias: la ejecución de un preso político en Sogamoso, la fuga a través del escarpado páramo de Toquilla en la Cordillera Oriental, la estadía en el Casanare residiendo el poblado de Zapatoca y la educación tutorial en Iza (González, 1971). Es la evocación de un adulto de 39 años sobre una sufrida infancia. Le han quedado imborrables determinados hechos como expresión de una familia patriota

en peligro por vivir la guerra civil entre bandos patriotas y en especial por lograr salvarse de la arremetida conquistadora de Pablo Morillo.

En ella se recrea la vida de Florentino González niño, a través de escenas retomadas de sus Memorias, en que se revela cómo transcurrió su existencia durante la guerra de la Independencia en la fase que concluye con la reconquista del territorio neogranadino por el ejército español.

La primera situación considerada es un combate de la guerra civil hacia los años 1812-1813 entre los ejércitos conducidos por Antonio Baraya y José Miguel Pey a causa de la confrontación entre las provincias Unidas de la Nueva Granada y la República de Cundinamarca. Aconteció próximo a San Gil donde habita la familia González. El espectáculo a lo lejos, durante todo el día, lo contempló el niño cuando tenía ocho años. Sucedió en los montes que rodeaban el poblado, de unos a otros se dispararon con sus fusiles a una distancia que casi no alcanzaban a los adversarios. El estruendo se oía en el pueblo, algunos cañonazos y estallidos de “pequeñas bombas o granadas”. No hubo muchos muertos y el niño estuvo pendiente de la refriega incesante. Igual presencié que el vencedor, Baraya, capturó los oficiales de su rival dándoles un trato caballeresco; igual la presencia de ellos y los vencedores en su casa, pues su padre los recibió y alimentó.¹²

La representación teatral rememora lo anterior a partir de escenas donde el niño desde un balcón observa el combate y su madre lo reprende temerosa porque le puede suceder algún accidente. La naturaleza ingenua del espectador asombrado y emocionado es la finalidad que se quiere expresar; también su temor y ansiedad. Es una tempestad nunca vista, es la mezcla de lo bélico con lo infantil. Al no presentar tanta tragedia porque los bandos se hacen poco daño, el pánico no se encuentra presente en Florentino sino la admiración. Más que batalla, le parece un juego simbólico de mutuo respeto debido al matiz de la violencia. No le importan las razones en juego, es más interesante el furor, el espectáculo global. Por cierto, el cuadro rememora un episodio que se supone no excepcional en un conflicto prolongado y una población civil forzada a ser testigo, entre otros desempeños.

12 Así describió José María Caballero el cambio de bando de Antonio Baraya en la guerra civil Cundinamarca-Congreso de las Provincias Unidas: (...) y Baraya que se le confió por este gobierno las gentes, armas y pertrechos para el auxilio de San Gil, las volvió contra Santafé, su patria, y declaró su sangrienta y cruel guerra, don Camilo Torres y don Frutos Gutiérrez, el primero presidente y el segundo miembro del mismo (Caballero, 1974: 90)."

En la siguiente presentación teatral está presente la perspectiva del niño de once años que retoma la experiencia de presenciar la ejecución de un espía enemigo en la plaza pública. En ella se rescata ese tipo de muerte que es una práctica usual en los dos bandos en guerra, unas veces después de un juicio militar y no pocas sin fórmula de él.¹³ El objetivo de la ejecución pública era múltiple: a través de la impresión y el terror, la violencia sobre los cuerpos, se buscó escarmentar y atemorizar, en un acto simbólico de poder respaldado por una decisión de autoridad, que era a su vez introducida al público con una justificación señalando los agravantes del ejecutado. Otro objetivo era disminuir la capacidad de influencia del enemigo y obtener una satisfacción propia de acabar con su existencia.

La asimilación del niño Florentino y su amiguito se representa como una reacción natural de la infancia ante el resultado del espectáculo: espanto y terror confrontado con la insensibilidad. El uno no reconoce en el ejecutado un enemigo, sino un ser humano que desaparece y el otro una diversión nunca antes tenida, en ambos afrontar la realidad de la finitud es especialmente impactante por su corta existencia. Los adultos espectadores ya han tenido acercamientos diversos con la muerte, quizás muchos no ante la ejecución de alguien, y su impresión se encuentra condicionada por las posiciones políticas. Comprenden además que esa muerte es parte de la cotidianidad de la guerra, de su implacable dureza.

Y sucede luego en la obra teatral la gran amenaza, la proximidad, la llegada de Pablo Morillo o más bien de sus contingentes militares, sobre todo los que vienen triunfantes por tomar poblaciones casi inermes. No hay otra opción sino el frenesí de huir pronto, un desplazamiento precipitado.¹⁴

Una verdadera y arriesgada aventura se mide al atravesar la Cordillera Oriental por el páramo de Toquilla. Son muchos los obstáculos topográficos, el clima es inclemente y faltan alimentos para grupos familiares donde hay niños y personas muy mayores. El caso de estos apresurados fugitivos recuerda el de otros tantos derivados

13 La ejecución pública comunicó al espectador un mensaje: al autor de un hecho considerado de máxima gravedad se le castigaba proporcionalmente con su muerte. Ante la exhibición, la masa presente tomó diversas apreciaciones entre la complacencia, la lástima y el rencor. Se practicaron varias modalidades de ejecución y exposición del ejecutado según quien fuese y según el contexto. Algunas de ellas fueron: el fusilamiento, la horca, la mutilación de los cadáveres, fundamentalmente.

14 Las Memorias de Florentino registra una dificultad previa: el vecindario desde donde se parte es una comunidad políticamente dividida y los partidarios del reconquistador Morillo acosan a los patriotas afanados en sus preparativos quienes por las dificultades pierden enseres.

de situaciones diversas a lo largo y ancho del territorio virreinal.¹⁵ El temor fue el fundamento como respuesta al presentimiento de graves peligros: castigos, pérdidas económicas, prisión y hasta la muerte. Dejar a parientes y amistades fue doloroso, al igual que perder todo lo logrado; llevar consigo los recuerdos era lo único que se podía hacer.¹⁶

Cuando la huida se debió a la conquista militar de un poblado, quienes la emprendieron fueron los más comprometidos que vieron la mejor opción defensiva en huir; esta alternativa fue elegida por la familia de Florentino. En su caso, los ejércitos del general Pablo Murillo necesariamente deben pasar por el pueblo, imponer su autoridad y consolidarla en Santafé.

Un factor adicional al peso del compromiso político de este grupo familiar con la causa patriota fueron los referentes que tenía: el Sitio de Cartagena, el envío de fuerzas en diferentes direcciones para penetrar el territorio neogranadino, la gran derrota de Cachirí, y la llegada de refugiados venezolanos que espantados por la violencia habían arribado a tierras neogranadinas. El destino más apropiado para refugiarse fue Casanare, un escondite separado del interior andino, bien diferente, distante, casi ilimitado. No había otro escenario mejor, su geografía era una coraza protectora de la supervivencia. Además, no por casualidad, el francés Serviez opinaba que para allá seguiría con sus hombres donde podría resistir a un ejército muy superior en tamaño.

Los emigrantes González y quienes los acompañaron fueron viajeros improvisados, de marcha acelerada por rutas precarias que de Sogamoso bordeaban la laguna de Tota, cruzaron la gélida planicie del páramo de Toquilla, continuaban por un tortuoso descenso en los márgenes del río Cusiana y llegado a un cruce, dos direcciones fueron posibles: la ruta a Labranzagrande, un pueblo recóndito en medio de la vertiente, o, cuesta abajo, hacia la inmensa llanura.¹⁷

15 Esta historia ha sido estudiada en la época de la Violencia y la contemporaneidad, pero no en estos inicios bélicos de la construcción de la república. En el transcurso existieron evacuaciones masivas dramáticas en capitales importantes como Santafé, Popayán y Cartagena. De las más espectaculares fue la causada por la imprevista derrota a José María Barreiro en la Batalla de Boyacá y su repercusión en el gobierno virreinal de Juan Sámano.

16 Una situación similar la narró José Manuel Restrepo en su Diario de viaje de Rionegro a Kingston (1816). En vísperas de partir, al tener que dejar a su anciano padre, describió un dolor propio de los rompimientos de relaciones afectivas que experimentaron los migrantes: “Este fue uno de los momentos más amargas de mi vida, al ver a mi anciano padre lleno de las más sencillas virtudes amenazado (...) de ser conducido a un calabozo como un criminal. ¡Ah!, ¡qué tan cosa horrible! ¡Y esto por hombres que se juzgan humanos...” (Restrepo, 1957, p. 85).

17 En sus Memorias de Florentino adulto informa que algunas familias habían advertido que eran reacias a someterse a los peligros ambientales de los Llanos y se dirigieron a Labranzagrande, otras la consideraron aún insegura..

Cuando avistaron la inmensidad de la planicie llanera sufrieron una gran impresión. Ante sí estaba “un océano verde regado por numerosos ríos y caños; uniforme a no ser por su piedemonte”. Quizás no podían advertir que “era un territorio con pocos habitantes y miles de cabezas de ganado, insuficiente para tanta amplitud” (Campuzano, 2018, p. 154).¹⁸

La precaria aldea de Zapatoca fue el lugar del refugio a los migrantes y fueron cálidamente recibidos.¹⁹ Aun así, les fue difícil adaptarse por ser un hábitat hostil y un ecosistema complejo con estaciones rigurosas de sequía y lluvia. Los recursos, diferentes a los existentes en la montaña, eran escasos y las altas temperaturas forzaban a defenderse del sol ardiente buena parte del día. Durante el invierno, el desbordamiento de los ríos convertidos en lagunas extensas, implicaba transitar por ellas y sufrir las secuelas de las plagas palúdicas de insectos de diversa índole.



Los Llanos de San Martín, aguafuerte. Edouard Riolt, 1878

18 Los Llanos contrastaban con las sinuosas montañas donde habían nacido y vivido los migrantes, en medio de una población de familias agricultoras y artesanas, con cierto grado de autosuficiencia y autoridad mercantil. No obstante, preexistían viejo vínculos con provincias andinas e incluso de rebeldía, expresada en una Revolución Comunera convergente entre las dos regiones y más próxima el intento de alzamiento de 1809-1810 impulsado por José María Rosillo y Vicente Cadena.

19 En las Memorias de Florentino este es el nombre de la aldea, pero la denominación se confunde con la ciénaga de Zapatoca ubicada en el departamento de El Cesar. Es probable una mala transcripción del documento original de Florentino al confundir la palabra Zapatoca por Zapatosa. El municipio de Aguazul en el Casanare fija su origen en un caserío con el pintoresco nombre de San Miguel de Zapatosa en el cual no se precisa cuando comenzó. Es factible que allí fue donde emigró la familia González al pie de monte llanero.

En estas condiciones, la familia de Florentino permaneció expectante de las noticias procedentes del altiplano respecto al trato dado por las tropas realistas al ocuparlo. Fue en medio de esa incertidumbre que se les presentaron dos opciones: aceptar el indulto que por información habían conocido decretado en Santafé por parte de los comandantes realistas responsables de la avanzada que envió Pablo Morillo o, según escribió Florentino, “vagar por los desiertos de Casanare, a ser víctimas de las enfermedades o de las tribus salvajes (González, 1971:49)”.

Los dos caminos inciertos causaron temor y el dubitativo padre tardó en decidirse, Su mente se aclaró cuando se enteró que un pariente, quien había aceptado el indulto, fue ejecutado en Sogamoso. Lo atribuyó al haber llegado Pablo Murillo a la capital y desconocer el decreto de sus comandantes.²⁰ El padre optó por otro refugio que no era tan seguro, pero sí intermedio entre Casanare y Sogamoso y de un clima más benigno: el pueblo de Iza. Allí contó con la amistad protectora de un viejo conocido, el presbítero del lugar llamado Juan Nepomuceno Parra, un buen patriota dispuesto a correr riesgos para encubrirlos. La discreta permanencia permitió al padre atreverse a correr riesgos y escabulléndose de noche pudo visitar a conocidos en Sogamoso para conocer detalles de la situación. Pero para su infortunio, cada vez que el panorama se ennegreció y la presión lo llevó a elegir lo que hacía mucho pesaba en su conciencia: enrolarse en las guerrillas del Llano con sus consecuencias de por medio, dejar su familia y no saber qué le sucedería en esa aventura.²¹

Se generó un momento emocional muy especial y doloroso tanto para los que quedan, como para quien parte. La escena teatral transcurre en un rancho de paja de un incipiente e inhóspito poblado llanero y, posteriormente, la difícil despedida en Iza. Sin duda estas imágenes quedarían grabadas en la memoria del niño Florentino. Para el padre, los Llanos significaron el centro de la resistencia contra el dominio

20 Desde la percepción del patriótico padre, en Santafé se había producido una traición demostrativa de la deshonestedad del invasor. Había ocurrido que el indulto otorgado por el comandante Latorre, fue rechazado por Murillo e impuestas sus duras condiciones de perdón. Los objetivos de los indultos realistas fueron claros el primero fue ser parte de un proceso de pacificación y ordenamiento de la población neogranadina, y el segundo, más implícito, debilitar el enemigo promoviendo la desertión de sus tropas (Chaura Gómez y Gutiérrez López, 2014).

21 Ya el indulto le había perdido toda su confianza, quizás era práctico para muchos y no para un revolucionario como él. Le representó una propuesta de aparente conciliación y benignidad que les exigía claudicar en sus postulados políticos.

extensivo que había trazado la corona española sobre el territorio neogranadino.²² Se convirtió en un neogranadino fugitivo mezclado con llaneros casanareños y venezolanos y hasta sectores indígenas. Integró uno de esos grupos cuya heterogeneidad muestra un orden organizativo complejo con modalidades bélicas que llegaron a generar la escritura de un manual.²³ Pero tenían una falencia notoria: las discrepancias internas. Es conocida la de Francisco de Paula Santander con José Antonio Páez y existieron otras más.²⁴

La elección por la vida militar del padre implicó que fuera la última vez que la familia viera a su progenitor. No lo supieron en el instante de la partida, pero sí poco después porque murió a causa de las fiebres palúdicas en Betoyes. Fue entonces cuando el hijo se encontró en el estado emocional que así ha sido descrito:

“Por eso mismo, la muerte del padre es, de entre todas las escenas de la vida privada, la más imponente, la más cargada de tensión y significación. (...) El lecho del moribundo ha dejado de ser sin duda el de las “últimas voluntades”: éstas se hallan reglamentadas por la ley. Pero no obstante sigue siendo el lugar de los adioses, de las transmisiones de poder, de las grandes reuniones, de los perdones y las reconciliaciones, y no menos de los nuevos rencores originados en la injusticia del desenlace.” (Perrot, 1985, p. 134).

Luego el cambio radical del grupo familiar conllevó que la madre y Florentino tuvieran que ver la forma cómo suplir la pérdida. Es así que, al menos simbólicamente, hubo un traspaso del poder del padre al hijo. El niño deberá velar por su madre y sus hermanos, una responsabilidad que también implicó un micro-poder al interior de la familia. Su situación constituyó un cambio que le serviría para reafirmar sus

22 La forma de lucha llanera fue a través de grupos armados semimóviles que tenían por fundamento el conocimiento del medio natural, el cual les permitía desarrollar técnicas bélicas propias para resistir los fracasados intentos reconquistadores.

23 Se llama “*Tratado de Guerrilla para el uso de las tropas ligeras de la República de Colombia*”. Su autor fue el teniente coronel patriota Remigio Márquez (Thibaud, 2003, p. 266). La cotidianidad en las guerrillas estaba vinculada a la resistencia, el ataque y la evasión. El dominio del territorio les permitió manejar el medio natural como recurso estratégico. El hostigamiento, la quema de la pradera, el abandono de los sitios habitados, la captura del ganado para dejar sin recursos al contrario, la movilización de la población civil, fueron, entre otros, mecanismos de defensa y agresión. El armamento que usaban era limitado y el espacio dominado enhiesta la bandera de la resistencia contra el dominio abrumador del Ejército Pacificador. Muchos inevitablemente tuvieron un trágico desenlace.

24 A Santander y Páez los separó sus orígenes neogranadino y venezolano, su desnivel educativo y la ambición por el poder. La unidad solo se logró tiempo después con la figura globalizante de Bolívar.

convicciones y apoyar decididamente la causa de la Independencia, influenciado tal vez por esos nuevos rencores que traerá la muerte del progenitor.

La fase final de la representación se refiere a un momento posterior a la partida dolorosa de su padre. En medio de su inadaptación, temporalmente permanecieron en el pueblo indígena de Iza en la provincia de Tunja. Ante la presión amenazante realista, la familia tomó un estilo de vida discreto para evitar llamar la atención. El cura del lugar, Juan Nepomuceno Parra, se convirtió en un educador temporal del niño. Ya por entonces los padres habían sido importantes en el inicio de su formación y, al ser acaudalados e influyentes, le dieron los valores usuales de su nivel social. Del padre recibió una orientación dirigida a su crecimiento intelectual, acercándolo a los libros de su biblioteca, incluso insinuándole ideas políticas. Por su parte, la madre se esforzaba en enseñarle a ser organizado, respetuoso con el superior, buen comportamiento y modales adecuados. Ahora en Iza el niño tuvo el privilegio y la suerte de recibir su primera formación tutorial por un corto periodo de tiempo (Duarte French, 1982, p. 31).²⁵

La percepción que tenía el padre Parra fue realizar una gran tarea formativa y salvadora de la población, tanto por el rampante analfabetismo, como por lo anquilosado de sus visiones del mundo. Dos grandes barreras veía al frente de ello: uno, la inestabilidad de la guerra y dos, la falta de recursos económicos por lo cual debía conformarse con trabajar con su infante privilegiado. Con el tiempo, esta primera educación, y la que posteriormente recibió en Santa Fe, convertiría a Florentino en un personaje público brillante e intelectual, especialmente en las décadas posteriores de la post independencia.

25 El modelo de tutor consistió en un modelo educativo personalizado impartido por un adulto con un bagaje cultural determinado, que ejercía como profesor privado. Con frecuencia este individuo provenía de la institución eclesiástica, por lo cual no sólo enseñaba las primeras letras sino también el dogma católico y los valores cristianos. Este docente era también una autoridad que empleaba una pedagogía rígida, fundamentada en el castigo y el estímulo. En esencia su función era reproducir en el infante sus tradiciones culturales como una forma de forjar el modelo ideal del ser humano. Y especialmente en el género masculino era necesaria esta metodología propia del castigo para formar el carácter y prepararlo para los desafíos del mañana. En el fondo de todo esto reside una serie de representaciones: la de una fuerza rebelde que hay que meter en cintura; la de la dureza de la vida que hay que aprender. "Tienes que ser un hombre hijo mío". La idea de la virilidad está amasada de violencia física. Algunos, dispuestos a reproducir el modelo, se jactan de ello como de una iniciación imprescindible, yendo tal vez más allá que la misma realidad. (Perrot, 1985, p. 163).

Capítulo 2:

Fray Juan Cancio Botero, educador, capellán de la Campaña del Sur y párroco de El Retiro

Preámbulo: Fray Cancio Botero y los franciscanos

Una de las órdenes religiosas que se vio comprometida y activa en el proceso de Independencia fue la de los franciscanos. El fraile e historiador Luis Carlos Mantilla ha indagado cómo su orden estaba fraccionada políticamente durante la coyuntura, esto sumado a la división entre los eclesiásticos de origen español y los de origen criollo, que eran más numerosos, pero no de igual jerarquía. La crisis monárquica causa una división clara: la de los frailes realistas, casi todos de origen español y los patriotas, en su mayoría criollos (Mantilla, 1995, p. 38). Obviamente respondieron a unas exigencias del momento histórico, a una formación determinada y a una capacidad de incidir en la sociedad. En síntesis, las circunstancias politizaron al clero y crearon una profunda división en su seno.

La dinámica del conflicto condujo a que se deteriorara la función fundamental de la Iglesia. Por supuesto, se vieron afectadas sus finanzas, su jerarquía política y la estabilidad de los curatos. Lo prolongado de la situación llevó a generar la desprotección eclesiástica de varios pueblos de la Nueva Granada. El clero se convirtió en objetivo político de ambos bandos, sin importar si era secular u orden religiosa. La razón era clara: su gran influencia en la población que lo respetaba ciegamente por ser el representante de lo sagrado al interior de la comunidad. El ejercicio de esa presión llevó a que voluntariamente o no respaldaran las causas políticas en choque y, quienes tuvieron la valentía de resistirse, sufrían las consecuencias.

El franciscano en consideración, como prototipo de varios comportamientos usuales durante el conflicto, fue Juan Cancio Botero, quien se desempeñó como docente, Capellán de las tropas y Cura Párroco. Son tres papales fundamentales en la institución eclesiástica de la época.

Hay pocas referencias del personaje y unos errores que se considera importante aclarar: cuál fue exactamente su nombre, Juan Cancio o José Ignacio y la veracidad de su representación iconográfica. En el texto que aparece complementario a la imagen del presunto padre, que se encuentra en el Museo de Artes de Rionegro, hecha por un pintor anónimo del siglo XIX, reza que: “El P. Fr. José Ygnacio Botero (...)

nació en la ciudad de Rio Negro (...) el año de 1747 (...) tomo el hábito de religioso en el Conv.to de Sn Diego de Sta Fé el 20 de septiembre de 71 y murió en la Hacienda del Tigre el 15 de noviembre de 1816". El testamento del fraile Juan Cancio dice que su nombre fue Juan Cancio y no José Ignacio. Esta contradicción se puede ver claramente al notar que Fray José Ignacio murió en 1816 y el testamento de Fray Cancio fue otorgado treinta años después el 20 de noviembre de 1846. "Yo, el Pbro. Juan Cancio Botero y Palacios, natural de la ciudad de Arma de Rionegro i vecino de ésta, hijo lejítimo de lejítimo matrimonio de Dn. Pedro Luis Botero y Dña. Mariana Palacios, difuntos (...) nacido en la ciudad de Santiago de Arma de Rio Negro en 1777" (Botero, 1969, 8) En conclusión, son dos franciscanos de nombres parecidos confundidos por varios estudiosos debido a improvisaciones en sus trabajos.

La genealogía desarrollada por el presbítero Nazario Bernal (1953, pp. 70-72) postula que Fray José Ignacio fue el tío de Fray Cancio y, ordenado, no salió de Santafé, donde se dedicó al servicio de la comunidad y apoyó a Nariño en su gobierno centralista. No es casual, por tanto, que su sobrino, de la lejana provincia antioqueña, optara por hacerse fraile, siguiendo el ejemplo de su pariente y contando con su apoyo. Aunque la representación del cuadro corresponde con el tío de Fray Cancio, se incluye en el texto el cuadro de Fray Ignacio para evidenciar cómo se representó un franciscano, con notables características que vale la pena destacar porque hablan del imaginario de la época.



- I. Cuadro de Fray Juan Ignacio Botero Mejía, atribuido a Fray Juan Cancio Botero Palacio, sobrino del anterior, en la sacristía del Templo de Nuestra Señora del Rosario, El Retiro, Antioquia. Las fechas que aparecen corresponden a su periodo de párroco de este pueblo.
- II. Cuadro original que se halla en el Museo de Artes de Rionegro.

En ambas imágenes, en la idealización del fraile, se ha querido presentar a un ser que inspire recogimiento, humildad y espiritualidad religiosa. Lo indican sus ojos cerrados, su vestimenta y el perfil de su rostro. Su traje es el característico de la orden a la que perteneció, sólo que no es frecuente en las representaciones de los frailes la colocación de la capucha sobre la cabeza. El mismo San Francisco de Asís generalmente aparece con la capucha sobre su espalda. El dibujante o el pintor quiso darle un mayor énfasis a la espiritualidad del monje. La época dinámica que le tocó vivir al religioso y su misma actitud activa frente a ella, parecen un contraste contra el perfil de las imágenes, en el sentido de ser propio de sujetos dedicados esencialmente a la vida religiosa y tranquila.

Fray Cancio fue este tipo de fraile, activo y rebelde, pero para llegar a serlo deberá pasar por un proceso formativo. Nació y se crió al interior de una familia prestante rionegrera, en un lugar próspero, ventaja que le permitió ser enviado a Santafé a seguir la carrera eclesiástica, en el Convento Máximo de San Francisco.²⁶ Es un privilegio muy exclusivo, por los costos del viaje, propio de familias acaudaladas y blancas, que piensan que el futuro de su joven promesa está en una profesión formada a través de la Academia. El ambiente cultural con el que se encontró en la capital del reino fue de contradicciones ideológicas entre la modernidad y la tradición al interior de todas las instituciones, en especial las educativas y eclesiásticas.

Como lo indica Renán Silva fue la segunda fase de un proceso cultural ilustrado en el cual la “República de las Letras” se distanció de las políticas gubernamentales puesto que aspiraba a profundizar la reforma en el campo de la educación y la cultura global. Mientras la Corona desconfiaba del proyecto ilustrado y trataba de impedir su poder transformador “construyendo la libertad de leer, investigar, escribir e imprimir”. (Renán Silva, 2002, 643-646)

Por tanto, los colegios sanfereños fueron el epicentro de la efervescencia cultural ilustrada con su ambiente caldeado por los debates sobre las nuevas ideas, las prohibiciones y numerosos panfletos que apoyaban o atacaban la llamada “filosofía moderna”. La inspiración estaba en un híbrido de pensadores europeos de diferentes épocas y que apasionaba las polémicas en torno a la fidelidad de sus interpretaciones. Se abría, en especial, una fuerte discusión a partir de las ideas que había postulado la revolución francesa y sus filósofos, y el curso de sus acontecimientos. El

26 El apellido Botero aparece entre los apellidos fundadores de El Retiro y aparece en un censo de 1786 como un apellido vinculado a la clase blanca y prestante de Rionegro. Se encuentra en: Padrón y Censo de El Retiro y el pasaje de la miel (AHA, Estadísticas y Censos, Tomo 341, Documentos 6516 y 6517)

Colegio Máximo Franciscano, donde estaba recluido Juan Cancio, no podía ser ajeno a este mundo convulsionado que trascendía a los educandos y sus formadores.

Por otra parte, en la rutina conventual y colegial no dejaban de estar presentes los roces por los cargos jerárquicos, sobre todo entre una mayoría de frailes criollos y una minoría española que ocupaba las mejores posiciones. Un novicio como Cancio no fue ajeno a estos juegos de poder, que, observó, se extendían más allá de la orden franciscana. En la ciudad había una coexistencia de órdenes, con diferencias en torno a la presencia social y política, ante el gobierno y la comunidad; pero también de tipo religioso en torno a la interpretación de las escrituras, la figura de los santos y la historia de la Iglesia.

Es posible que en el Nuevo Reino de Granada se estuvieran presentando visos de la situación compleja que experimentaba la institución eclesiástica en la Nueva España previo a la crisis de la monarquía y a su transcurso (Connaughton, 2016, pp. 99-116). En este virreinato estaba en juego de un lado la autonomía de la institución frente a la Corona, afectada por las reformas borbónicas, y del otro la evaluación de la religiosidad practicada por los eclesiásticos y ello sumado a la avalancha de la influencia del pensamiento político de la Ilustración.

Desencuentros al interior del Colegio Franciscano

En este ambiente eclesiástico turbio el novicio Juan Cancio tuvo su primera figuración: el desempeño docente, oficio que marcaría buena parte de sus actividades futuras. Esencialmente ocurrió al surgir el Colegio Franciscano, establecido en la Villa de Medellín en la primera década del siglo XIX. El colegio empezó labores bajo la dirección de Fray Rafael de la Serna, asistido por Cancio y otros monjes. (Mantilla 2006, 631-632). Es muy simbólica la colocación de la primera piedra como expresión de una gran celebración:

“Salieron, cita el doctor Emilio Robledo, procesionalmente de dha. iglesia revestidos de capas plubiales, presidiendo la cruz de la parroquia, el Rvdo. Pe. Lector Fundador Fray Rafael de la Serna, el Sr. Dr. D. Manuel de Londoño y Malina, y el Rdo. Pe. Fray Juan Cancio Botero, llevando al Sr. Sn. Franco. y a Ntra. Sra. de los Dolores, y el Glorioso Mártir San Lorenzo, que a la pasada salió de su iglesia Vise-Parroquia. y siguiendo la processión, y concurso a la quadra arriba de este Barrio, y solares de Manuel de Yepez, y Juan Ma. Hernández,

que es el terreno señalado, y electo para esta fundación, llegados que fueron se bendijo el terreno, y la primera piedra, que se fijó por primer fundamento, en los cimientos que se empesaron a romper en este dho. Día.” (Bernal, 1953, p. 75-76)

El ceremonial de 1803 muestra la relevancia de la fundación de esta institución para la comunidad de la Villa. En los actores del acto hay una gran sensibilidad religiosa y con razón, iniciaban su gran proyecto en una región carente de un propósito educativo de este alcance. Es curioso que en las imágenes acompañantes no esté presente la virgen de la candelaria, símbolo patronal del lugar. Es de considerar que la imagen de San Francisco, Nuestra Señora de los Dolores y San Lorenzo fuesen los estandartes devocionales de la comunidad franciscana.

Para Fray Rafael, la compañía de Cancio era fundamental, pues era el eclesiástico más apropiado para el proyecto educativo por su origen antioqueño y el conocimiento de ese medio. El colegio comenzó a funcionar como uno de los más significativos de la época pre-independista, en un ambiente de amplia acogida por las autoridades locales y las familias prestantes. Respondía a una necesidad bien sentida del conjunto de la provincia ya que décadas atrás había sido expulsada la Compañía de Jesús y en consecuencia desaparecido el Colegio Jesuita situado en la ciudad de Antioquia. Según Mantilla, la institución franciscana comenzó labores con un plan de estudios que mezclaba ideas tradicionales con los brotes de modernidad (Mantilla, 2006, p. 650). Se dictaban clases de escritura, lectura, aritmética, gramática, filosofía y religión (Robledo, 1923, p. 13)

Se enfrentan, en el Colegio Franciscano, dos percepciones de la función de la educación: la del director de la institución, Fray Rafael de la Serna, español seguidor de la tradición y de su orden, y la de Fray Cancio Botero, quien simpatizaba con las nuevas ideas ilustradas y políticas. Este debate es producto de la grieta que se abre al interior de las instituciones eclesiásticas en torno al tipo y función de la educación. Con los años esta ruptura trascenderá las aulas y pasará a la acción militar y a la concepción sobre el Estado.

Las ideas de la modernidad, a un individuo que cursó su formación religiosa en una capital virreinal, le debieron causar más de una inquietud y una considerable confusión sobre cómo articular de mejor forma el campo espiritual con el político. Todo debió precipitarse para Juan Cancio al llegar la crisis de 1810, ofreciéndose la oportunidad de construir para sí mismo, a diferencia de épocas pasadas, donde

lo espiritual era considerado lo más relevante al interior del mundo sacerdotal, un ideal de realización político.

Lo que se pone en juego son dos visiones sobre la religión, la libertad del hombre y la autonomía política de las colonias en la coyuntura de la invasión napoleónica a España y su reflejo en el nuevo reino. El concepto de libertad fue polisémico y con varias connotaciones de acuerdo al contexto. Seguramente Juan Cancio tuvo acceso a la *Ley sobre la manumisión de los hijos de los esclavos* que expidió la dictadura de Juan del Corral el 20 de abril de 1814 y que fue redactada en parte por José Félix de Retrepo, también docente de la misma institución donde trabajó Fray Cancio. Vale la pena incluir un fragmento de ello para ver el fundamento de la cultura política del fraile. “Cuando el Ser supremo pronunció la libertad de los pueblos de América y la destrucción de sus opresores no fue desde luego con otro objeto que con el de hacerlos más virtuosos, más justos y más dignos de volver a ejercer sus derechos primigenios” (Garrido, 2015, p. 113)

El concepto de libertad que estuvo en juego en el Colegio Franciscano de Medellín planteó dos lecturas chocantes entre sí. La innovadora de Fray Cancio se vinculaba a los ideales de la Ilustración y la Revolución Francesa, donde se entendía la libertad como uno de los derechos fundamentales del ser humano y el ciudadano y cabía una determinada libertad de pensamiento, expresión, religión, educación, prensa y cátedra dentro del marco de las instituciones republicanas. El franciscano Botero justificaba estos postulados con el hecho teológico de que Dios nos otorgó el libre albedrío como un derecho natural y en su alcance político era inalienable frente al poder del Estado.

En cambio, la libertad monárquica, defendida por Rafael de la Serna, estuvo asociada a su fidelidad hacia el rey y el designio divino que le confería un comportamiento bondadoso hacia sus vasallos. Era el garante de la felicidad de su pueblo. La responsabilidad del individuo tenía un fundamento religioso, porque ser contrario al monarca implicaba oponerse a un mandato sacro. Por tanto, la libertad tenía unos límites muy precisos en los cuales el súbdito estaba inserto en un colectivo político y social contra el que no podía insubordinarse. Pero, a su vez, obtenía unos beneficios que garantizaban la seguridad y la justicia, que le permitía hacer sus representaciones ante las autoridades cuando se encontrara inmerso en situaciones contrarias a la ley y la costumbre. En este sentido Joaquín de Finestrada consideró un sacrilegio el alzamiento comunero de 1781 porque desafiaba el orden de la libertad monárquica (Finestrada, 2000, pp. 35-36). Fueron dos ideas de la concepción del sujeto que estarían en confrontación durante todo el proceso de la Independencia.

El capellán de los ejércitos

En la inestabilidad propia de los inicios de las guerras de independencia el padre Botero no dudó en vincularse al proyecto revolucionario y siguió trabajando en el mismo Colegio, que ahora adquiría un matiz republicano y tenía entre sus docentes a varios miembros de la nueva élite política ilustrada. Estos gestores de la independencia en la provincia vieron en el fraile un aliado muy necesario, para tener el apoyo de la institución religiosa y, posteriormente, para su iniciativa militar, de enviar un batallón en ayuda de la causa comandada por Antonio Nariño, de liberar las provincias del sur. Complacido el fraile ocupa el cargo de capellán del ejército antioqueño que apoyará la empresa de Precursor (Botero, 1969, p. 8).

La Campaña del Sur respondía a la necesidad de contrarrestar el ataque y el avance de los ejércitos realistas comandados por Juan Sámano que se habían tomado la ciudad de Popayán. La actitud del gobierno antioqueño, del dictador Juan del Corral, fue solidaria, pero también interesada para evitar que el conflicto trascendiese sobre su territorio y lo pusiese en peligro.

Al interior de los eclesiásticos estuvieron quienes participaron activamente en la guerra, bajo dos modalidades: la primera, el sacerdote guerrero, quien tomaba las armas como un militar más y servía de ejemplo a los soldados (Bidegain, 2013, p. 139), y la segunda modalidad fue la asumida por Fray Cancio Botero, el capellán. Su función era variada, de un lado suministrar los sacramentos como la confesión y los santos óleos, celebrar oficios religiosos y de otro lado, dar un sermón o plática política a las tropas para subir su moral y afianzar su confianza en la causa patriota. El acompañamiento espiritual era fundamental para los ejércitos, sobre todo en un país con una población fuertemente arraigada en la tradición católica. El mismo Nariño, en la acción de Palacé, destaca el papel de los capellanes:

“Apenas el sol, retirados de la formación, se convirtió el campo en un templo en un lugar de penitencia. Las piedras, los fardos de las tiendas, los troncos de los árboles servían de confesionarios y tomando luego la voz cada capellán en su batallón exhortaba a los oficiales y soldados a la penitencia y al valor. Se repartían las absoluciones a todo el ejército hasta augusta ceremonia con un grito universal ¡Viva la libertad!” (Groot, J.M., 1891, p. 142. Citado por: Toro Jaramillo, Iván Darío, 2008, p. 122)

La libertad era un objeto de lucha digno que merecía cualquier clase de sacrificios como la historia antigua, la Revolución Francesa y la Independencia de los Estados

Unidos lo demostraban. Este lema lo había aprendido el General Nariño en sus variadas lecturas y su praxis lo condujo a duros fracasos militares y años de reclusión en el puerto de Cádiz. Sus convicciones políticas las quiso propagar en procura de la formación de los que consideraba ignorantes de tan bellos principios. Escribía en *La Bagatela* lo siguiente: “Americanos dignos de este nombre, postergaos conmigo ante la imagen augusta de la Libertad, para expiar nuestras culpas! Invoquemos los manes de esos ilustres varones que tan fielmente la sirvieron. Sombras respetables de Bruto, de Catón, de Aristides, de Cincinato, de Marco Aurelio, y de Franklin, venid en nuestro socorro! (...)” (Garrido, 2015, p. 113)



José María Espinosa, Batalla de los Ejidos de Pasto. Óleo sobre tela, 80 x 120 cm., Museo Nacional de Colombia, Bogotá, ca. 1845-1870. Fuente: González, José María Espinosa: Abanderado, p. 172.

Según el análisis iconográfico que hace Chicangana respecto a la obra de José María Espinosa la responsabilidad de Nariño fue enfrentar un enemigo muy combativo, presente en ocho duras batallas de la Campaña del Sur (Chicangana, 2009, p. 75). Ante ella el General necesitó, no sólo valor y capacidad militar, sino también un esencial apoyo espiritual. Al ser la primera figura, su fortaleza no podía flaquear ante las adversidades y debía mantener una imagen sólida ante sus subalternos. En la escena se ha incluido la relación entre Nariño y el capellán Fray Cancio, unidos por

una misma concepción sobre el propósito de su lucha, es la expresión que se presenta es un momento íntimo de un general convertido en un confesante, que con humildad expone dos rasgos muy humanos de su oficio: las infracciones de un sujeto con expectativas de poder y la sensibilidad interior de un oficial en riesgo ante la incertidumbre del combate próximo. Entra entonces en escena el trabajo del Capellán, en ese instante el confesor se vuelve un consejero espiritual para el jefe dubitativo. Hay allí una búsqueda del militar de la legitimación o respaldo espiritual de su empresa por parte de la autoridad divina y se ratifica la confianza en sus convicciones.

Posteriormente a la confesión, acontece la Batalla de los Ejidos de Pasto, donde las tropas de Nariño sufren una derrota final y el comandante es capturado. Como complemento al drama presentado se ilustra el texto con la pintura de José María Espinosa que representa el final de la batalla con un Nariño prácticamente desamparado por sus fuerzas, pero expresando su valor hasta el último momento. El propósito del pintor fue exaltar al personaje y mostrar el momento más dramático de un episodio que por su naturaleza fue “una forma muy vívida de propaganda, pues dan la oportunidad de retratar al general de un modo heroico” (Burke, 2001, 186). Si se observa con cuidado la imagen Nariño fue representado con dos pistolas, resistiendo heroicamente la avalancha de los enemigos, en el centro del cuadro, previo a ser capturado por los pastusos.

Un curato llamado El Retiro

Al fracasar la campaña del Sur, Fray Cancio huye y retorna a su provincia, en vísperas de la Reconquista Española. Allí se desempeña brevemente como docente del Colegio Franciscano, que ha matizado su énfasis religioso a favor del político, pero, ante una mejor posibilidad económica, opta por aceptar el cargo de párroco en un nuevo curato llamado El Retiro.

“Es público y notorio que hallándome en esta provincia en la época pasada de la República, con licencia de mis superiores trabajando para mantener a una madre octogenaria y cercada de miseria desde aquel tiempo, el gobierno me destinó de capellán del ejército auxiliar que marchó a la de Popayán hasta Pasto, bajo las órdenes del excelentísimo General Nariño; nadie ignora el resultado de esta desgraciada campaña y el deplorable estado a que nos redujo; la caridad me restableció a esta Provincia, en donde el Superior excelentísimo me acomodó en un curato que comenzaba a fundarse y que apenas nos proporcionaba para los alimentos de mi achacosa madre y los míos.” (Botero, 1969, p. 8)

Ya aquí el fraile ha optado por abandonar su papel protagónico en la guerra para asumir el ejercicio sacerdotal con la ventaja de estar en un sitio cercano a su terruño y a su madre, quien vivía en Rionegro. Lo atrajo también la perspectiva económica del lugar pues tendrá el manejo de los ingresos eclesiásticos que generaba ese vecindario en crecimiento, del cual podría subsistir en mejores condiciones que en la Villa.

Esta es la primera vez que, luego de ordenarse como sacerdote hace 20 años, tuvo la responsabilidad espiritual de administrar una feligresía. El fraile ahora integra un grupo de eclesiásticos impulsores del proyecto republicano ante la población civil. Desde el púlpito y el sermón predicaron al pueblo para transformar su mentalidad, de modo que rompieran con su adhesión al soberano, a cambio de aceptar y apoyar el nuevo orden. Su argumentación se fundamenta en sus referentes doctrinales, como las sagradas escrituras y la literatura religiosa, combinados con el imaginario político y económico del beneficio que se lograría con la Independencia.

Su mensaje era esencial por su alcance sobre todos los sectores de la heterogénea sociedad, desde el esclavo más humilde hasta el más encumbrado vecino de la comunidad (Reyes Cárdenas, 2012, pp. 55-83). La feligresía confiaba en la veracidad y honestidad de las palabras del Cura Párroco que, de acuerdo a Margarita Garrido, se plasmaron a través de los sermones, canales ideológicos que comunicaron valores sobre los cuales se debía articular idealmente el nuevo orden, representaciones ideales, y no reales, del cuerpo social (Garrido, 2004).

El clero, guardián del viejo sentido del orden, ahora era propulsor de su transformación. Buscó reordenar los símbolos, las creencias y los sentimientos que habían cambiado de lugar con la Independencia y divulgar el proyecto de nación soberana considerada como una meta colectiva de un futuro promisorio. Para el clero se creó una doble situación: su actitud espontánea de participar en política a partir del sermón porque consideró que era su deber ciudadano y los eclesiásticos a quienes se les ordenó por parte de los gobernantes a hacerlo. En uno y otro caso los mandatarios patriotas comprendieron que no solo debían ejercer un control sobre los curas, dada su influencia en la consciencia de los individuos, sino también que era indispensable el compromiso de estos en la tarea de formar la opinión de la sociedad.²⁷

27 La retórica patriótica contó con la oportuna ayuda de los curas, a quienes Santander encargó la prédica de sermones patrióticos tendientes a demostrar que la Independencia era conforme con la doctrina de Jesucristo. En ellos Simón Bolívar fue comparado con Moisés y con el hijo de Matatías, es decir, elevado a la condición de diputado de la providencia para liberar a la Nueva Granada. (Gutiérrez Ardila, 2016, p. 266)

Uno de los conceptos que entró en juego fue la noción de patriotismo. Por un lado, religioso, muy similar al usado en la Antigüedad donde el hombre está unido a su país como ama a su Dios, le debe completa obediencia. Es un amor exigente que no admite distinciones ni condiciones. Y, por otro lado, político, porque está unido a la noción de república que es la esencia de la libertad (Viroli, 1997, pp. 36-37).

El escenario del tercer acto de la dramaturgia es la incipiente Vice-parroquia de El Retiro. La época en la que se encuentra transcurre entre la dictadura de Juan del Corral y la Restauración de la soberanía española. El sitio surge como consecuencia de un proceso amplio de colonización donde nacen nuevos poblados en la geografía de la provincia, cada uno de ellos demanda la presencia de un eclesiástico, por las necesidades religiosas del vecindario y el significado político de convertirse en una Parroquia. El Retiro, según un censo de 1786, estaba conformado por 183 familias campesinas, con una población muy heterogénea, que incluía blancos, mestizos, mulatos y negros (libertos y esclavos) (Trujillo, Gómez y Hagewood, 2019, p. 37). La responsabilidad del fraile era atender las diversas expectativas de estos sectores, no sólo en cuanto a oficios religiosos, sino en cuanto a asistencia espiritual.



Fotografía de El Retiro, 1925, Anónimo

Para dar una referencia de la localidad en la cual Fray Cancio ejerció su labor parroquial se ha incluido la fotografía anterior, que, aunque es muy posterior a la vida del fraile, es la más antigua que se conoce del municipio. Hay que anotar que era un lugar de poco desarrollo a lo largo del siglo XIX en su ámbito urbano, exceptuando tal vez al Templo de Nuestra Señora del Rosario, que data de 1850, y una que otra casa. Esa edificación estuvo precedida por una capilla pajiza que fue bendecida e

inaugurada por el fraile en una pomposa y esperada ceremonia. El entorno del pueblo, despoblado de árboles, denota una vida rural dedicada a la ganadería lechera y a la agricultura. Las ventajas naturales fueron un factor determinante en el nacimiento de esta localidad por sus recursos hídricos y su precedente minero, tanto en minas de aluvión como en fuentes ricas en sal. Hoy en día es famoso y orgullo de sus habitantes que Don Ignacio Castañeda y su esposa Doña Javiera Londoño Zapata al final de sus vidas liberaron más de 140 esclavos.

En la labor de párroco estuvo el padre Botero por aproximadamente dos años. En 1816, con la llegada de Francisco Warleta como portador de la reconquista española de Antioquia, se complicó la situación de los curas patriotas y debieron necesariamente adoptar el proyecto monárquico. En el caso de Fray Cancio consta en los archivos que ejerció como párroco guarceño hasta 1817²⁸ (Cálad, 2007, p. 39), pero para hacerlo se vio forzado al igual que su provisor a “purificarse”, es decir, jurar lealtad al rey ante la autoridad gubernamental. Ese comportamiento dual era la misma actitud de los antiguos líderes patriotas antioqueños y de muchos otros neogranadinos en otros lares al verse forzados por las circunstancias. Años después, con la llegada de Córdova y las fuerzas bolivarianas, el conjunto de la población viró de nuevo repentinamente en su posición política. Parecería que los pueblos en la historia, de acuerdo al escenario político hegemónico, se han visto obligados a estos bruscos cambios.

Como el gobierno realista había desconocido las aprobaciones eclesiásticas de los curatos realizadas por la república, al encontrarse en esta situación El Retiro, Fray Cancio se vio inmerso en la repetición de los trámites para convertir el lugar en que ejercía en una nueva Parroquia. Fue un trámite engorroso en el cual estuvo unido a los principales vecinos que arrastraron a los demás habitantes en el proyecto. Para todos valía la pena porque era el tiempo oportuno de conformarse como un pueblo con identidad en el contexto regional. El 28 de mayo 1817 se requirió que el Padre certificara los ingresos que producía la feligresía en su jurisdicción. Su reporte es singular e interesante porque muestra una comunidad no consolidada puesto que muchos habitantes eludían pagar las pensiones eclesiásticas, unos porque eran vecinos de otros lugares y otros porque eran remisos. A pesar de ello, consideraba que los estipendios eran suficientes para la creación de un nuevo curato (Cálad, 2007, 95)

Cuando los nuevos realistas españoles entraron a valerse del clero para propagar su ideología absolutista, aquellos eclesiásticos que habían apoyado la causa patriótica se

28 José Vicente Cálad, *Erección del Curato de El Retiro, 1817*, (El Retiro: Parroquia Nuestra Señora del Rosario, 2007), 39. Ver también Archivos de la Parroquia de Nuestra Señora de El Rosario, El Retiro.

encontraron en muy difíciles circunstancias, entre ellos Fray Cancio. En medio de este ambiente enrarecido el padre se hizo sospechoso y, por su parte, se sintió en peligro frente al nuevo orden. Debido a su filiación patriótica y la persecución de las autoridades españolas se vio obligado a volver a Santafé, donde se recluyó en el Convento Franciscano, allí creyó que estaría resguardado por su comunidad, no haciéndose notar externamente. En aquel lugar pasa los últimos años de las guerras de Independencia, y es perseguido por su provisor. La presión ejercida fue descrita por el subalterno con estas palabras “Pasaré por silencio mis padecimientos, y todo cuanto trabajo por conseguir mi exterminio” (Botero, 1969, p. 8). Pero la situación daría un giro con la llegada de Simón Bolívar después del triunfo de la batalla de Boyacá. Dados los antecedentes del fraile:

“Me sacó la mano benéfica, restableciéndome al seno de mi infeliz madre con la debida licencia de mis superiores, y con una expresiva recomendación al Superior Ecco. de esta provincia para que me acomodase en un buen beneficio; como no hubo vacante alguna de qué disponer hasta el año de 1824, me sostuve todo este tiempo sin destino y empeñándome para poderme sostener.” (Botero, 1969, p. 8).

Se advierten claramente dos aspectos: un eclesiástico desempleado, dedicado mucho tiempo a su economía general con dificultad. El favor político que le hace Bolívar y, desafortunadamente, hay una equivocación del académico Manuel Uribe Ángel al afirmar que Fray Juan Cancio Botero fue capellán de los ejércitos del Libertador (Uribe Ángel, Manuel, 1885, p. 299), error que recoge el Museo Histórico de la Ciudad de Rionegro como epígrafe a la imagen del fraile y el libro del periodista Rodrigo Maya Blandón, citado en la bibliografía de este texto.

Emilio Robledo precisa que, a su regreso a la provincia, el fraile intenta revivir el antiguo Colegio Franciscano, dentro del patrón liberal de la época. Esto debió ocurrir hacia 1821, ya habiendo estabilizado la situación política al superarse el susto del intento de Warleta para reconquistar Antioquia. Luis Carlos Mantilla sostiene que, establecido el Colegio de Antioquia en Medellín, el fraile siguió ejerciendo la docencia, probablemente por la afinidad política. (Mantilla, 1995, 653) Fray Cancio era un sujeto que no conocía los pormenores del comercio, la agricultura o los negocios, hizo lo que sabía hacer: ejercer su papel de educador. Un oficio que, ciertamente, le permitía vivir modestamente siempre teniendo a sus espaldas el sostenimiento de su madre.²⁹

29 Botero sería párroco interino de San Vicente de 1823 a 1826, excusador (reemplazo) de Copacabana en 1830, interino de Belén de 1831 a 1834 y de San Pedro de 1836 a 1839 (Maya Blandón, 2014, 104). El Padre Fray Cancio Botero fallecería el 12 de diciembre de 1848. (Botero, 1969, p. 8)

Hoy por hoy, el franciscano Botero, es uno de los personajes más representativos asociados al municipio de El Retiro. Su triple papel como Pedagogo, Capellán y Párroco fundador le da una connotación especial al interior de la historia del municipio. El bicentenario debe pensarse no sólo desde las grandes batallas militares, sino también desde las batallas que se dieron en los púlpitos y en las aulas de clase, donde las ideas y el discurso fueron las principales armas de persuasión y seducción hacia una causa específica. El padre Botero fue un importante protagonista en el devenir de las ideas y el pensamiento, un visionario, un formador y un entusiasta patriota. Es importante rastrear las huellas de estas voces que dejaron sus ecos no en las grandes construcciones de barro o ladrillo, sino en el imaginario, en los templos que se ocultan bajo los cráneos de nuestros antepasados.

Capítulo 3:

Otras lecturas del héroe de independencia

Preámbulo

José María Córdova es uno de los personajes más significativos de la historia de la Independencia de la Nueva Granada y, para Antioquia, representa su más grande héroe militar. Es un símbolo, como Bolívar, del cual se vale buena parte del pueblo antioqueño para construir referentes constitutivos de su formación y devenir histórico.³⁰ En este texto no trataremos de mostrar sus virtudes de hombre o héroe, ni hacer apología de sus victorias militares porque al fin y al cabo ya existen suficientes miradas subjetivas y seguirán existiendo alrededor de su figura. Más bien a continuación se muestra a un oficial del ejército patriota desde tres de sus sensibilidades relativas a tres estados emotivos del proceso militar: su accidente en Rionegro vinculado a su relación amorosa, la circunstancia bélica referida al desenlace del combate de Chorros Blancos y la aventura de un cortejo sexual en Turbaco cuando transcurría la guerra en torno al sitio de Cartagena.

30 Con todo, la trágica vida de Córdova no ha dejado de causar más de una polémica que permanece en la historiografía colombiana. Andrés López ha hecho la contrastación del campo apologético y del detractor. Así vemos al prócer como villano, hombre ilustre y desventurado, leyenda, mártir, un ser ungido por la gloria, un guerrero fantástico, un hombre favorecido por la fortuna y la naturaleza, un ejemplo de urbanidad y sencillez, el héroe eterno fuente de inspiración. Consúltase: López, Andrés (1999). "José María Córdova en la tradición historiográfica colombiana. La imagen del héroe y la invención del mito, 1858-1993". En: *Historia y sociedad*. N 6. Medellín, Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín.

La mezcla del amor, la sexualidad y la guerra fueron por entonces un marco vital de la oficialidad militar en el cual se participa sin determinar la dinámica del conflicto. Es así que transcurre la existencia de un Córdova no héroe que se comporta como una subjetividad jerárquica del ejército y que desde su lógica y emotividad responde a las circunstancias que se le van dando. Sus reacciones emocionales condicionadas han sido forjadas a través de su trayectoria existencial y la institución que integra, desde allí surge su comportamiento, sus valores, sus lógicas. Pensamos en un Córdova inmerso en las vicisitudes de la guerra, un Córdova que comete errores, que se enferma, que tiene un carácter fuerte, que está sumido en las dinámicas del deseo.

Al adoptarse el anterior enfoque contrastante con quienes abordan a Córdova desde la intención de exaltarlo, se tiene presente que cuando la indagación histórica se dirige al estudio de un individuo en su desempeño vital, la historia escrita es un ámbito lleno de miradas sobre el transcurrir del pasado y quienes lo produjeron. Lo es desde el mismo punto de partida cuando el autor elige su área de indagación. Es decir, si la complejidad histórica se sintetiza en la ejecución de un personaje especial que logra representar la voluntad y acción colectiva, porque existe la intención de erigirlo en referente del pueblo, su vida representa el antecedente que se debe perpetuar. Si por el contrario, esa complejidad congregó un accionar conjunto que se comportó bajo diversas perspectivas y contradicciones, la subjetividad heroica es una personalidad del pasado surgida en ese contexto. En consecuencia, los dos enfoques, coexistieron, y continuarán vigentes debido a la naturaleza del saber que los dos bandos practican.

Alguna vez escribió Marc Bloch: “Robespierristas, antirrobepierristas, por caridad, dígnanos simplemente quién fue Robespierre (Bloch, 2018: 140).” Su cansancio bien se puede generalizar, tiene la buena intención de orientar un camino para el trabajo del historiador en el que se contenga ser el juez de los grandes personajes a cambio de indagar una vida inmersa en su época. La solicitud y reclamo es pertinente; el investigador debe controlar el peso de la mentalidad que refleja por ser un prejuicio que deteriora ostensiblemente su mensaje.³¹ Robespierre y su época del terror en consecuencia corresponde más al transcurrir de la Revolución Francesa que al del historiador.

Hay muchos imaginarios sobre la figura de Córdova y muchos caen en este juego de exaltar o atacar la figura del personaje, sin tener en cuenta el contexto histórico y, algunas veces, con intenciones de fortalecer el simbolismo de ciertas posturas

31 Esta anhelada explicación del pasado y del sujeto que lo vivió que pide Bloch es una meta relativa alcanza con aproximación por ser su gestor un hombre portador de sensibilidad y orientación conceptual y política, factores de los cuales no se puede despojar cuando capturó los comportamientos de otros y sus circunstancias.

políticas. Esto se ve en algunas representaciones iconográficas de finales del siglo XIX del héroe de Ayacucho, resaltando ciertos símbolos e ideales. El óleo de Fermín Isaza, por ejemplo, corresponde a unos años muy específicos. Parafraseándose al historiador Andrés López B. transcurría un tiempo en el cual el imaginario sobre Córdova como un ser heroico se implantó acorde a la necesidad de un “pujante Estado Soberano” que dentro del contexto de los demás estados y el gobierno de la Unión, necesitó un referente simbólico. La memoria a perpetuar no era la de osado militar antioqueño que había traicionado a Bolívar sino el brillante militar de nuestra tierra, el valiente defensor de la libertad que la dictadura de Bolívar pisoteaba (López B., 185-194).

Los Estados Unidos de Colombia estaban en víspera de la guerra civil de 1876-1877, en la cual Antioquia tuvo una importante participación en contra de las reformas radicales de Aquileo Parra. Desde casi veinte años antes la provincia, convertida en un Estado Soberano, era una región en creciente desarrollo dentro de un país político fragmentado en una compleja convivencia, reflejada en discrepancias entre sus estados y ellos respecto al gobierno central. El régimen conservador antioqueño chocaba con las medidas del gobierno en el campo eclesiástico y educativo previstas desde su perspectiva liberal, al tiempo que internamente en su región procuraba extender su propio proyecto educativo con marcada influencia religiosa, acorde a su estrecha relación con la Iglesia.



José María Córdova. Fermín Isaza,
Óleo sobre Tela, 85.5x65.5cms, 1876,
Museo Nacional de Colombia.

Es en este contexto donde se reivindica la importancia histórica de Córdova y fue necesaria su representación pictórica. No importó que él fuese un rebelde con una concepción liberal del sistema republicano, porque para un Estado antioqueño bajo la orientación del partido conservador no era ese el ideal que simbolizó (Gaviria Gil, 2000, 123-147). Fue pertinente por contener valor militar, voluntad férrea, sacrificio por la causa, tener imagen altiva y ser antioqueño; en síntesis un conjunto de virtudes para el momento histórico convertidas en un ejemplo, el del militar heroico capaz de

luchar hasta entregar su vida y hacerse un símbolo del valor del antioqueño.³² Además que, podría pensarse, aquella rebeldía del héroe de Ayacucho era apreciada para legitimar la pretensión del Estado de Antioquia de sublevarse contra el gobierno central.

La pintura de Fermín Isaza por su contenido político tan significativo formó una memoria histórica igualmente fuerte que perduró indefinida en el tiempo.³³ En ella el pintor ubicó en el lienzo a un personaje de un porte imponente que viste un uniforme de gala impecable. La mano empuñando la espada, para el pintor significaron valor y disposición a la lucha, referentes esenciales en la coyuntura de 1876. Introduce su otra mano en su casaca sobre su corazón para reproducir un gesto que las pinturas sobre Napoleón difundieron ampliamente como expresión del militar dispuesto al sacrificio máximo. La otra mano al sujetar el lujoso sable refleja la disposición a su uso. Las cinco medallas resaltaron el reconocimiento a los éxitos del general antioqueño, entre las que destacaba la Batalla de Ayacucho con los colores de la bandera del Perú.

Ya ha sido aclarado que no es este emblemático Córdova el que presenta el drama teatral, es el militar dirigente inmerso en un rasgo de su experiencia emocional al interior de su vida privada y en una situación accidental de las circunstancias bélicas que lo afectó notoriamente, en otra en la que convaleciente confronta al enemigo y en la tercera en actitud de relajación esta atraído por la belleza femenina. Asumirlo en las tres facetas sin el presupuesto de resaltar su figuración, encaja en el punto de vista planteado por Pablo Rodríguez al referirse a una forma actualizada de hacer historia. Dice respecto al abordaje del General Rafael Uribe Uribe a través de su correspondencia: “Hoy (...) la disciplina histórica entiende que los asuntos privados e íntimos de los hombres públicos son esenciales para comprender su cabal dimensión social e histórica” (Rodríguez Jiménez, 2014, p. ix).³⁴

32 Como los Estados Unidos de Colombia tenía un inestable orden político, existían diversas diferencias y alianzas entre sus estados alineados los partidos liberal y conservador. El ambiente caldeado entre sí implicó el presentimiento de caer en la confrontación armada. Al estar Antioquia inmersa en la situación y ser, según el parecer de la abogada e historiadora María Virginia Gaviria Gil, entre los estados conservadores el que cada vez estaba más fortalecido por su capacidad militar, el símbolo Córdova no le podía ser más propicio (Gaviria Gil, 2000).

33 La imagen simbólica contribuyó a consolidar la unidad del propósito regional, así lo quisieron sus mandatarios.

34 Sucede en particular aplicando esta máxima a la forma como ha sido estudiado el proceso de independencia o existe un gran vacío historiográfico o cuando se asume la individualidad, desde las biografías, de alguien como Bolívar o Santander la manera integral como la abordan, inmersa en la construcción del héroe, suele pecar de excesivo afecto por el personaje o asume una posición crítica sesgada. Esto se debe principalmente a que estos personajes, durante muchos años, legitimaron proyectos políticos y económicos (y aún hoy lo hacen) y se vinculan con la identidad de los pueblos. El historiador debe enfrentarse siempre a este dilema donde su responsabilidad está en la búsqueda de un equilibrio en su discurso, siempre tan evasivo como la misma verdad histórica.

¿Por qué razones este historiador consideró que en esa tipología de personajes debe articularse lo íntimo con el desempeño social? Porque corresponden a la naturaleza múltiple y compleja de un ser humano, al mismo tiempo racional y sensible. En el caso de Córdova y Uribe Uribe sus desempeños vitales se dieron en un ambiente marcadamente expectante bien propicio a la articulación de los dos aspectos. En el primero transcurre íntimamente relacionado con la existencia del militar presente en la guerra y luego en posguerra, dos escenarios bien propensos a la emotividad, el sentimiento amoroso, sexual, el valor militar, el liderazgo, el sentir político, y la relación con el otro que habita en la misma comunidad. Tantas expresiones se presentan teatralmente para integrarlas al comportamiento agresivo del militar propenso a la confrontación y una fase del proceso bélico propicia a ello que consistió en la etapa de liberación del territorio granadino luego de la Batalla de Boyacá. Por entonces el conflicto además de conducir a choques directos, estuvo plagado de lapsus temporales de preparación, expectativa, relajamiento, espionaje, convivencia con la ciudad civil, relaciones sociales al interior de los cuarteles y desplazamientos de los ejércitos, etc. Todos, espacios vitales asumidos desde la mente y la sensibilidad ocasionándose impresiones de agrado y desagrado, rabia y tranquilidad, tristeza y alegría, aburrimiento y complacencia, temor y calma, amistad y enemistad, odio y cariño, rechazo y atracción.

Fue en el curso de dichos espacios que Córdova pudo tener un mayor contacto con abundantes subjetividades no militares, miembros del clero, familiares, seguidores en especial los más influyentes, cabildos, funcionarios, personas de baja condición social y económica y las mujeres, en especial las que cortejó. En todos incidió la precondition del simbolismo de su uniforme militar y el rango de quien lo vistió vinculado al valor, la fuerza y la institucionalidad. Esta carga emblemática le permitió obtener reconocimiento en su relación con el mundo civil, temor y admiración respectivamente en los patriotas y realistas. En síntesis, su figuración fue la de un gobernante nuevo que al llegar a su tierra asumió con facilidad el control de sus habitantes.

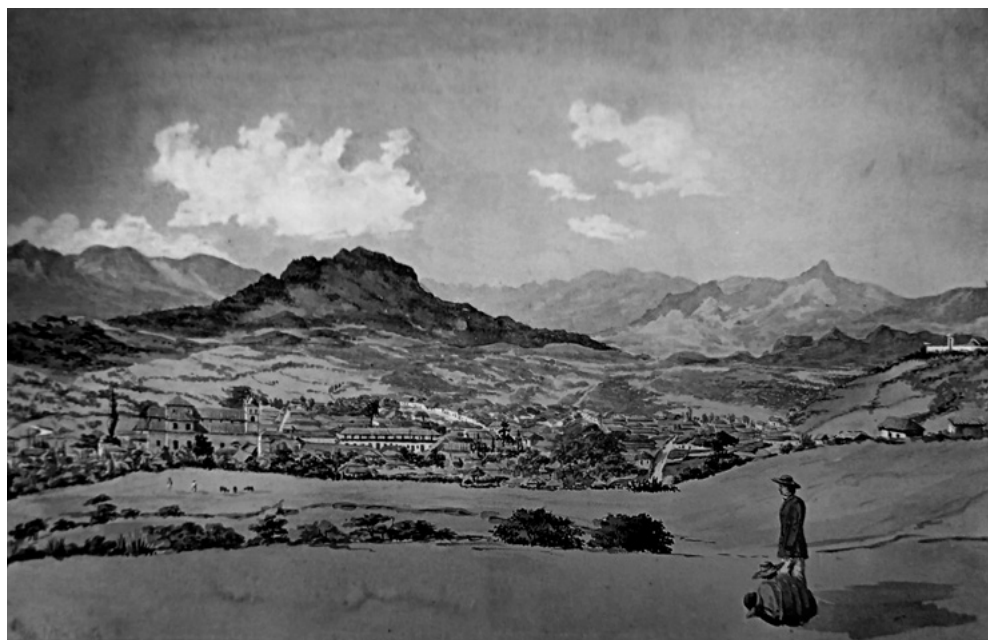
Los comportamientos y relaciones sociales de Córdova encajaron en el de la gran mayoría de las individualidades militares. Era una población joven propensa a la aventura, la posibilidad de adquirir fama y, en especial, conquistar a la mujer así fuese, por los limitantes institucionales, en una relación fugaz. Por ejemplo, al permanecer en los poblados transitoriamente entre ellos y la población civil surgieron vínculos formales o no que dependieron de los niveles de prestancia de las personas y las condiciones de los vecindarios. En cierta medida, compensaron la dura vida militar con sus carencias, riesgos y sufrimientos.

El primer episodio y escenario: una fiesta

El arribo de Córdoba a Antioquia para liberarla derivó en su reencuentro con su familia y amistades en la localidad donde años atrás había pasado su transición de la niñez a la juventud. De esta forma durante varios meses y por derivación de la gran derrota enemiga en campos de Boyacá, disfrutó de la gran ventaja de estar en su hogar y su sociedad. Además, su retorno era triunfal: estaba convertido en un libertador y en Comandante General, dos condiciones que se reflejaban sobre su pueblo y su ejército, en especial con referencia a los mandos superiores de Bolívar y Santander.

Por otra parte con la permanencia de Córdoba en Rionegro la cotidianidad de la ciudad cambió radicalmente por ser epicentro de un gobierno con una doble gran actividad administrativa y militar. Sus afanes repercutían sobre el vecindario afectado por nuevas noticias, un ir y venir de muchos y otros tantos afanes. Todos parecían estar pendientes de las realizaciones de sus dos gobernantes, José María Córdoba y José Manuel Restrepo, respecto a restaurar las instituciones y erigir un ejército propio. Movimientos de soldados, llegada de nuevos reclutas al Cuartel General, movilización de provisiones hacia él, castigos a realistas, préstamos forzosos, reactivación de la Maestranza, arribo de recuas de mulas cargadas con tabaco y cacao, bandos militares y gubernamentales, convocatorias a festividades y desfiles, misas solemnes por los triunfos, novedades llegadas desde Santafé sobre el curso de la guerra y muchos más hechos sucedían en el transcurrir. Sí, Rionegro era un hervidero de actividades y fiesta que parecía no parar, mientras que se tenía presente un enemigo amenazante que podía atacarlo y potenciales apoyos internos reprimidos.

La ciudad había sido escogida como sede del gobierno de la provincia por su ubicación ventajosa respecto al camino de Juntas que le daba acceso al río Magdalena y por esta vía Honda a Santafé, epicentro de la causa patriota. Descrita hacia 1808 estaba situada en una planicie elevada, húmeda y fría donde en el margen del río Rionegro había 271 casas 93 casas en torno a tres iglesias y un hospital. Una idea complementaria es el bello cuadro de Price que bien se ajusta a la descripción geográfica, humana y climática anteriormente narrada. Su vecindario lo integraban 2.402 personas de las entonces denominadas “todas las clases” más 578 esclavos. Disponían de una escuela de primeras letras pero carecía de profesores. Su amplia jurisdicción era mucho más poblada pues comprendía nueve partidos anexos con 12.158 habitantes (Álvarez Morales, 2013, p. 35).



Vista de Rionegro en 1852. Acuarela hecha por Henry Price durante el viaje de la Comisión Corográfica

Y llegó el mes de diciembre de 1819, con su navidad y festejos entre ellos la fiesta tradicional de la ciudad, coincidente con el final del año. Podría con su alegría y diversión crear un espacio de receso del frenesí estatal, pero las cosas variaron con la presencia de Córdova al incluir connotaciones adicionales. Le nació ser la figura principal para afianzar la adhesión a la causa patriota y alabar sus éxitos alcanzados. Fue entonces que consideró pertinente aprovecharse de una de las corridas de toros para correatar uno en su caballo.³⁵ Exponer su presencia, valentía y arrojo ante el público heterogéneo integrado en primera fila por el Cabildo con sus capitulares, la jerarquía eclesiástica, los oficiales militares, buena parte de la tropa, los funcionarios, las familias más prestantes, los campesinos de los sitios circundantes, y hasta los jóvenes, los niños y, posiblemente, los esclavos y muchas personas de los llamados “libres”. Muy especialmente le interesó mostrarse ante la dama que recién llegado a Rionegro le interesó cortejar.

A Córdova no lo amedrentaba el peligro de un toro porque la valentía hacía parte esencial de sus principios tal como se la habían inculcado. ¿Qué era correr el riesgo de ser

³⁵ Incluso, quizás existía una autoridad de alcurnia designada para ser la cabeza de la fiesta y no es riesgoso suponer que fuera el mismo Córdova. Pudo serlo para entregarle reconocimiento y propiciarle exponer sus cualidades, su uniforme, sus charreteras y sus medallas.

corneado por un toro, al corretearlo con su caballo, cuando en sus siete años de vida militar había experimentado tantos en diversas confrontaciones? Reinaría una algarabía que al mezclarle patriotismo rompía el transcurrir con sus afanes y esfuerzos de una manera ideal, puesto que al hacer evidente el valor de su Comandante, se tendría confianza en que Antioquia era muy capaz de afrontar un intento enemigo de reconquistarla.

Entonces ocurrió el trágico e imprevisto accidente de la magnífica presentación del jefe militar. Sucedió en medio de la efervescencia, donde el licor circulaba y las restricciones estaban suprimidas, el efecto y desconcierto fue mayor y todo se interrumpió imprevistamente. Todo salió mal por culpa de un brioso caballo; ésta es la versión de Francisco Duque Betancur.³⁶ Por cierto, además, la fiesta local incluyó lo imprevisto: las riñas, discusiones, los beodos, accidentes y choques entre los participantes. Mas lo que nunca había ocasionado fue que un accidentado tuviese el rango de gobernador militar y un subsecuente efecto político y bélico de gran trascendencia: un vacío de poder y la incertidumbre ante lo que vendría posteriormente.

La gran impresión de ver al brillante Comandante convertido en inerme militar tirado en el suelo e inconsciente por sufrir un impresionante golpe generó una exclamación general. El ruedo de la corrida se llenó y un gran tumulto rodeó a Córdoba yacente. Todo evento festivo terminó, la tristeza se mezcló con el desconcierto. El desorden reinó y la difusión de la novedad se expandió como un reguero de pólvora en la provincia.

La revelación de un vínculo sentimental

Juan Camilo Rodríguez Gómez, en la Revista *Credencial Historia* ha tenido la perspicacia de acercarse a la subjetividad de Córdoba desde su sensibilidad amorosa. Además del afecto por sus parientes, dos pasiones caracterizaron su sensibilidad, la Patria y la atracción hacia la mujer (Rodríguez Gómez, 2012).³⁷ Dominó el senti-

36 (Duque Betancur, 1967, p. 549). Para tan recurrido autor, nada tuvo que ver el jinete, sin embargo, no se sabe en qué condiciones físicas previas estaba. No era inexperto como lo indica sus años de trasiego en el ejército y las muchas tierras recorridas. Por supuesto en la fiesta popular el espectáculo taurino incluyó el estruendo de la pólvora y Córdoba lo sabía, al igual que manejar un caballo en medio de un bulloso combate. Es decir, existió un jinete advertido del riesgo y confiado de controlarlo, pero que le fue indispensable celebrar tantos éxitos militares: El triunfo de Boyacá, la liberación de Antioquia y el proceso independentista en curso en toda la Nueva Granada, al tiempo que figurar como su adalid principal y estrechaba la relación del pueblo con ellos y su ejército.

37 En la misma línea Rougemont, especialista en la historia del amor en el mundo occidental, describe al militar posterior a la revolución francesa como inmerso en dos ámbitos: el ímpetu por el bello sexo y el amor por el sentido por el cual luchaba y arriesgaba su vida: la patria (Rougemont, 1986, p. 265).

miento patriótico porque así tenía que ser en un oficial militar de la guerra de Independencia que le exigió el sacrificio de variados intereses personales o, por mejor decirlo, manejarlos de forma regulada a través de la defensa patriótica. Al ser una regla de conducta lo demás, los asuntos personales, sociales y económicos, los apreció pertinentes en la medida en que no riñesen con el esquema mental que rodeó su noción de la patria.

Los espacios de tiempo en los cuales el sujeto militar buscó a la mujer y la logró fueron intermitentes porque la confrontación lo llamó al deber. Dos tipos de oportunidades se le presentaron, aquella en que el contacto propició un interés amoroso que persistió y la pareja se vio forzada a la separación que exigió la vida militar; en esta circunstancia en la cual el recuerdo y la relación lejana se mantuvo a través de la correspondencia. La otra consistió en una simple aventura en uno u otro lugar por donde el transcurrir bélico se dio. Como referentes mitológicos de las dos situaciones aparecen Venus y Eros, no sólo Córdova los encarnó, sino muchos otros héroes mostrados en biografías y novelas.

Por ahora lo pertinente consiste en detenerse en la primera modalidad de relación.

En su retorno a Rionegro fue lógico que Córdova viviera el influjo de Venus y su hermosura. Sucedió cuando sin mucho transcurrir lo atrajo una joven que inmediatamente lo enamoró. Se llamó Manuela Morales, era bella y así lo señaló a Santander con quien tenía confianza para decirlo: es “la muchacha más bella que para mi gusto he visto”. Pertenecía a una de las familias más distinguidas y según Pilar Moreno de Ángel, su personalidad incluía cualidades notables en una joven: saber escribir, bordar y confeccionar dulces y golosinas. (Moreno de Ángel, 1979, p. 154). A la relación formalizada en un rápido noviazgo se le interpusieron dos emergencias, el accidente y la amenaza realista de intentar reconquistar la provincia. Finalmente, la patria impuso su obligación inaplazable y un Córdova con incipiente recuperación afrontó su deber al partir de Rionegro a Barbosa y de allí a la confrontación de Chorros Blancos.

En ese lapso un diálogo epistolar mantuvo la apasionada relación y cuando, para fortuna del bando patriota se triunfó, su comandante no tardó en retornar a Rionegro. Lo motivó a hacerlo poder estar al lado de su amada y estar atento a los movimientos del agresivo Sebastián de la Calzada quien maniobraba próximo a la provincia, en su frontera sur. Al disiparse esta amenaza siguió un tiempo en el cual la relación amorosa entró en contradicción con la inactividad de no estar en la dinámica de las

confrontaciones. Córdoba la consideró una situación desesperante y el placer de estar con el ser amado no tuvo más fuerza que su patriotismo; tampoco lo tuvieron factores adicionales por estar en Rionegro: la familia, la riqueza, las amistades, la residencia, etc. Finalmente dejó la ciudad de su querencia, continuó una relación epistolar, pero perseverar en el idílico amor a distancia no encajó en él y la conjugación de la dinámica de la guerra, otros lugares, otras mujeres, le dieron el toque final a la relación.

Si se explora el comportamiento de Tomás Cipriano de Mosquera hacia la mujer se revelan otros rasgos que interesan anotar para ampliar la comprensión sobre las sensibilidades hacia el otro sexo del oficial militar de la independencia. La vida íntima de Mosquera ha llamado la atención de Alonso Valencia Llano, quien al describirla, se puede observar a un individuo de la crema innata de la sociedad de Popayán que en él las relaciones afectivas al mismo tiempo que buscó preservar su nivel prestante, se vinculó con el mundo inferior, dando lugar a encuentros casuales (Valencia Llano, 2012). Es decir, al tiempo que manejó un repertorio de mujeres de diferente condición, donde la esclava o humilde se concibió como un instrumento sexual, la mujer de la alta sociedad familiar asumió como un objetivo válido para un enlace matrimonial.

La vida sentimental de Córdoba no llegó a los matices que presentó Valencia Llano. Incidió tener otras condiciones socioeconómicas, mientras Mosquera hizo parte de una sociedad de castas y una familia esclavista de gran influencia local y regional, Córdoba, aunque fuese de buena familia, no lo era tanto. Además, los marcos sociales en Popayán y Antioquia se diferenciaron en la construcción de sus prejuicios sobre los sectores sociales subalternos. En lo que sí coincidieron fue estar inmersos en la vida militar, donde la oficialidad compartió un don de mando que se proyectó en sus relaciones sociales con la población civil y en ella sobre el sexo femenino. Además la guerra con sus riesgos e inestabilidades portaba consigo condiciones liberadoras de condicionamientos inculcados. El presente era seguro pero el futuro más incierto de lo acostumbrado ante lo cual el amor y el deseo hallaban rutas antes no conocidas de expansión (Dueñas Vargas, 2014, p. 38).

En el marco de las relaciones con la mujer Mosquera y Córdoba y, en general la oficialidad militar, se comportó precedida de dos condiciones que les dieron autoridad: el dominio del hombre sobre la mujer que el marco social patriarcal acostumbró y el don de mando del ejército respecto a la población civil. Aunque en el caso de una relación basada en el cortejo los anteriores factores pudieron no incidir o hacerlo poco, no fue así en la relativa a la mujer en que existió desnivel racial, social

y económico. Este caso bien lo propició la realidad del conflicto al resquebrajar las barreras sociales y los prejuicios.

La convivencia con distintas comunidades y el peligro cercano de la muerte fueron dos aspectos adicionales que al estar presentes en el transcurrir bélico propiciaron que el militar estuviese propenso a considerar a la mujer una posibilidad de diversión (Rougemont, 1986, p. 265). Por cierto, Córdova fue un hombre que durante su corta existencia ha sido mostrado por autores como Matthew Brown y Pilar Moreno de Ángel en una doble faceta de mujeriego y un romántico respetuoso de la mujer cortejada. Esta última actitud correspondería con las relaciones que sostuvo con Manuela Morales en Rionegro (1819-1820) y con Fanny Henderson en Bogotá (1827-1828), a quienes describió en sus cartas con un discurso evocador, ilusorio y poético, propio de los enamorados (Brown, 2015, pp. 107-108).

Una comunidad en crisis al perder de repente un jefe militar

A finales de diciembre de 1819 y comienzo de enero del año siguiente este avatar produjo una situación emotiva de alcance colectivo. Como se ha dicho en páginas atrás, el epicentro de la tensión fue Rionegro, donde la intensidad mayor recayó sobre el Gobernador Político, un civilista desconocedor de los asuntos militares. Fue él un mandatario que se sobrepuso a la delicada dificultad forzado a intervenirla ante el vacío en su jefatura. La primera disyuntiva que afrontó José Manuel Restrepo fue concretar qué oficial debía ser el relevo transitorio del Comandante General. Logró zanjar diferencias entre varios aspirantes y al tener a su lado al capitán Carlos Robledo y él de una trayectoria militar suficiente para saber proceder, fue su mano derecha para superar la ausencia temporal de Córdova (Toro Martínez, 2018).

La recreación de la emergencia subsecuente al percance de la ausencia del jefe militar de la provincia se encuentra recreado en el segundo acto teatral de esta obra. Córdova, sumergido en el delirio producto del terrible golpe sufrido en su cabeza, delira y con notorios signos de preocupación lo observan sus más cercanos interesados. El propósito del acto es acercar al factible público que presencie la escena a un momento histórico de un clima emocional cercano al que efectivamente se vivió en Antioquia a finales de 1819 y primeros días del año siguiente. La selección de ese trance entre los varios posibles, se debió a considerarlo ideal desde el punto de vista de la expresión subjetiva de los sentimientos relativos al miedo, el nerviosismo, el pesar y el amor.

Externamente las gentes y las tropas demandaban información y reinaba la inestabilidad colectiva. La sensación de peligro afecta al ejército, al gobierno político y a la sociedad civil. Unos pocos no se sentían así de apesadumbrados en las cuatro capitales de cantón (Medellín, Rionegro, Marinilla y Antioquia). Eran realistas que guardaban su sentimiento en el fondo de su corazón, pero la impresión era abrumadora.

La amenaza de la invasión del comandante español Francisco Warleta implicaba sensaciones de temor, odio y complacencia y al no ser nadie indiferente, representaba un factor de gran peso emocional. Hubo poco tiempo para tomar decisiones y medidas preventivas, dos fueron esenciales, una gran campaña motivacional en que el gobierno se valió del poder influyente de las fuerzas locales para indicar que la patria y el terruño peligraban gravemente. La otra consistió en realizar movimientos militares de las fuerzas.

La campaña motivacional estuvo basada en infundir el sentimiento de la defensa del terruño y el señalamiento implacable de un invasor. El argumento de las ejecuciones de patriotas que antecedió la restauración del régimen español fue oportuno recordarlo así como el duro sacrificio impuesto cuando una cantidad apreciable de los antioqueños se vio forzada, sin admitirse ninguna excusa, a desplazarse a trabajar intensamente en la construcción de caminos que comunicaran a la provincia con su exterior. Igual debió suceder que destacaran en el discurso republicano el valor simbólico de la libertad y otros principios recién adquiridos. Mucho estaba en tela de juego ante su posible pérdida por el riesgo que representó la presencia cercana del recordado Warleta con su antecedente de conquista de la provincia en los comienzos de 1816.

Para fortuna de la campaña motivacional la población la asimiló al generar una movilización entusiasta. La propició el discurso público, el sermón del clero, la persuasión interpersonal y la presión colectiva sobre el indeciso. Tanta unanimidad fue por cierto un comportamiento inusual y referido a los habitantes de las capitales cantonales. En ellos sus cabildos, los más patriotas y ministros de la Iglesia determinaron las respuestas. Durante la Primera República la armonía entre estos centros de poder había sido frágil, pero ahora la situación fue muy diferente. No estaba en juego cuál de las cuatro capitales subregionales sería la sede del gobierno de la provincia y en ella sus instituciones básicas sino la integridad política de todas.

Mientras tanto Córdoba permaneció postrado en un estado muy precario de conciencia. Poco podía hacer la medicina más allá de observar al paciente para según sus manifestaciones proceder con paliativos tradicionales. Aun así, a los veinte días

de su accidente, ya era otro y José Manuel Restrepo pendiente de él, decía “Nuestro Córdoba salió antes de ayer para el campo de Barbosa. Está casi bueno y sus potencias no tienen más que falta de memoria”. (Cortázar, 1967, p. 466).

Como puede cambiar abruptamente una situación, los impredecibles están presentes en la vida del ser humano; puede variar en un segundo. A un pueblo como el antioqueño le cambió el panorama emocional radicalmente con la recuperación de su Comandante General. La incidencia propició una mayor emotividad y aconteció en un oportuno momento: la provincia se encontraba dispuesta a la defensa y contaba respecto a la del enemigo con superioridad numérica de su fuerza, así fuera provista de lanzas y pocos fusiles; bastaba conducirla al escenario de la confrontación y con el desbalance imponerse.³⁸

Antes de Chorros Blancos: Entre la perspectiva realista y la patriota

Ya se indicó que Francisco Warleta fue una pieza de la intención de recuperar el territorio perdido por el ejército español en la Nueva Granada.³⁹ Partió a una campaña incierta sabiendo el riesgo que corría; su oponente tenía el control de la provincia a conquistar y el respaldo de Santafé de Bogotá y Honda. Le era claro que estaría muy distante de Mompo y Cartagena y debía valer por sí mismo al frente de su tropa numéricamente insuficiente. Si no era la más difícil misión que hubiese tenido estuvo entre ellas; su honor y deber se encontró en juego.

Igual debió meditar en cómo era de voluble la guerra, sólo hacía tres años había pisado exitosamente el suelo de esa provincia y ahora quien sabe si podría hacerlo, todo por culpa del doloroso desastre de Boyacá. En verdad las cosas habían cambiado mucho de 1816 a 1819 a pesar del continuo esfuerzo de su querido ejército. Expectativa, resentimiento y en el fondo temor sentía al partir de Mompo. Tendría

38 La diferencia provenía del contraste entre las fuentes del recurso humano previstas para enfrentarse: los centros urbanos principales de Antioquia contra los contingentes militares que el virrey Sámano dispuso hacia el centro del territorio neogranadino, lo cual era un golpeado ejército no numeroso.

39 La irrupción en Antioquia tuvo el perfil de los demás esfuerzos contra-ofensivos a la expansión conquistadora del ejército bolivariano. Lo dispuso un Virrey que en principio concibió “dos entradas”, a cargo del exgobernador Tolrá y Warleta, ambas a partir de Mompo y adicional a la incursión río arriba por el Magdalena. Adicional a ello y con antelación otro oficial realista subalterno de Tolrá, Sebastián Díaz, incursionaba hacia Zaragoza por el río Cauca y Nechí. Finalmente, Tolrá quedó en Mompo y Warleta asumió la tarea el 17 de noviembre de 1819 (Fiede, 1969: 169-170).

que pensar muy bien sus movimientos, basado en el bagaje de conocimientos que su carrera militar le había dejado.

El plan lo había pensado bien y el virrey Sámano lo admitió: aprovechar lo distante que estaba Zaragoza, Cáceres y Remedios del gobierno de Antioquia y lo apropiado que eran esos poblados para permanecer como una piedra en el zapato amenazante de penetrar el territorio. Su sede sería Zaragoza para no perder el contacto con Mompo y de allí a Cartagena respecto a resultados, situaciones y necesidades. Remedios, por los lados del Magdalena, se podría tomar y la incursión que subiría el río paralela a su movimiento, podría, quizás, apoyarlo. Para contrarrestar la menor cantidad de tropa, la dividiría y así forzar que el contrario se disgregase. El más probable camino de ingreso sería el camino de Cáceres a Yarumal y arribado allí por sorpresa dominar el poblado. Era un buen sitio para extenderse en el altiplano, distraer al enemigo en otro frente, espiar, ganar seguidores, definir una buena posición en espera de Córdova y así tener la mejor posibilidad de salir adelante. A la vez la vía de escape aunque difícil, solitaria, larga y escabrosa, le servía.

Warleta llegó a Zaragoza al finalizar 1819 y de su llegada rápidamente se enteraron en el interior, el comandante español pensó que aquella noticia les amargaría el Año Nuevo y, a su vez, se lamentó que Tolrá no estuviera en aquella aventura, sus fiebres recientes lo tenían postrado. Pero estaba convencido que su empresa era sumamente importante y debía continuar con sus medios.

Así se malogró a los antioqueños su fin de año festivo; les llegó la nefasta noticia. Por cierto no a todos, porque entre ellos existían simpatizantes de la causa del Rey. Entonces ocurrió la encrucijada de Córdova seguida del despertar del patriotismo regional. Cuando el Cuartel General situado en Rionegro fue trasladado a un sitio próximo más favorable, Barbosa, pronto se conoció que la capacidad militar adversaria era inferior y se confiaba en la superioridad lograda. El resto de la historia fue el uso del recurso bélico con un Córdova protagonista central.

El 16 de enero ya consciente partió en Rionegro, lo esperaba el grueso de la tropa en Barbosa. Se entera del paisaje militar que sus dos relevantes Restrepo-Robledo han forjado: hay tropa en Yolombó, Rionegro, Barbosa y Yarumal, la amenaza se cierne sobre Remedios desde Zaragoza y en esta se tiene un buen espionaje.⁴⁰

40 Entre tanto se cartea con Santander, ha sabido que el enemigo desde Zaragoza ocupó a Remedios y ha respondido con el envío de 400 “veteranos” y 400 “milicias”, cifras muy superiores a las de los atacantes. Además han quedado 400 hombres en Barbosa.

El 24 arriba a Barbosa, encuentra 300 milicianos y 27 veteranos.⁴¹ Permanece hasta el 30 de enero y se ocupa de variados aspectos en que no se advierte la intención de marchar a encontrarse con el enemigo.⁴² Retorna a Rionegro el primero de febrero hasta el cuatro y se desempeña en la rutina militar de Barbosa. El cinco llega a Santa Rosa por un motivo claro: ha sabido que Warleta decidió encaminarse desde Cáceres a Yarumal.⁴³ La permanencia en Santa Rosa se prolonga, el lugar sigue recibiendo más refuerzos, se esperan fusiles arrebatados al enemigo en su fracaso fluvial de Barbacoas ocasionado por tropas enviados desde Honda, y la expectativa sobre la actividad realista es intensa. Pasan los días y Córdoba no moviliza su ejército, sólo lo hace el 10 de febrero cuando aprecia que su capacidad militar le asegurara sin duda el triunfo.

El militar, recién recuperado, tiene anhelos de mostrar su liderazgo, de entrar en acción, de sentir su frenesí, de experimentar el placer de ser el vencedor. Su mirada, permeada por su formación y sus convicciones, ve al enemigo realista como una amenaza que solo puede imponer terror donde ha habitado y construido su vida. Sabe que tiene la ventaja, pero tiene que saber aprovecharla, un paso en falso y todo se perderá. Le preocupa un poco su salud, pero confía en que será capaz de afrontar sus limitantes físicos y poder liderar el ejército. No le importa arriesgarse. El amor por aquella idea llamada “patria”, por la libertad, por el sueño de Bolívar, lo lleva a entregarlo todo.

El 12 de febrero, en horas de la mañana, se da el famoso acontecimiento, un evento donde la estrategia que más ha llamado la atención es la del coronel antioqueño.

41 Ha retornado a Envigado el padre Montoya y la feligresía que movilizó en principio para defensa de Antioquia, también al cruzar Córdoba por San Vicente se topa con la gente de Marinilla que va al Cuartel y dispone su retorno.

42 En ese lapso estuvo pendiente del espionaje en San Bartolomé respecto a río Magdalena y Remedios, advierte a su Teniente de Yarumal esté muy atento por factible incursión al interior desde Cáceres, tiene al tanto a Santander sobre la situación y se le ufana de su poder militar, motiva a los yarumaleños y recomienda abandono del pueblo en caso de llegada del enemigo, ante el Ministro de Guerra y Hacienda acusa la presencia del Teniente Coronel José María Ricaurte enviado por Santander ante la emergencia presentada, etc.

43 Restrepo describió la rapidez con que quiso llegar: “(...) estaría a jornada y media de Yarumal. Ha traído marchas muy rápidas”. La réplica fue igual, fueron con destino a Santa Rosa grupos de “paisanos” desde Antioquia, Marinilla, Envigado, Rionegro, Amagá y Titiribí.” A ellos se adicionaron 400 hombres del batallón que dos días después partió de Barbosa junto con 70 más de Marinilla (Restrepo, 1954:44).

La dinámica del combate

El planteamiento y la ventaja numérica de Córdova se hizo efectiva ante un Warleta que opta por la garantía que le ofrece el dominio de la cúspide del cerro del alto Boquerón. Un factor contra el otro estuvo en juego. El mando patriota, en silla de manos y valiéndose de su catalejo, dirige la acción. Es una escena bien singular, porque Córdova está atendido por sus hombres de confianza sin poder caminar, y al frente, a distancia la confrontación. El escenario es un monte cubierto de maleza y demás vegetación que dificulta las acciones de los dos contrarios, y cada uno intenta aprovecharlo a su modo. En un primer momento, el mando republicano envía su avanzada y se produce un choque indeciso, sin que ninguno de los bandos ceda del todo su posición en el territorio. (Restrepo Sáenz, José María, 1970, pp. 18-19). No hay casi pérdidas en ambos lados. El beligerante Córdova, con el resto de sus fuerzas, intenta rodear el cerro para tomar por la retaguardia al enemigo, pero no da frutos su empresa y, en consecuencia, irrumpe con su división y genera un desequilibrio que le favorece. Se ha consolidado el triunfo de sus tropas, pero el rival no ha sido capturado.

La noche llega y aplaza la continuidad de la confrontación. Sigue una sorpresa: el comandante español ha tomado las de Villadiego y, derrotado, se dirige a la escarpada ruta de Cáceres con el resto de sus hombres. No hay otra opción que perseguirlo. Sin embargo, en el campamento patriota el ambiente es de celebración y la ansiedad por saldar las cuentas no es contundente. Nunca Warleta fue capturado y su persecución rindió frutos relativos, de los cuales Restrepo se dolió al considerarlo un error militar del comandante antioqueño “El enemigo iba en completa dispersión, y si lo persiguen tres días más hasta Media Luna no hubiera escapado uno. Córdova perdió el fruto de la campaña y volvió a sentarse en Rionegro” (Restrepo, 1954, p. 48) ⁴⁴

En apariencia ha finiquitado la amenaza realista pero por entonces existía una simultánea tensión en varios lugares del espacio neogranadino. Era la respuesta de menguadas fuerzas españolas a la gran derrota de la Batalla de Boyacá. No fue la lucha de un perdedor sin esperanza porque creyó en su recuperación basado en la

⁴⁴ Dice la documentada historiadora Pilar Moreno de Ángel, respecto al combate de Chorros Blancos: “Las consecuencias del combate (...) fueron definitivas. En este encuentro, último librado por España en territorio antioqueño, sobresalieron las cualidades de Córdova (Moreno de Ángel, 1979, 170).” ¿Fue este combate, un episodio determinante para la derrota de los españoles en el occidente neogranadino? La respuesta de la historiografía tradicional ha dicho que sí sin tener presente que la guerra abarcó un conjunto de confrontaciones paralelas que igual contribuyeron a que tan amplia región no fuese un espacio controlado por los realistas.

estrategia y en disponer del control de mucha parte del territorio y era factible de ser apoyada desde fuera: la Costa Atlántica y el suroccidente. Su esfuerzo fue el mayor intento de rompimiento a la tendencia expansiva de la acción enemiga a lo largo y ancho del territorio.⁴⁵ Se produjo, por tanto, un conjunto de fracasos para las tropas reconquistadoras. Antioquia en particular con su triunfo de Chorros Blancos como superación del peligro realista, requirió que se finiquitara con otros dos éxitos: el del Magdalena Medio y la derrota de Sebastián de la Calzada, quien se vio forzado a echar marcha atrás y retornar a Popayán. En una palabra, para su ventura, las tres adversidades enemigas (Calzada, Warleta y Magdalena Medio) significaron la eliminación del riesgo del fracaso de Córdoba en la liberación de Antioquia.⁴⁶

En el drama que aquí se incluye se ha querido representar la proximidad y llegada de Córdoba al combate. En la primera escenificación es un comandante que vive con intensidad el desarrollo de los hechos de su avanzada, en espera del resultado. Y, en la segunda, es cuando toma la determinación de atacar con el resto de sus tropas. Se define el duelo. Los dos actos tienen validez para ser representados como expresiones de la secuencia en que el comandante militar dio rienda suelta a la lucha deseada por salvar la patria. Para él fueron momentos pasionales de gran intensidad, con la connotación de ser la concreción efectiva de la guerra al interior de su provincia; es sabido que cuando retornó para liberarla lo hizo sin la más mínima confrontación.

Como todo triunfo militar a los vencedores en Chorros Blancos les reportó alegría, esa satisfacción sentida que al superponerse a las dificultades implicadas, infunde fuerza a las convicciones. En particular en Córdoba afianzó su personalidad de militar combativo, y le generó dividendos honoríficos al interior de su brillante carrera. Ante Santander y Bolívar había ejecutado la orden que se le había asignado y ante los antioqueños quedó consignado en su memoria como su auténtico libertador. Había sido un triunfo importante, más todavía quedaban muchos bastiones importantes realistas y la independencia no estaba del todo consolidada. Córdoba, quien pudo disfrutar unos días junto a Manuela, pronto se ve obligado a desplazarse de nuevo. Ahora la guerra ascendía hacia el norte y la costa colombiana.

45 En juego estuvo la capacidad coordinadora y estratégica del vicepresidente Santander, la disponibilidad de recursos, el tamaño de las tropas y su estado anímico. Por fortuna para él todo resultó favorable y como fueron los ataques, o sea simultáneos, acontecieron las derrotas de su enemigo, coincidiendo complementariamente (Campuzano, 2020).

46 Esta suerte histórica favorable de Antioquia en el proceso de la Independencia, igual se había presentado entre 1816 y agosto de 1819 con la Restauración del régimen español, cuando tampoco a diferencia de otras provincias, experimentó una dura represión.

El Hilo de la correspondencia militar

En el quinto acto de la obra teatral se incluye un fragmento de una carta que escribió al general Santander, luego de su partida de Rionegro. Su diálogo epistolar ascendente hacia su superior fue a la vez militar y amigable. Al permitir la comunicación de asuntos personales respecto a sus relaciones afectivas y sus aspiraciones militares, se ha agregado para ilustrar un rasgo individual y conjunto del transcurrir de las relaciones sociales dentro del ejército. Con todo, el referente principal del diálogo fue el deber de informar el estado de su convalecencia, sus sentimientos afectivos y presentar la solicitud de ser trasladado a otro frente de guerra, se sintió desesperado debido a problemáticas internas de la coexistencia militar.

La expresividad de esta carta muestra que la correspondencia es una fuente histórica significativa porque sirve para profundizar en las subjetividades, mirada y narración, que se hace de los acontecimientos, es una expresión de un vestigio testimonial. Entre las líneas de las cartas se pueden entrever las relaciones que hablan de dos circunstancias vitales, la del destinatario y la del remitente. La escritura epistolar se constituye como dice Michel Foucault como una forma en que una subjetividad muestre quién es con todo su potencial emocional y sus expectativas. “La carta hace «presente» al escritor ante aquel a quien se dirige (...) presente con una especie de presencia inmediata y casi física (...). Escribir es, por tanto, «mostrarse», hacerse ver, hacer aparecer el propio rostro ante el otro” (Foucault, 1999, 300)

En efecto, Córdova buscó un consejo frente a su disyuntiva patria-amor a una persona que pasa de tomar el perfil de superior al de amigo de confianza y de amplia experiencia en el tema. No es una situación exclusiva de los dialogantes Córdova-Santander, pues la vida militar implicaba esas relaciones afectivas fluidas, pero también dejaba secuelas de firmeza en algunos y olvido en otros. En la carta irrumpen expectativas de variada índole, que se depositan en el otro, ya sean nuevas o porque se le notificaron anteriormente.

Lo otro que se deja ver en la carta es la pasión desbordante de Córdova, tanto por las mujeres, como por la patria. Sus luchas internas, sus anhelos, sus abismos. Es un Córdova que se nos hace más cercano, humano y deja ser esa figura insigne sobre un pedestal, para mostrar sus pasiones más secretas. La correspondencia no estaba hecha para ser pública, sino para generar una intimidad, poder conectarse con un “tú” que, en definitiva, es alguien de confianza. Para estudiar la historia de la emocionalidad y los sentimientos la fuente epistolar es sumamente importante para poder

acercarse, desde diferentes subjetividades, a la emocionalidad propia de una época. La carta de Córdova a Santander aparece en la obra como una forma de mostrar, desde el discurso dramático, el caos interno de un comandante militar en tiempos de inestabilidad política y social.



Imagen: Municipio de Turbaco en la actualidad.
Fotografía tomada de <https://fundacionhogaresclaret.org/>

El deseo se hace presente en Turbaco

Para concluir el análisis de la obra de teatro resta la contextualización de la quinta escena, que aborda un Córdova inmerso en el sitio de Cartagena en un día de descanso en el pueblo de Turbaco. Está inspirada en la siguiente afirmación de Pilar Moreno de Ángel: “las mujeres del Caribe, [con] sus cuerpos cimbreantes y calientes hicieron amables al joven Córdova los largos meses de sitio. Cambió el amor puro y casto de Manuelita Morales, convertida en un espejismo, por las caricias lujuriosas, sensuales e impuras de las hembras que acompañaron a los soldados patriotas en Turbaco” (Moreno de Ángel, p. 202). Una anotación al respecto, la historiadora aprecia que algo tan intenso como el sitio a una ciudad enemiga que al permitir lapsus de distensión al ejército agresor, había posibilidad, aprovechar tener algún idilio. Afín a ello indica que ocurrió el desenlace de la relación amorosa de Córdova con su idealizada novia rionegrera. Ya ha volteado la página y es él quien rompe el vínculo.

El marco histórico de estos rasgos ilustra la forma fluida con que se desarrolló esta guerra debido a su inestabilidad. La vida militar con sus habituales desplazamientos hizo que, inevitablemente, los amores personales se aplacaran y pronto quedaran como una experiencia más, mientras dominaba la constante del afecto a la patria. La realidad de su contexto, la oportunidad erótica, el tacto de los cuerpos de las mujeres de la costa, se hace más cercano, que un amor que vive de cartas e ilusiones que no parecen satisfacer las necesidades inmediatas.

El erotismo tiene expresiones en el lenguaje, en la mirada, en algunos gestos. Se manifiesta en la música, en la conversación, en el acto de seducción. Un erotismo que desborda la soledad de la guerra y abre nuevas posibilidades de goce en medio de la difícil rutina. El militar comandante al ocupar una posición de poder y tener un buen porte es apetecido y, sin duda, es observado por algunas mujeres que encuentran en él una excelente oportunidad. El amor por una mujer, dentro de los códigos de la época, pasa a ser un limitante para el placer inmediato y es necesaria la renuncia. Esta se representa con la caída de la miniatura con el rostro de Manuela. Córdova ha empezado a escribir una nueva historia.

Quedan así registrados rasgos subjetivos y contextuales de esta voluble época. Amor, sexualidad, de un lado la guerra, los ideales, la patria del otro. Todo lo dicho no es más que la exploración de determinadas evidencias de subjetividades y épocas, en las cuales se conjugaron aquí y allá diversos sentimientos y el acontecer de una guerra de múltiples imágenes.

Finalmente, se ha ampliado la cobertura de la obra de teatro con un análisis histórico complementario. Con ello un puente está trazado entre la historia y la literatura. El experimento ha consistido en la colocación de dos modalidades de contar una al lado de la otra para que la comprensión del lector sea mayor y más placentera. Quizás sea una novedad, al menos los autores de este trabajo conocen en nuestro ambiente cultural y académico un intento semejante. Si la elaboración hecha propiamente como texto académico ha ayudado al lector de la dramaturgia, nos será muy satisfactorio. Si ella en exclusivo logra acercar a nuevos lectores de la literatura a la historia, igualmente. Queda en manos de todos, lectores en general y especialistas evaluar si efectivamente se ha hecho una contribución significativa respecto a la comprensión de la infancia, el clero y el comandante militar en su devenir histórico, inmersos en una guerra de múltiples matices.

Bibliografía

Álvarez Morales, Víctor Manuel (editor) (2013), La relación de Antioquia en 1808. Medellín, Impregón.

Bernal, Nazario (1953), Divagaciones genealógicas sobre los Botero. En: Revista Universidad Pontificia Bolivariana. Vol. 19, N. 69. Medellín, UPB.

Bidegain, Ana María (2013). “Los apóstoles de la insurrección y el vicario castrense (1810-1820)”. En: Boletín de Historia y Antigüedades. Vol. 100. N 856. Bogotá, Academia Colombiana de Historia, pp. 199-237.

Botero, Fray Juan Cancio (1969). “El primer Cura Párroco Pbro. Fray Cancio Botero y Palacio”. En: Distritos. N. 17. Medellín, Tipografía nacional,

Brown, Matthew (2015). El Santuario: historia global de una batalla. Bogotá, Universidad Externado de Colombia.

Buitrago, Jairo y Guevara Santiago (2019). Las batallas de la Independencia. Bogotá, Planeta junior.

Buitrago, Jairo (2017). Retratos de niños con bayonetas. Bogotá, Panamericana.

Burke, Peter (2001). Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico. Barcelona, Crítica.

Caballero J.M. (1974). Particularidades de Santafé: Un diario de José María Caballero. Medellín, Bedout.

Cálad, José Vicente (Pbro.) (2007), Erección del Curato de El Retiro, 1817. El Retiro, Parroquia Nuestra Señora del Rosario.

Campuzano, Rodrigo (2018). “La construcción de un ejército en Casanare para invadir el Virreinato de la Nueva Granada.” En: El Bicentenario de la Independencia de Colombia 2019 y los retos de la celebración. Un encuentro en torno a las nuevas corrientes historiográficas. Vol. 1. Bogotá, Ministerio de Cultura.

Campuzano, Rodrigo (2019). “La correspondencia militar dirigida a Francisco de Paula Santander por sus tres comandantes.” Ponencia XIX Congreso Colombiano de Historia.

Chaura Gómez, Elizabeth y Gutiérrez López, Sor Catalina (2014), Reconquista e indulto. Una aproximación a las políticas de perdón entre realistas y patriotas en la Provincia de Antioquia, 1816-1819. Medellín, Academia Antioqueña de Historia.

Chartier, Roger (2001). “La historia, entre relato y conocimiento.” En: Historia y Espacio, 17. Cali, Universidad del Valle.

Chicangana Bayona, Yobenj Aucardo (2009), “La Campaña del Sur (1813-1816) en las telas de José María Espinosa Prieto.” En: Historia y Sociedad. No. 17, Medellín, Universidad Nacional de Colombia Sede Medellín.

Connaughton, Brian (2016). Entre la voz de Dios y el llamado de la Patria. Religión, identidad y ciudadanía en México, siglo XIX. México, Fondo de Cultura Económica.

Cortázar, Roberto (1965-1967). Correspondencia dirigida al general Francisco de Paula Santander. Tomos V y X. Bogotá, Academia Colombiana de Historia.

Dulumeau Jean (1989). El miedo en Occidente. Barcelona, Taurus.

Duarte French, Jaime (1982). Florentino González, razón y sinrazón de una lucha política. Bogotá, Carlos Valencia Editores.

Dueñas Vargas, Guiomar (2014). Del amor y otras pasiones. Élite, política y familia en Bogotá 1778-1870. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.

Duque Betancur, Francisco (1967). Historia del departamento de Antioquia. Medellín, Asamblea del departamento de Antioquia.

Finestrada, Joaquín de (2001). El vasado instruido en el Estado del Nuevo Reino de Granada y en sus respectivas obligaciones. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.

Foucault, Michel (1999). “La Escritura de Sí.” En: Estética, Ética y Hermenéutica. Barcelona, Paidós Básica, pp. 289-307.

Garrido, Margarita. “Los sermones patrióticos y el nuevo Orden en Colombia, 1819-1820”. En: Boletín de historia y antigüedades, Vol. 91, N. 826. Bogotá, Academia Colombiana de Historia, pp. 461-484.

Gaviria Gil V. (2000). Radicales e independientes en la política antioqueña, 1877-1885. Historia y Sociedad, 7, 123-147.

González, Florentino (1971). Memorias. Medellín, Bedout.

Gutiérrez Ardila, Daniel (2016). La restauración en la Nueva Granada (1815-1819). Bogotá, Universidad Externado de Colombia.

Herrera M. C. y Cárdenas Palermo Y. (2013). Tendencias analíticas en la historiografía de la infancia en América Latina. Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura, 40, 2, 279-311.

Ibáñez, Pedro M. (1951). Crónicas de Bogotá. Tomo IV. Bogotá. Biblioteca popular de Cultura Colombiana.

Jaramillo Castillo, Carlos Eduardo (1991). “La Guerra de los Mil días”. En: Gran Enciclopedia de Colombia. Temática. Tomo 2 Historia. Desde Nueva Granada hasta constituyente 1991. Bogotá, Círculo de lectores.

Jaramillo Toro, Iván Darío. “Clero insurgente y Clero realista en la revolución de la independencia”, ISSN 1133-0104, N°. 17, 2008, págs. 119-136.

Mantilla, Luis Carlos (2006) “La fecha de fundación de la Universidad de Antioquia”, Boletín de Historia y Antigüedades, Vol. 93 No. 834.

Mantilla, Luis Carlos (1995). Los franciscanos en la Independencia de Colombia. Bogotá: Academia Colombiana de Historia.

Maya Blandón, Rodrigo (2014). Perfiles y crónicas Guarceñas de El Retiro Bicentenario. El Retiro, Alcaldía de El Retiro.

Moreno de Ángel, Pilar (1979). José María Córdova. Tomo I y Tomo II. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura.

Silva, Renán (2002). Los ilustrados de Nueva Granada. 1760-1808. Genealogía de una comunidad de interpretación. Medellín, Banco de la República y Fondo Editorial Universidad Eafit.

Restrepo, José Manuel (1954). *Diario político y militar. Memorias sobre los sucesos importantes de la época para servir a la Historia de la Revolución de Colombia y de la Nueva Granada, desde 1819 para adelante*. Tomo I. Bogotá, Imprenta Nacional.

Restrepo, José Manuel (1957). *Autobiografía*. Bogotá, Incunables.

Restrepo Sáenz, José María (1970). *Gobernadores de Antioquia*. Tomo II. 1919-1873. Bogotá, Academia Colombiana de Historia.

Reyes Cárdenas, Catalina (2012). "Enfoques y perspectivas sobre el período de independencia y formación del Estado en el Nuevo Reino de Granada, 1780-1816." En: *Historia y Sociedad*. N 23. Medellín, Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, pp. 55-83.

Reyes, Carlos José (1996). "El teatro: las últimas décadas en la producción teatral colombiana." En: Melo, Jorge Orlando (coord.), *Colombia Hoy, perspectivas hacia el siglo XXI*. Bogotá, Tercer Mundo.

Reyes, Carlos José (2010). "Los movimientos revolucionarios del siglo XVIII y su influencia libertaria." En: *1810, antecedentes, desarrollo y consecuencias*. Bogotá, Taurus.

Rodríguez Jiménez, Pablo (2014). *Cartas de amor en tiempos de guerra*. Rafael Uribe Uribe. Bogotá, Universidad del Rosario.

Rodríguez Jiménez, Pablo (2010). "El estallido del 20 de julio." En: *Bicentenario de la Independencia de Colombia 1820-2010*. Bogotá, Periódicos Asociados Ltda.

Rodríguez Jiménez, Pablo y Manarelli, María Emma (coordinadores). *Historia de la Infancia en América Latina*. Bogotá, Universidad Externado de Colombia, 2007.

Sosenski S. y Osorio Guma M. (2012). *Memorias de infancia. La Revolución y los niños a través de dos autobiografías*. Sosenski S. y Jackson Albarracín E. (coordinadoras). *Nuevas miradas a la historia de la infancia en América Latina: entre prácticas y representaciones*. México, UNAM., Instituto de Investigaciones Históricas. 153-175.

Thibaud, Clement (2003). *República en Armas. Los ejércitos bolivarianos en la guerra de independencia en Colombia y Venezuela*. Bogotá: Planeta.

Toro Jaramillo, Iván Darío (2008). "Clero insurgente y clero realista en la revolución colombiana de Independencia." En: *Anuario de la Historia de la Iglesia*. N. 17. Pamplona, Universidad de Navarra, pp. 119-136.

Toro Martínez J.G. (2018). Realistas y patriotas, ciudad de Antioquia, 1819. Repertorio Histórico de la Academia Antioqueña de Historia, 192, 79-102.

Tovar Pinzón, Hermes, Tovar Mora, Jorge Andrés, Tovar Mora, Camilo Ernesto (1994), Convocatoria al poder del número: censos y estadísticas de la Nueva Granada, 1750-1830. Archivo General de la Nación, Bogotá.

Trujillo, Daniel (2018). “Voces y paisajes del miedo: una mirada afectiva a la Guerra de los Mil Días (1899-1902)”. En: Maguaré. Vol. 32, n. 2, pp. 83-117.

Garrido, Margarita (2015). Palabras que nos cambiaron: lenguaje y poder en la independencia. Bogotá, Banco de la República.

Trujillo, Margarita, Osorio, Marianela y Hagewood, John (2019). “Censo y padrón del paraje la miel y demás parajes comprendidos en el año 1786”. En: Los guarceños. N. 5. El Retiro, Alcaldía de el Retiro.

Twinam A. (1982). Mineros y Comerciantes y labradores: Las raíces del espíritu empresarial en Antioquia: 1763.1810. Medellín Faes.

Uribe Ángel, Manuel (1885), Geografía General y Compendio Histórico del Estado de Antioquia en Colombia, París, Imprenta de Víctor Goupy y Jourdan.

Vernant, Jean Pierre (2001), Mito y tragedia en la Antigua Grecia. París, Paídos.

Viralli, Maurizio (1997), Por amor a la patria. Un ensayo sobre el patriotismo y el nacionalismo. Madrid, Acento.

Academia Antioqueña de Historia

Junta Directiva 2019-2021

Presidente:

Orestes Zuluaga Salazar

Presidente honoraria:

Socorro Inés Restrepo Restrepo (†)

Vicepresidente:

Alonso Palacios Botero

Secretario general:

Ricardo Alonso Vera Pabón

Tesorero:

Luis Fernando Múnera López

Secretario de actas:

Luis Efraín Mosquera Ruales

Honorarios

Antonio Cacua Prada

Marco Palacios Roza

Luis Pérez Gutiérrez

Gabriel Poveda Ramos

Eugenio Prieto Soto

Luis Alfredo Ramos Botero

Álvaro Uribe Vélez

Darío Valencia Restrepo

Eméritos

Luz Posada de Greiff

Luis Javier Villegas Botero

Héctor Gómez Gallego

Numerarios

José Manuel Acevedo Acevedo, Pbro.

José Alvear Sanín

Edgar Antonio Aparicio Montoya

José María Bravo Betancur

Rodrigo Campuzano Cuartas

Alba Inés David Bravo

José Nevardo García Giraldo

José Roberto Giraldo Osorio

Daniela Marín Gil

Gustavo Montoya Marín

Orlando Montoya Moreno

Alejandro Álvaro Morales Vélez

Luis Efraín Mosquera Ruales

Luis Fernando Múnera López

Gloria Isabel Muñoz Castañeda

Alonso Palacios Botero

Ahmed Restrepo Enciso

Carlos Mauricio Restrepo Gil

Socorro Inés Restrepo Restrepo (†)

Luis Carlos Rodríguez Álvarez

Álvaro Sierra Jones

Nabor Suárez Alzate, Pbro.

Germán Suárez Escudero

Rafael Iván Toro Gutiérrez

Juan Guillermo Toro Martínez

Ricardo Alonso Vera Pabón

Ricardo Zuluaga Gil

Orestes Zuluaga Salazar

Correspondientes

Delfín Acevedo Restrepo (†)
Jorge Álvarez Arango, Pbro.
Víctor Álvarez Morales
Aníbal Arcila Estrada
Orlando de Jesús Betancur Restrepo
Gustavo Bustamante Morato
Jairo Héctor Casas Arango
Miguel Ángel Cuenca Quintero
Eduardo Domínguez Gómez
José Joaquín Duque Gómez
Carlos Alirio Flórez López
Juan José García Posada
Camilo Gómez Gómez, Pbro.
Iván de J. Guzmán López
Nayive Henao Zuleta
Jorge Iván Londoño Henao, Pbro.
Alonso Monsalve Gómez
Víctor E. Ortiz García
María Amantina Osorio Ramírez
Carlos Andrés Pérez Múnera
Ismael Porto Herrera
Yohan Daniel Ramírez Mejía
Libia Josefa Restrepo Restrepo
Nelson Augusto Restrepo Restrepo
Carlos Iván Serna Ospina
Diego Alberto Uribe Castrillón, Pbro.
Alberto Velásquez Martínez
Norberto Vélez Escobar
Francisco Cristóbal Yepes Rodríguez
José Guillermo Zuluaga Ceballos

Correspondientes de otras ciudades

Rafael Amaris Amaya
Leonidas Celis
Eduardo Durán Gómez
Mario León Echeverri
Libia Stella Melo
Luis Fernando Molina Londoño
Javier Ocampo López
Camilo Orbes Moreno
Nelson Osorio Lozano
José Manuel Rojas R.
Camilo Francisco Salas Ortiz
José Obdulio Gaviria Vélez
Ivonne Suárez Pinzón
Horacio Gómez Aristizábal
Javier Henao Hidrón
Fernando Martínez Solís
Alberto Mayor Mora

La Academia Antioqueña de Historia es una entidad oficial, de tipo cultural, dedicada al estudio de la historia y la historiografía de Antioquia, relacionándola con sus similares de Latinoamérica y el mundo.

Fundada el 3 de diciembre de 1903, fue aprobada por el Ministerio de Instrucción Pública y reconocida como entidad oficial mediante el decreto 360 del 2 de enero de 1904 de la Gobernación de Antioquia.

Cuenta con personería jurídica que le fue otorgada por el Ministerio de Justicia bajo el número 1805 de 1954.

Para su funcionamiento la Academia cuenta con un selecto grupo de personas, del que hacen parte sus 28 miembros numerarios y un amplio elenco de miembros correspondientes.

Email: acadehistoria1903@gmail.com

Carrera 43 N° 53-37

Tel: 4078182

Cel: 3012003182

Medellín – Colombia

www.academiaantioquenadehistoria.org





Esta obra, premiada por el Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH) en el concurso motivado por la celebración de los doscientos años de la batalla de Boyacá, escoge episodios de las vidas de Florentino González, Juan Cancio Botero y José María Córdova, para exponer otras miradas sobre una época tan trascendente como la de nuestra Independencia.

ISBN: 978-958-53505-0-2



9 789585 135050

